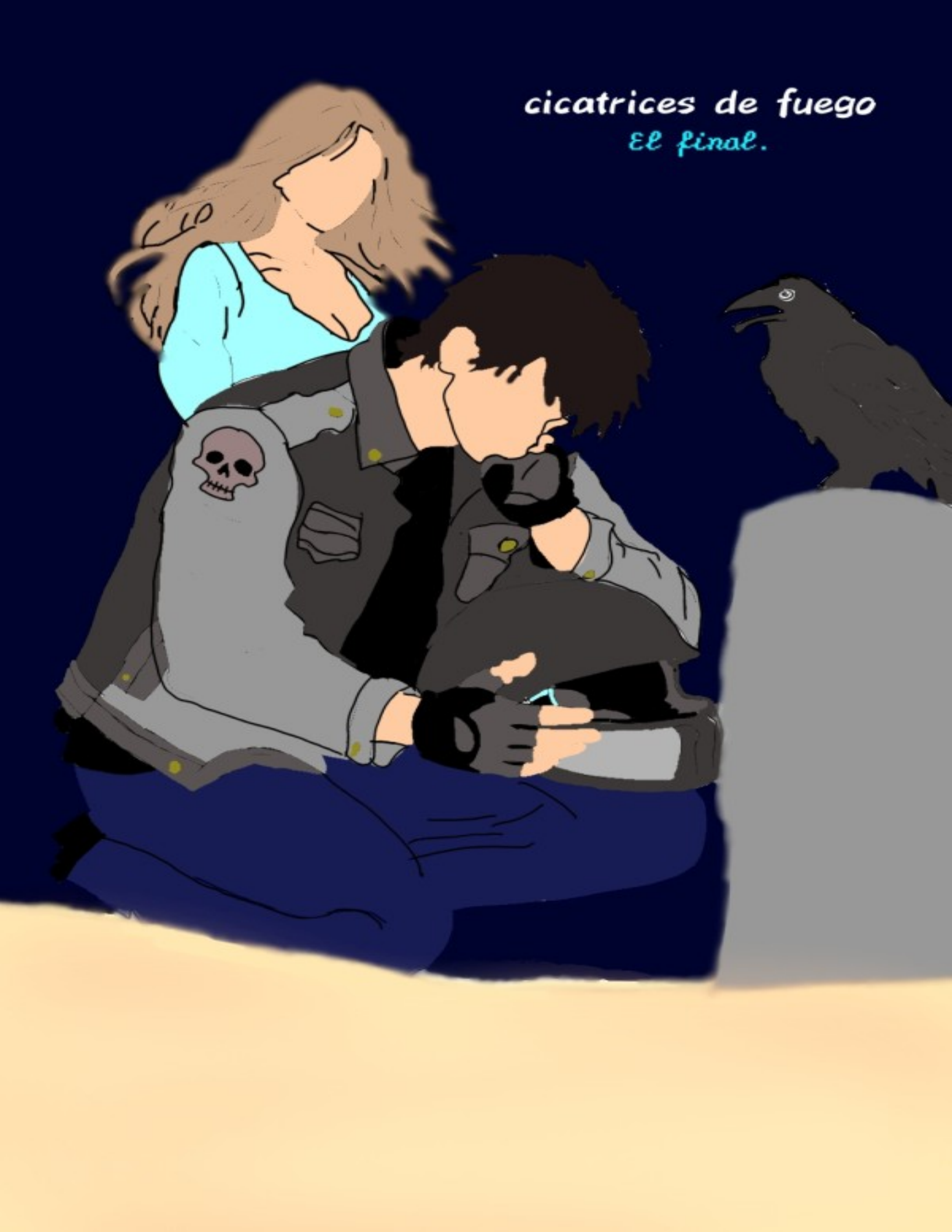

cicatrices de fuego
El final.

CICATRICES DE FUEGO

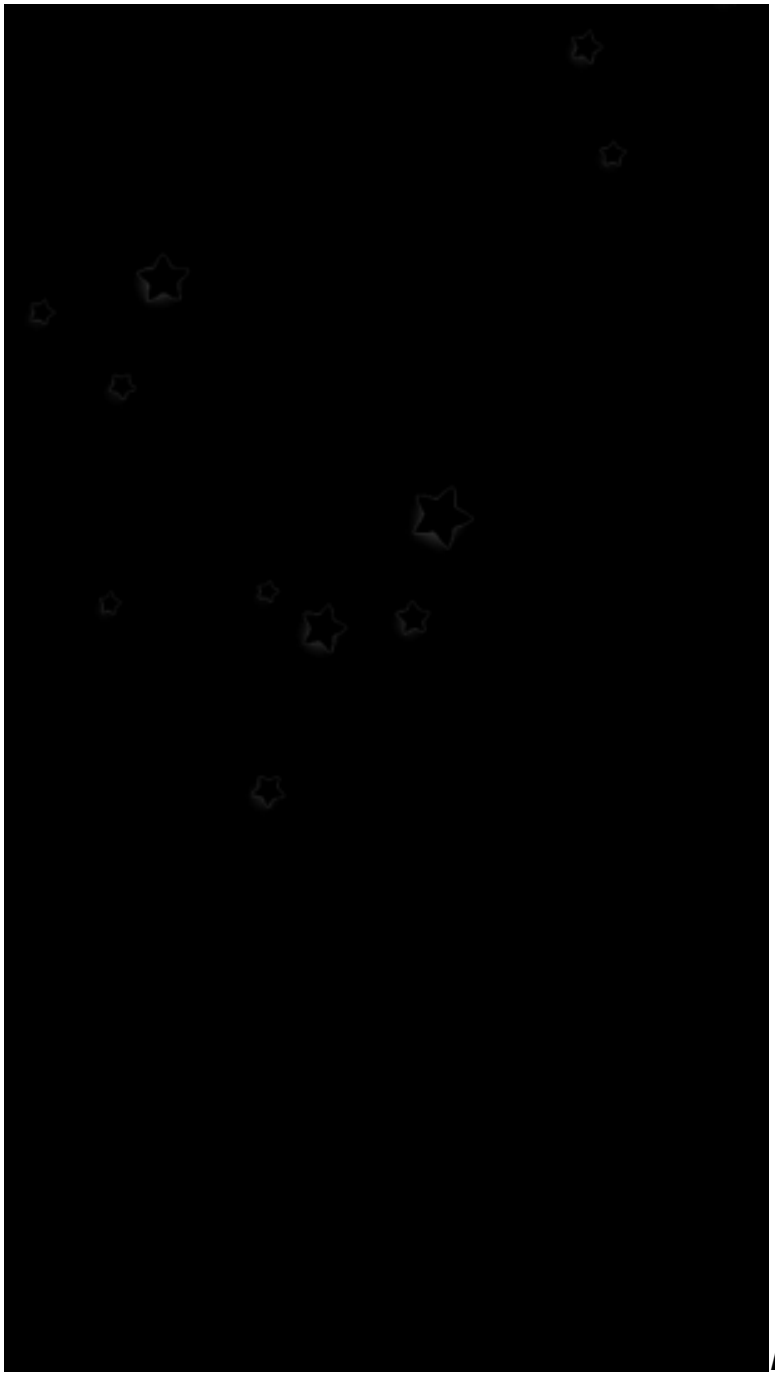
El final.

Copyright © 2025 Patricia Ruiz Garcia
Todos los derechos reservados. ISBN: 9798270995201

DEDICATORIA



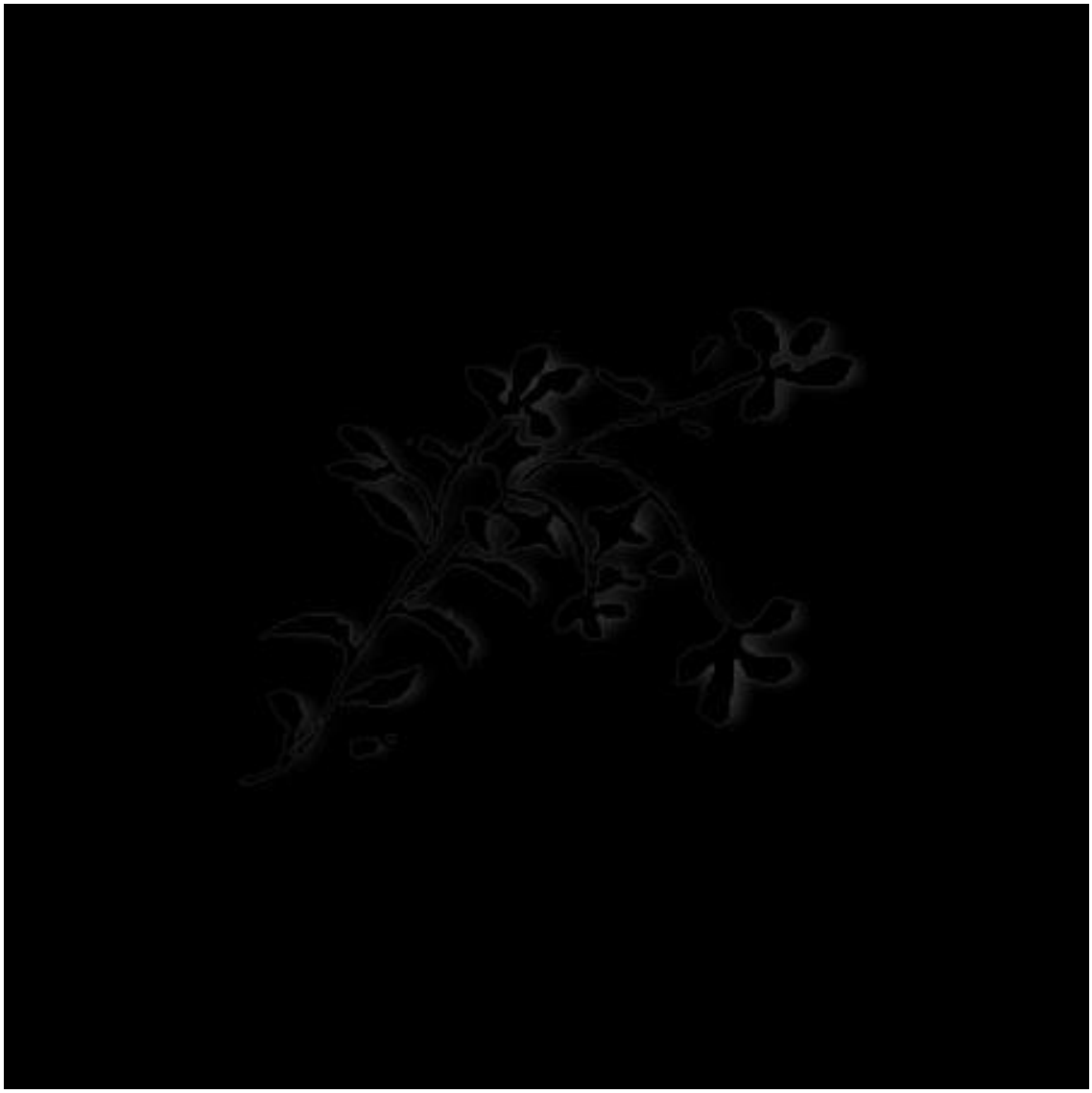
Para mis abuelos, que ya no están, pero cuyo amor sigue iluminando mi camino. Gracias por enseñarme a soñar, a reír y a ser fuerte.
Cada recuerdo
con ustedes vive en mí, y cada paso que doy lleva un poquito de ustedes conmigo. Siempre los llevo en mi corazón.



PLAYLIST

"Youth" – Daughter
"Control" – Halsey
"Blood in the Water" – Grandson
"Bury a Friend" – Billie Eilish
"Centuries" – Fall Out Boy
"Heathens" – Twenty One Pilots





“Algunos regresan para amar. Otros, para arder.”

i

00

Han pasado meses desde que las rejas separaron a Enzo Dragic de todo lo que conocía: su banda, su poder… y a Lara Zdravskov. Ahora el asfalto tiene un nuevo dueño, uno que no conoce la lealtad ni el miedo, y que está dispuesto a borrar el nombre de Enzo del mapa.

Pero Enzo ha vuelto.

Marcado por la culpa y el deseo, buscará recuperar lo que le arrebataron, aunque eso signifique quemarlo todo.
Lara, atrapada entre el pasado que la persigue y el amor que nunca murió, descubrirá que la venganza puede ser tan adictiva como el peligro.

Entre disparos, mentiras y cicatrices aún abiertas, dos almas rotas volverán a encontrarse… aunque esta vez, solo uno puede salir vivo.
El aire afuera no olía a libertad.
Olía a hierro, a lluvia vieja y a las paredes húmedas del presidio que todavía

se le pegaban en la piel. Enzo Dragic se detuvo frente a la puerta oxidada del penal y cerró los ojos. La primera calada de cigarro en tres años le tembló en los dedos. El humo le ardió en la garganta, pero al menos era suyo.

Nadie lo esperaba.
Ningún hermano de la banda, ningún rugido de motor, ningún eco de hogar.

Solo un silencio espeso y una carretera vacía.
El "Lobo del Asfalto" ya no era más que un nombre gastado en la memoria
de los que sobrevivieron.

Metió las manos en los bolsillos y empezó a caminar.
Las botas pesaban más que antes. El abrigo de cuero que le devolvieron en la salida aún tenía manchas secas de sangre, cicatrices viejas que ni el tiempo había borrado.
Cada paso resonaba como una cuenta pendiente.

El pueblo había cambiado.
Los garajes que antes llevaban su insignia —un lobo rodeado de niebla— ahora estaban marcados con un símbolo nuevo: una daga atravesando una serpiente.

Había un nuevo líder. Un chico joven, impulsivo. Uno que no conocía el miedo, pero sí la ambición.

Enzo se detuvo frente al viejo garaje. El portón estaba cerrado, pero podía escuchar dentro el eco de motores ajustándose y voces que no conocía.
—No es tuyo, Dragic —murmuró una voz detrás de él.

Era Milan, uno de los veteranos que había logrado mantenerse fuera del radar.
Enzo no necesitó girarse para reconocerlo. La misma voz ronca, la misma manera de escupir las palabras como si le pesaran.

— Lo sé.
—El nuevo se hace llamar Marko. Dice que es tu reemplazo. —¿Mi reemplazo? —Enzo sonrió, pero no con humor—. Nadie reemplaza

lo que no entiende.
Milan lo miró con cautela.
—Marko tiene hombres. Tiene contactos. Y tiene hambre. No sabe quién

eras tú, Enzo. Solo sabe que el líder de antes está muerto…
—Entonces déjalo creerlo. —Enzo apagó el cigarro en el suelo—. A veces
los muertos respiran más tranquilos que los vivos.

El apartamento de Lara estaba al otro lado de la ciudad.

Habían pasado tres años desde la última vez que la vio, tres años desde aquella promesa rota entre barrotes y lágrimas.
No sabía si debía buscarla… pero cada noche en la celda, su voz había sido el único ruido que no podía callar.

Caminó sin rumbo hasta el puente viejo, ese que siempre cruzaba con su moto antes de cada pelea.
El viento le golpeó el rostro y, por un segundo, juró oír su risa entre

el ruido del agua.
Sacó algo del bolsillo interior del abrigo: un pequeño colgante de plata con la inicial "L". Lo había guardado desde el día en que ella se lo dejó, en aquella última visita.

—Aún sigues en el lado equivocado de mi historia, Lara —susurró.

Esa noche durmió en un motel barato, con el ruido del tráfico como compañía.
El sueño fue rápido y brutal: fuego, humo, motos.
Lara entre la niebla, otra vez. Siempre ella.
Despertó empapado en sudor y con los nudillos marcados por la rabia contenida.

Sabía lo que tenía que hacer.
Recuperar su nombre.
Y encontrar al hombre que se había atrevido a ocupar su lugar.

Cuando el sol empezó a salir, Enzo ya estaba frente al garaje otra vez. El rugido de los motores llenaba el aire.
Un grupo de jóvenes se reía adentro, sin saber quién los observaba.

Enzo apretó los puños y sonrió con esa calma peligrosa que todos los que lo conocían temían.
—Hora de volver a prender el fuego —susurro para si mismo.

Y la niebla, como si lo entendiera, empezó a moverse. El rugido del motor fue lo primero que volvió a sentirse real. Era una moto vieja, oxidada y con el tanque abollado, pero cuando Enzo

giró la llave, el sonido le atravesó el pecho como un latido que llevaba demasiado tiempo dormido.
El asfalto vibró. Él también.
Durante tres años había soñado con ese ruido.

El eco en su cabeza, la vibración en las manos, la libertad disfrazada de peligro.

Nada en la cárcel se parecía a eso.
Allí dentro, el silencio mataba más que los golpes.

Encendió otro cigarro y miró hacia el garaje desde la distancia. La puerta se abrió y tres chicos salieron riendo, con chaquetas nuevas, los parches del nuevo símbolo brillando bajo el sol.

Uno de ellos llevaba su antiguo casco negro, el mismo con la marca de bala en el costado.
Enzo apretó la mandíbula. —Imbeciles —susurró.

Esperó a que subieran a las motos y los siguió. No por venganza todavía, sino por costumbre. Tenía que ver hasta dónde habían llegado.

El recorrido lo llevó hasta el otro lado del pueblo, donde un viejo almacén servía ahora de punto de reunión.
Las paredes estaban llenas de grafitis con el nombre de la nueva banda: Los Hijos del Humo.
Demasiado pretencioso, demasiado limpio.
Los verdaderos hijos del asfalto no necesitaban llamarse así.

Enzo se bajó de la moto y entró sin hacer ruido.
Los reconocimientos fueron instantáneos.
Un par de los viejos lo miraron con sorpresa, otros con miedo. Y entonces lo vio: Marko, sentado en el centro, las botas sobre la mesa, una

sonrisa tan arrogante como vacía.
—Vaya, vaya… —dijo el chico, levantándose—. Pensé que el viejo Dragic había muerto.

Enzo se acercó despacio, dejando que el eco de sus pasos hiciera el trabajo. No necesitaba levantar la voz. Nunca lo había hecho.
—Parece que los rumores mienten tanto como tú.

Marko sonrió, pero sus ojos temblaron apenas un segundo. —Esto ya no te pertenece, Enzo.
—No vine por eso.
—Entonces, ¿por qué estás aquí?

Enzo sacó el cigarro de su boca, lo tiró al suelo y lo apagó con la bota. —Porque quiero ver la cara del idiota que se atrevió a ponerse mi casco.
Un silencio helado se extendió.

Uno de los chicos detrás de Marko intentó reírse, pero el sonido se quebró a la mitad.
Marko dio un paso al frente, más por orgullo que por valor.

—Los tiempos cambian, viejo. Ya nadie recuerda quién fuiste. —Eso es lo mejor de morir, Marko —susurró Enzo, inclinándose apenas— . Nadie espera que vuelvas a matar.

Antes de que pudiera responder, Enzo le dio un puñetazo directo al rostro. El golpe fue seco, limpio.
Marko cayó sobre la mesa y los demás se levantaron con las armas en la

mano.

— Tranquilos —gruñó Enzo, sacudiéndose el polvo de los nudillos—. Si quisiera recuperar la banda, ya lo habría hecho.
Su voz sonó tan calmada que resultó más amenazante que un grito.
—Solo vine a dejarles claro algo: el asfalto todavía recuerda mi nombre.

Y se fue.
Condujo hasta el límite del pueblo, sin rumbo.

El viento le pegaba en la cara y el humo del cigarro se mezclaba con el olor a gasolina.

Por un instante, el ruido del motor se confundió con una risa.
La risa de ella.

Frenó en seco.
El corazón le golpeaba el pecho como si intentara salir.
—Joder, Lara… —susurró, con la voz rota—. No sabes en qué infierno me estás haciendo pensar.

El pasado se le coló de golpe: la pistola en sus manos, la promesa rota, el beso que todavía sentía aunque lo negara.
Quiso gritar, pero solo apretó más el acelerador.
Si no podía tener paz, al menos tendría velocidad.

Esa noche, Milan fue al motel.

— Los del Humo están buscando venganza —le dijo—. Dicen que te van a cazar.
—Que lo intenten —respondió Enzo sin mirarlo.
—¿Y qué harás tú?
—Lo que siempre hago —respondió, dejando caer la colilla al suelo —.
Mirar cómo el fuego se apaga… o hacerlo arder de nuevo.

Milan lo miró con algo entre respeto y miedo. —¿Y ella? ¿Vas a buscarla?
Enzo tardó unos segundos en responder. —Si supiera cómo olvidarla, ya lo habría hecho.

Esa noche, el rugido de una moto volvió a recorrer las calles. Y entre la niebla espesa del amanecer, el fuego empezaba a encenderse otra vez.

03

Tres años.
Era increíble cómo algo tan largo podía sentirse tan corto cuando

uno intentaba olvidar.
Lara abrió las cortinas y dejó que la luz bañara su habitación.

El amanecer en el pueblo seguía oliendo a metal, lluvia y gasolina, igual que siempre.
Solo que ahora todo estaba más… callado.

El sonido de la cafetera llenó el silencio.

A veces, cuando el vapor se escapaba, juraría escuchar el eco de una moto a lo lejos.
Pero solo era eso: el ruido del pasado intentando colarse por las rendijas.

— ¿Otra vez con esa cara? —dijo una voz detrás de ella. Lara sonrió apenas.
—Es demasiado temprano para discutir, Adrián.

Él rió y la abrazó por detrás, dejando un beso en su hombro.

Tenía las manos cálidas y el olor a madera que ella siempre asociaba con estabilidad.
Adrián era eso: calma.
El tipo de hombre que nunca levantaba la voz, que trabajaba de mecánico en el taller nuevo del centro, que sabía cuándo callar.
El tipo de hombre que no era Enzo.

— Anoche soñabas otra vez —dijo él, sin mirarla. —¿Cómo lo sabes?
—Te movías mucho. Dijiste un nombre.

Lara sintió un nudo en el estómago. No preguntó cuál.
No hacía falta.

El pueblo había cambiado poco desde la última vez que ella lo recorrió con miedo en los ojos.
Algunas calles nuevas, un café donde antes había un taller, el garaje abandonado con los muros pintados de grafitis.

Lara pasaba por ahí cada vez que iba al trabajo, sin detenerse.
Nunca miraba dentro.
Nunca.
Pero ese día algo fue distinto.

Estaba cruzando la calle cuando lo escuchó.
Leve, lejano, casi imposible.
Un motor viejo, de esos que rugían con más fuerza que elegancia. El mismo sonido que le heló la sangre y le hizo detenerse en seco.

Por un segundo, el mundo se detuvo.
Los autos siguieron, las voces también, pero ella solo escuchó ese ruido. Y dentro de ella, algo se quebró.
Un recuerdo. Un latido. Una herida mal cerrada.

Esa noche, no pudo dormir.

Adrián estaba en el sofá viendo televisión cuando ella bajó las escaleras con el ceño fruncido.
—¿Otra vez pesadillas? —preguntó él.
—No… solo un presentimiento raro.
—¿Sobre qué?
—No lo sé.
Mentira.
Sí lo sabía.
Lo había sentido en los huesos, en el pecho, en ese lugar donde antes estaba el miedo y ahora solo quedaba una cicatriz invisible.

Días después, mientras caminaba por el mercado, lo volvió a escuchar. Esta vez más cerca.
El rugido de una moto vieja, ronca, con ese temblor metálico que

reconocería incluso en sueños.

Giró la cabeza. Nada.
Solo polvo y sol.

Pero su corazón ya sabía la verdad. Enzo estaba de vuelta.

Esa noche, mientras Adrián dormía, Lara se levantó y abrió el cajón del armario.
Dentro, envuelto en una vieja camiseta, seguía el colgante que Sergio le había regalado años atrás… y debajo, una chaqueta de cuero negra con el símbolo de la banda.
Apretó el cuero con los dedos.
El olor seguía ahí.
Gasolina, humo… y él.

Cerró los ojos y una lágrima se escapó sin permiso.
No por tristeza.
Sino por el miedo de saber que, si realmente había vuelto, nada de lo que

había construido sobreviviría.

En otro punto del pueblo, una moto se apagó entre la niebla. Enzo se bajó, con la mirada fija en la ventana iluminada de una casa. La de ella.

No se acercó.
Solo miró.
Y cuando vio la sombra de Lara pasar frente al cristal, una sonrisa leve se

dibujó en su rostro herido.
El destino había vuelto a encender el motor. Y el ruido del pasado ya no se podía apagar.

04

El aire del taller estaba cargado de humo y aceite.

Los motores rugían, las herramientas sonaban contra el metal, y los hombres hablaban poco.
Era el tipo de sitio donde los secretos se quedaban atrapados entre las paredes.

Enzo dejó la moto frente al portón y se quedó observando.

Era más pequeño que el garaje que una vez lideró, pero el ruido… el ruido era igual.
Gasolina, sudor, metal caliente.
Casi podía oír las voces de sus chicos.
Casi.

Apretó los dientes. No había tiempo para nostalgias.

Entró despacio, con la chaqueta de cuero sobre el hombro, como si no tuviera nada que perder.
No había insignias, no había símbolos. Solo el frío y una mirada que podía congelar la sangre.

— ¿Te puedo ayudar? —preguntó un hombre desde el fondo, limpiándose las manos con un trapo.
Tenía la mandíbula firme y una mirada amable. Un tipo normal.
Demasiado normal.

Enzo lo estudió durante un segundo.

Tenía las mangas arremangadas, la llave inglesa en el bolsillo y una sonrisa de esas que no saben lo que es perder.
El tipo extendió la mano.

—Adrián. Soy el encargado del taller.
Enzo se la quedó mirando, luego la estrechó sin mucho interés. —Busco repuestos —dijo simplemente.

— Claro, dime el modelo. Enzo lo dijo. Con voz baja, ronca, casi un gruñido. Adrián anotó algo en una libreta y asintió.

—Te va a tardar un par de días, el proveedor está lento.

Enzo se encogió de hombros. —No tengo prisa.
Mentira.

Tenía prisa por encontrar respuestas, por entender quién había tomado su lugar, por descubrir si lo que sentía todavía valía la pena. Pero nada de eso podía decirlo en voz alta.

Adrián le señaló una silla.
—Puedes esperar ahí, si quieres.

Enzo lo observó mientras caminaba hacia el fondo.
Tenía una forma tranquila de moverse, confiada.
Esa clase de hombres que nunca habían tenido que ensuciarse las manos

con sangre.

Algo en él le resultaba familiar.
No por su cara, sino por la forma en que hablaba de Lara sin decirlo.
En la repisa había una foto enmarcada.
Ella sonriendo, con un vestido claro, abrazada a Adrián.

El mundo se detuvo.
El aire se hizo pesado, denso, irrespirable. Enzo cerró los puños.

— Bonita chica —dijo al fin, sin apartar la mirada. Adrián sonrió, orgulloso.
—Sí, lo es. Se llama Lara.

Enzo asintió despacio.
Ese nombre sonó distinto en otra boca. Como si no le perteneciera a quien debía.

—Debe ser especial. —Su voz era un filo disfrazado de calma.

— Lo es. —Adrián siguió hablando, sin notar el veneno en la mirada de su visitante—. Pasó por cosas difíciles, pero… ya está mejor.
"Ya está mejor".
Enzo sintió cómo la frase le atravesaba el pecho.
Como si tres años pudieran borrar todo lo que vivieron, todo lo que

sangraron juntos.
Se levantó.
—Avísame cuando lleguen las piezas.

Adrián asintió.
—Claro. ¿Cómo te llamas?
Enzo se detuvo en la puerta, con el sol cayendo sobre su espalda. —Nadie importante.

Y se marchó.
El ruido del motor volvió a llenar las calles.

Enzo no miró atrás, pero el reflejo del escaparate mostró algo que no quería aceptar:
la rabia.
Los celos.
Y esa sensación de que, aunque el mundo había cambiado, él seguía atrapado en el mismo punto de partida.

Mientras tanto, Lara terminaba de limpiar la barra del café cuando Adrián entró, con una sonrisa tranquila.
—Hoy vino un tipo raro al taller —dijo, dándole un beso en la mejilla —.
Tenía pinta de haber dormido con la moto encima.
Y unos ojos… no sé, como si hubiera visto la guerra.

Lara se quedó helada, el trapo detenido a mitad del movimiento. —¿Cómo era? —preguntó, con voz casi inaudible.

Adrián pensó un segundo.
—Alto. Pelo oscuro. Lleno de cicatrices. Parecía… peligroso. —¿Y su

nombre?
—No lo dijo.

Lara sintió el corazón golpeando contra sus costillas. El aire se hizo más pesado.
No necesitaba oír su nombre.
Ya sabía quién había vuelto.

Desde lejos, en la colina, Enzo encendió un cigarrillo y observó las luces del pueblo.
El humo se mezcló con la niebla.
Había vuelto.
Y no iba a quedarse de brazos cruzados.

El pasado no se entierra. Solo espera.

05

El viento de la tarde olía a lluvia.
El cielo estaba gris, denso, y el aire se sentía igual que en los días en los que todo se iba al infierno.

Lara caminaba deprisa por las calles empedradas del pueblo, con el abrigo apretado contra el pecho.
Venía del café donde trabajaba, y solo quería llegar a casa, meterse en la ducha, olvidar.
Olvidar los nombres, los ruidos, los sueños con motores lejanos que volvían a despertarla cada madrugada.

Pero el pasado tiene una forma cruel de encontrar la puerta.
—Lara. —La voz la detuvo en seco.

Giró la cabeza y lo vio: Sergio, apoyado en una pared, con la misma chaqueta vieja de siempre y esa expresión que parecía no haber cambiado desde la última vez que se vieron.

Tenía la barba más larga, los ojos cansados, y una cicatriz nueva en la ceja. Un recordatorio de que el peligro seguía respirando en algún lugar.
—No —dijo ella, antes de que él pudiera dar un paso—. No voy a hacer esto.
Sergio frunció el ceño.
—Ni siquiera sabes qué voy a decirte.
—No necesito saberlo. —Lara intentó pasar de largo, pero él la detuvo, sin tocarla, solo interponiéndose en su camino.
—Esto no es una conversación sobre el pasado, Lara. Es una advertencia.
Ella suspiró, cansada.
—Todo lo que venga de ustedes siempre termina siendo una advertencia.
—Escúchame, por favor. —Su voz sonaba rota—. Enzo está…
—No. —Lara dio un paso atrás—. No me digas eso. No me digas que volvió, ni dónde está, ni qué hace. No quiero saberlo.
Sergio la miró, con ese gesto entre frustración y tristeza. —Crees que puedes construir otra vida sobre las ruinas, pero el polvo siempre sube, Lara. Siempre.
Ella lo miró con los ojos húmedos, pero se negó a dejar caer una lágrima. —Yo ya no soy la misma. —Su voz tembló—. No quiero volver a ese mundo. No quiero más sangre. Ni armas. Ni miedo.
—No puedes borrar lo que fuiste.
—No lo intento. —Dio media vuelta, apretando el paso—. Solo intento sobrevivir.
Sergio no la siguió.

La vio alejarse por la calle mientras el cielo comenzaba a soltar las primeras gotas de lluvia.
Sabía que ella no iba a escuchar, pero también sabía que pronto no tendría opción.
Porque lo que se avecinaba era más grande que un simple reencuentro.

Lara llegó a casa, empapada y con el corazón latiendo a toda velocidad. Dejó el bolso sobre el sofá, se apoyó en la pared y se obligó a respirar. El nombre de Enzo seguía dando vueltas en su cabeza, como un eco

imposible de callar.
Adrián apareció desde la cocina, con una sonrisa suave. —¿Otra vez soñando despierta?
Lara lo miró, forzando una sonrisa. —Solo cansada. Ha sido un día largo.
Él se acercó y le besó la frente. —Ven, te preparé té.

Ella asintió, pero mientras se sentaba a la mesa, algo en su interior no dejaba de arder.
Un presentimiento.
Una vibración lejana.
Como si en algún lugar de la ciudad, un motor hubiese vuelto a rugir.

Desde lo alto de la colina, Enzo observaba la casa a través del humo de su cigarro.
No se movía. No hablaba. Solo miraba.
No porque quisiera asustarla, sino porque aún no sabía cómo volver a tocar su vida sin destruirla otra vez.
La lluvia empezó a caer con fuerza.
Enzo se colocó la capucha, apagó el cigarro con los dedos y murmuró para sí:

—Todavía no, Lara. Todavía no.
El rugido del motor cortó la noche. La niebla lo tragó.
Y el pasado, una vez más, volvió a ponerse en marcha.

06

El reloj marcaba las once y media cuando Lara apagó las luces del local. El viento arrastraba hojas secas y el aire olía a tormenta otra

vez. Había pasado toda la semana intentando convencerse de que nada había

cambiado, de que la aparición de Sergio no había removido nada dentro de ella. Pero cada noche, sin excepción, terminaba mirando por la ventana como si esperara ver un faro de moto atravesar la niebla.

Adrián estaba en el sofá cuando ella llegó. El televisor seguía encendido, pero no lo miraba. Tenía los brazos cruzados, la mandíbula tensa.

—¿Otra vez saliste tarde? —preguntó, sin levantar la vista.
Lara dejó las llaves sobre la mesa.
—Tuve que cerrar sola. Marta está enferma.
Adrián asintió, aunque su tono fue seco. —Ya. Pero últimamente siempre llegas tarde.
—No empieces —susurró ella, cansada.

Él se levantó, acercándose.
—No estoy empezando nada, solo… estás rara, distraída. Te llamo y no contestas. Te hablo y parece que no estás aquí. —Se detuvo un segundo—. Dime si pasa algo.

Lara lo miró.

Una parte de ella quería hablar. Quería contarle que Sergio había vuelto, que el pasado había tocado su puerta, que algo oscuro la seguía de nuevo.
Pero otra parte —la que aún llevaba las cicatrices en la piel y el miedo en el pecho— sabía que Adrián no entendería.
No podía.

—Solo estoy cansada —dijo al fin.
Adrián la observó por unos segundos más y luego asintió con resignación. —Descansa.
Se fue a dormir sin besarla.

Lara se quedó sola en la cocina, con el sonido del viento golpeando las ventanas.
Y supo que estaba mintiendo otra vez.

A kilómetros de allí, Enzo revisaba un viejo mapa del pueblo sobre la mesa metálica del taller abandonado que había convertido en refugio.
Los muros estaban cubiertos con recortes, nombres, rutas, y una lista de hombres tachados con sangre seca.
Nadie lo sabía aún, pero su banda ya no era suya.
Había un nuevo líder. Uno joven, impulsivo, sin códigos, sin miedo.
Un traidor que había vendido la lealtad por dinero.

Su nombre: Marko "El Cuervo" Vidal.
Enzo lo había entrenado.
Y ahora ese maldito llevaba su parche, su moto y su nombre por las calles.
—Bastardo… —murmuró entre dientes, apretando el papel hasta arrugarlo.

Uno de los hombres que aún le eran fieles —un tipo flaco, de rostro nervioso— se acercó al verlo furioso.
—Dragic, hay movimiento en el norte. El Cuervo está reclutando gente nueva. Dicen que tiene un contacto con la policía… y que te está buscando.

Enzo levantó la mirada.
Sus ojos eran puro hielo.
—Entonces que me encuentre.

El otro tragó saliva.
—No estás pensando ir solo, ¿verdad?
—Ya no tengo banda —respondió Enzo, encendiendo un cigarro—.
Solo tengo cuentas pendientes.
El silencio cayó como un golpe.

Enzo se giró hacia la ventana, viendo cómo la lluvia caía en diagonal sobre el asfalto.
Por un instante, pensó en ella.
Lara.
El único recuerdo que no había podido enterrar.
Y eso lo enfureció más que cualquier enemigo.

Esa misma noche, Lara soñó con motores.
No los oía, los sentía.
Era el mismo rugido que había escuchado años atrás, cuando todo cambió. Se despertó sobresaltada, con el corazón acelerado, y fue hacia la ventana.

No había nada. Solo niebla.

Pero juro que por un instante… creyó ver una sombra a lo lejos. Un hombre, junto a una moto negra.
Observando.
Esperando.

Al amanecer, Adrián la encontró sentada en el alféizar, con la mirada perdida.
—¿Otra pesadilla? —preguntó, medio dormido.

Ella asintió. —Nada grave.
Pero en su mente, una frase se repetía como una herida abierta:
"Entonces que me encuentre."

07

La noche había caído densa, cargada de electricidad.

El cielo se abría en relámpagos que iluminaban la ciudad como si el mundo respirara entre truenos.
Lara caminaba por la calle con el paraguas cerrado, sin darse cuenta de que la lluvia la empapaba.

Había discutido con Adrián otra vez.
"Ya no estás aquí", le había dicho él.
Y tenía razón.
Lara ya no sabía dónde estaba.

Un ruido metálico la hizo girar.
Un coche negro se detuvo al final de la calle.
El motor no se apagó.
El parabrisas oscuro, las luces encendidas, el silencio denso. Lara sintió cómo el corazón le golpeaba en el pecho.

—No seas paranoica —susurró para sí—. No todos los coches son una amenaza.

Pero entonces la puerta trasera se abrió y un hombre salió.
Chaqueta oscura, botas, el rostro cubierto por una capucha. Y detrás de él, otro.
Y otro.

Lara retrocedió un paso.
No llevaba teléfono.
No llevaba nada.
Solo el miedo viejo, el que nunca se había ido del todo.

Corrió.

El sonido de sus pasos se mezclaba con el rugido de la lluvia. Giró por una esquina, tropezó, siguió.
Escuchó una voz detrás:
—¡No corras, muñeca, solo queremos hablar!

Mentira.
Ella ya conocía ese tono.
La había perseguido años atrás, en otras calles, con otros nombres.

Cuando dobló otra esquina, el ruido la alcanzó: una moto. El rugido profundo, grave, inconfundible. El asfalto tembló.

Los hombres se detuvieron, confundidos.

Y entonces lo vio.

Una sombra emergiendo entre la lluvia. El casco negro.
La chaqueta vieja.
El brillo del acero en la mano.

Enzo.
No lo reconoció por su rostro, sino por la forma en que el miedo cambió de dirección.
El Cuervo había mandado a sus perros, pero ninguno esperaba que el lobo original regresara.

Enzo bajó de la moto en movimiento, golpeó al primero con el casco, al segundo con la culata del arma, y apuntó al tercero sin dudar.
Un disparo cortó el aire.
El eco rebotó entre los edificios.
El hombre cayó.

Lara se quedó helada.
No podía moverse, no podía gritar.
Solo mirarlo.
Como si su cuerpo recordara antes que su mente quién era ese hombre.

Él se giró hacia ella.
Empapado, los ojos ardiendo en la oscuridad. Ninguna palabra, solo respiración y tormenta.

—¿Estás bien? —dijo al fin, la voz ronca, casi un gruñido.
Lara retrocedió.
—¿Qué haces aquí?
Enzo bajó el arma, respirando con dificultad.
—Te estaban siguiendo. No iba a dejar que te pasara nada.

— No necesitabas venir. —Ella temblaba entre rabia y miedo—. Ya no eres parte de mi vida, Enzo.
Él dio un paso más cerca, la lluvia cayendo entre ellos como fuego líquido. —Quizás no. Pero ellos no lo saben.

Silencio.
La calle olía a pólvora y gasolina. Las luces parpadeaban.

—¿Quiénes eran? —preguntó ella, la voz quebrada.

— El Cuervo. —Su tono fue seco, como si pronunciara el nombre de un demonio—. El cabrón que se quedó con mi banda. Quiere matarme… y a cualquiera que alguna vez estuvo cerca de mí.

—¿Por eso viniste? ¿Por culpa?
Él la miró.
—Por instinto.

Lara tragó saliva.
Una parte de ella quería abrazarlo. Otra quería golpearlo.
Ambas la mantenían despierta.

—Tienes que irte, Enzo. —dijo, al fin—. No quiero volver a esto. No quiero morir por tu guerra.
Él asintió lentamente, como si cada palabra le doliera.
—No pienso quedarme mucho tiempo. Solo hasta asegurarme de que no te toquen.
—No necesito que me protejas.
Enzo soltó una sonrisa sin alegría.
—Eso decías la última vez que casi te matan.

El trueno tapó el silencio.
La lluvia seguía cayendo, cubriéndolos de un brillo gris.
Y por un instante, el mundo volvió a parecerles el mismo: peligroso, sucio,

vivo.

Él dio media vuelta, caminó hacia su moto y se subió sin mirarla más. El motor rugió.
—Vuelve a casa —dijo, antes de desaparecer entre la niebla.

Lara lo vio alejarse hasta que solo quedaron el eco del motor y su respiración temblorosa.
Sabía que aquello no había terminado.
Que si Enzo había vuelto, era porque algo se avecinaba.
Algo grande.
Algo que ya no podrían detener.

Mientras tanto, en un galpón al otro lado de la ciudad, El Cuervo golpeó la mesa con furia.
—¿Fallaron? —rugió.

Uno de sus hombres, herido, temblaba. —Dragic… apareció.
El Cuervo sonrió, mostrando los dientes. —Perfecto. Entonces el fuego vuelve a arder.
Encendió un cigarrillo, la llama reflejándose en sus ojos oscuros. —Prepárense. Vamos a cazar fantasmas.

08

Los días siguientes al encuentro bajo la lluvia pasaron lentos, pesados, como si el tiempo se negara a avanzar.
Lara despertaba con el sonido del tráfico, preparaba café, sonreía en los lugares correctos y fingía que el temblor de sus manos era solo por el frío.

Adrián no notó nada… o quizá no quiso hacerlo.

Le besaba la frente, le preguntaba por el trabajo, hablaba de mudarse juntos a un sitio más tranquilo.
Y Lara asentía.
Mentía.

Cada palabra, cada sonrisa, era una venda sobre una herida que seguía supurando.

Guardaba el secreto de Enzo como si fuera una bomba entre las costillas.

No le había contado nada a nadie.
Ni del ataque.
Ni de los hombres.
Ni de la mirada de Enzo cuando la dejó atrás.

Solo a veces, en medio de la noche, se giraba en la cama y veía el reflejo del farol en la ventana, y por un segundo creía escuchar una moto a lo lejos.
Y entonces el corazón le latía con fuerza, no por miedo, sino por algo peor: nostalgia.

—¿Estás bien? —preguntó Adrián una noche, al notar su respiración agitada.
—Sí. Solo… un mal sueño.
Él la abrazó sin sospechar que dentro de ella había un huracán entero. Y Lara cerró los ojos, deseando creer su propia mentira.
Al otro lado de la ciudad, Enzo no dormía.

El garaje donde una vez había comandado a su banda ahora era territorio enemigo.
Las paredes aún olían a gasolina y traición.
La sangre de su gente seguía marcada en las grietas del suelo.

Apretó los puños. El Cuervo había tomado todo: su lugar, sus hombres, su nombre. Pero no su instinto.

Sergio se apareció una noche, con la misma expresión cansada que llevaba desde que todo se fue al infierno.
—No deberías estar aquí. Si te encuentran, te matan —dijo, dejando una bolsa con suministros sobre la mesa.
Enzo ni lo miró.

—Deberían haberlo hecho hace años.
—¿Y Lara? —preguntó Sergio, casi en un susurro. El silencio fue la respuesta.
Pero Sergio lo conocía demasiado bien. —¿La has visto, verdad?
Enzo alzó la mirada, cansada, con los ojos ardiendo. —No podía dejarla sola. Los del Cuervo la tenían vigilada.
Sergio negó con la cabeza.
—Si Adrián se entera, la perderás para siempre.
Una mueca amarga cruzó el rostro de Enzo. —Ya la perdí. Solo intento que siga viva.
Sergio suspiró y se apoyó en la pared.
—No puedes proteger a alguien que no quiere ser salvado, Enzo.

El silencio cayó denso entre ambos.
Fuera, el rugido distante de una moto rompía la noche.
Enzo cerró los ojos un instante, recordando el sabor del miedo, el olor de

su piel bajo la lluvia.
—El Cuervo no va a parar —dijo al fin—. Si toca a uno más de los nuestros, juro que lo entierro con mis propias manos.
Sergio lo miró con una mezcla de respeto y tristeza.
Sabía que cuando Enzo decía algo así… no era una amenaza. Era una sentencia.
Esa misma madrugada, Lara despertó de golpe. El corazón acelerado, la garganta seca.

Había soñado con humo, con disparos, con la voz de Enzo gritándole que corriera.
Se levantó, caminó hasta la ventana y miró la ciudad.
Las luces titilaban como heridas abiertas.

Por un instante creyó ver una sombra al otro lado de la calle. Un casco.
Una silueta.
El mismo brillo en los ojos.

Parpadeó… y ya no estaba.
—Solo fue un reflejo —susurró, intentando convencerse.
Pero algo en su pecho le dijo la verdad: él nunca se había ido.

Enzo observaba desde la esquina, el motor apagado, oculto entre la niebla. Ella estaba a salvo.
Por ahora.
Pero cada día que pasaba, el peligro crecía.
El Cuervo no se detenía.
Y Enzo sabía que la próxima vez que sonara un disparo…
no sería un aviso.

Encendió un cigarrillo, el humo mezclándose con el frío. El rostro le dolía, las manos le temblaban.
Pero dentro de su pecho, la decisión era tan firme como siempre.

Si el pasado quería volver, tendría que hacerlo pasando por encima de él.

09

La tarde tenía el color apagado de siempre, esa luz que no decide entre lluvia y sol.
Lara cerró la persiana del escaparate de la librería con las manos algo temblorosas; el pulso aún le dolía en las sienes. Las semanas le habían dejado una costra de normalidad, pero la calma nueva era frágil como cristal.

Mientras guardaba unos libros en el depósito, sintió —primero como una nota discordante— un movimiento en la calle. Levantó la cabeza, instintiva. Un hombre cruzó la acera con la capucha hasta los ojos. No le dio importancia. El pueblo estaba lleno de desconocidos. Pero la misma figura apareció otra vez cuando ella salió, a media cuadra, girando sin prisa la cabeza como si buscara algo… o a alguien.

Lara apretó el paso.

Cerró la puerta con llave, dejó las luces cálidas encendidas dentro y caminó contra el sol hasta su casa, como poniendo distancia entre lo que veía y lo que quería creer. Cada rastro la llevaba a un recuerdo, y no quería mapas.

En el camino decidió cambiar de rumbo por instinto. Tomó una calle lateral; al doblar, notó el mismo abrigo en la esquina. Él no la miraba fijamente, solo fumaba y miraba el teléfono. Cuando la vio pasar, dejó el cigarrillo en una papelera y se alejó con calma.

Lara sintió que algo en su estómago se quedó helado. No sabía si era miedo o la súbita certeza de que su pasado no se dejaba enterrar.

Esa noche, en la cocina, fingió calma. Puso la mesa, preparó la cena y sonrió cuando Adrián entró con unas manchas de grasa en la camisa. Él aún no veía el mundo oculto que la respiraba; su sombra de normalidad era real y cálida.

—¿Todo bien? —preguntó Adrián, buscando la mirada de ella. —Sí, solo cansada —respondió Lara, y la frase sonó tan real que casi la creyó.

Pero Adrián no dejó pasar la inquietud. Aquella noche, cuando lavó los platos, se quedó mirando la calle desde la ventana. Había algo en la manera en que ella se movía —una tensión, un miedo contenido— que no sabía explicar.

Cogió el teléfono sin pensar y marcó a un amigo del taller.
—¿Has visto a algún tipo rondando? —preguntó.
—No… ¿por? —contestó la voz al otro lado.
—Nada, olvídalo —dijo Adrián, apretando los labios. No quiso soltar la

palabra “Enzo”, no aún. No sabía si era orgullo o miedo, pero una chispa ya había prendido.

A pocas calles, en un local medio escondido, Enzo desplegaba un viejo mapa sobre la mesa. Había marcas nuevas, nombres tachados y la caligrafía de quien está acostumbrado a trazar líneas de fuego. Milan y dos hombres más confiables observaban en silencio.

—Marko no es estúpido —dijo Milan, la voz baja—. Recluta rápido, tiene policías en la nómina. No nos darán la primera victoria tan fácil.

Enzo no parpadeó. Miraba el mapa como si pudiera ver los movimientos por anticipado.
—No vine a recuperar nombres por orgullo. Vine por lo que esos nombres significan: rutas, coberturas, gente que importa. Reconstruimos paso a paso. Sin prisa, sin ruido.

—¿Y el Cuervo? —preguntó uno de los hombres—. ¿Lo vas a ajustar?

La sonrisa de Enzo no era alegría. Era la calma que antecede la tormenta. —Lo haré pagar por cada sombra que tiró sobre mi gente. Pero no hoy. Hoy movemos piezas: contactos, coches, quién controla las rutas del este. Si los cortamos, se desmoronan.

Milan asintió.
—¿Y Lara? —dijo con cautela—. No puedes dejarla ahí. Marko la conoce por asociación.

Enzo cerró el puño sobre el mapa. El gesto fue breve, contenido, como siempre que pronuncia promesas que arañan el alma.
—Ella ya tomó una vida nueva —murmuró—. Si Adrián se mete, se pierde todo. Yo no la arrastro por orgullo. La protejo desde la sombra. Pero si la tocan —levantó la mirada, clara y mortal—, nadie quedará en pie.

La conversación siguió en tácticas: corte de suministros, confundir los puntos de observación, recuperar a dos hombres clave que podían inclinar la balanza. Enzo trazaba con un dedo las rutas nocturnas, cada línea una decisión de sangre o silencio.

—Esta vez no habrá medias verdades —dijo Enzo finalmente—. Que Marko saque su ejército. Yo traeré la guerra a su puerta.

Esa noche, Lara volvió a ver la misma silueta al doblar la esquina del mercado. Esta vez no corrió. Se quedó quieta, la respiración contenida. El hombre alzó la cabeza y la observó con una neutralidad profesional. No fue hasta que pasó junto a ella que Lara leyó, a través del abrigo, una placa discreta: "El Cuervo".

No lo veía claro —las sombras, la prisa—, pero la certeza la atravesó como una bala fría. Corrió. Esta vez no huyó sin rumbo; fue a la comisaría.

La patrulla estaba cerrada. La policía local la mandó a la central en la ciudad. Como si el pueblo tuviera demasiadas cosas que ignorar. Le dejaron un número y una promesa hueca: "Lo notificaremos".

Al volver, la noche la encontró hecha jirones. Adrián esperaba en la puerta, con la cara tensa.
—¿Qué has hecho? —preguntó sin reproche, más rápido que la preocupación.
—Fui a denunciar a un tipo que me seguía —contestó ella, la voz como armadura—. Dije que era paranoica.

Adrián la miró los segundos suficientes para leer las grietas que no dijo: la cena a medio poner, las manos húmedas, el temblor contenida.
—¿Por qué no me lo dijiste? —le soltó al fin, con voz rota—. Si pasa algo, quiero estar contigo.

Lara lo miró y por un instante, la mentira se le rompió.
—Porque esto es mío, Adrián. No te quiero arrastrar. —Su palabra

fue un disparo y un abrazo a la vez.

Él se quedó en silencio, con el amor confundido por la rabia y el miedo. Y en esa pausa, la rendición que él no pidió comenzó a anidar: si Lara no confía lo suficiente para pedir ayuda, él no tendría forma de protegerla

En el local donde Enzo y sus hombres trazaban planes, la noche cerró con decisiones en tinta.
Se levantarían temprano, moverían a dos hombres para cortar una ruta aliada de Marko y, al mismo tiempo, reactivarían contactos para recuperar información dentro del taller. Era un juego de sombras.

Enzo salió a la calle, encendió un cigarrillo y miró la ciudad. La niebla jugaba con las farolas; un perro aulló en la distancia.
Pensó en Lara. En su promesa de no arrastrarla. En la fragilidad de la vida que ella había elegido.
Sus dedos robaron el colgante con la "L" que guardaba sin que nadie lo supiera. Lo apretó por un instante y lo dejó ir.
—Si algo le pasa —murmuró al viento—, no habrá olvido.

La guerra se estaba armando con piezas que olían a polvo y agua. Y en el tablero, los peones ya comenzaban a moverse.

10

La madrugada caía como un manto espeso sobre las calles del puerto. El aire olía a sal, a metal oxidado y a gasolina.
Enzo bajó del coche sin encender las luces, las botas golpeando el suelo

húmedo.
A su lado, Milan revisaba el cargador de su arma, los ojos fríos y concentrados.
—Dos minutos más y el cargamento de Marko sale hacia el norte —susurró

Milan.
—Entonces no tenemos dos minutos —respondió Enzo con calma—. Lo
hacemos ahora.

El plan era simple.
Duro, pero limpio.
Golpear las rutas de Marko, recuperar el control del tráfico y mandar un

mensaje:
Dragic ha vuelto.

El ruido del mar se mezclaba con los murmullos distantes de los estibadores. Tres hombres más esperaban en la sombra de los contenedores. La lluvia empezaba a caer en gotas gruesas, pesadas, mientras Enzo revisaba

el reloj y contaba mentalmente los segundos.
—¿Listos? —preguntó.
Las cabezas asintieron en silencio.
Enzo levantó la mano y la bajó.
En un segundo, el muelle estalló en movimiento.

Milan se deslizó entre cajas, cortando el paso a los cargadores. Otro hombre arrojó un cóctel molotov contra el camión principal. Las llamas se elevaron en una explosión breve, y el humo cubrió todo como

una cortina infernal.

Los gritos comenzaron.
Disparos.
Cadenas.
Puños chocando contra metal.

Enzo avanzó como una sombra entre el caos, con una precisión casi quirúrgica.
El plan era causar pánico, no muertos.
Pero cuando uno de los hombres de Marko lo reconoció y gritó su nombre,

el aire se partió en dos.
—¡Es Dragic! ¡Está vivo!
Entonces el infierno se desató.

Los disparos rebotaron en las paredes de acero, las chispas iluminando la escena como relámpagos.
Enzo se cubrió detrás de un contenedor, devolviendo fuego con precisión.
Una bala rozó su mejilla.
Otra impactó contra la pierna de un enemigo que cayó gritando.

Y en medio de la locura, Enzo sonrió.
Había vuelto a sentirse vivo.
El rugido de la violencia era su idioma, y esa noche, el mensaje era claro: no lo habían matado aún.

Cuando todo terminó, solo quedaban las llamas devorando el camión y el sonido lejano de sirenas.
Enzo miró a Milan.
—Corta las luces y vete —ordenó—. Nos vemos en el punto seguro.

Milan dudó.
—¿Y tú?
—Voy a dejarle un recuerdo a nuestro viejo amigo.

Caminó hacia los restos del camión, sacó un cuchillo de su cinturón y grabó en el metal quemado una sola palabra:
"Vuelvo."

A la misma hora, en el pequeño piso del centro, Lara no podía dormir.

El reloj marcaba las tres de la mañana.

Adrián respiraba a su lado, profundamente dormido, con el brazo sobre su cintura.
Pero ella no podía dejar de mirar el techo, con la mente encendida como un faro.

Había notado algo en la calle esa noche: dos motos, el mismo ruido, el mismo eco.
No sabía si era paranoia o presentimiento, pero el pecho le pesaba.
Se levantó con cuidado, buscó su móvil y bajó las escaleras. Llamó a Sergio.
Tono.
Otro tono.
Nadie contestó.

Lo intentó de nuevo. Nada.
Sintió cómo el miedo le subía por el cuello, lento, como un escalofrío que no termina de irse.

Fue entonces cuando Adrián bajó las escaleras en camiseta, la mirada cansada.
—¿Qué pasa? —preguntó con voz ronca.
Lara guardó el teléfono en el bolsillo.
—Nada, solo… no podía dormir.

Adrián cruzó los brazos.
—No me mientas otra vez. Te conozco, Lara. Desde hace semanas te pasa algo.
Ella bajó la mirada.
El silencio fue una respuesta demasiado larga.
—Es alguien del pasado, ¿verdad? —insistió él—. ¿Ese tipo?

Lara sintió cómo la palabra "Enzo" se le formaba en los labios, pero no salió.
—No —mintió—. Ya no.

Adrián la observó unos segundos, con una mezcla de rabia y compasión. —Entonces confía en mí. Si pasa algo, dímelo. Te lo ruego.
Ella asintió, con un nudo en la garganta.

Y en ese instante, una noticia en la televisión del bar de enfrente llamó su atención.
Una explosión en el puerto.
Un camión en llamas.
"Posible ajuste de cuentas entre grupos criminales", decía el titular.

El mundo se detuvo por un segundo. Y Lara lo supo.
No necesitaba verlo.
Ni oírlo.
Ni tocarlo.
Sabía que era él.

Enzo llegó al refugio poco antes del amanecer, con la ropa empapada y el rostro salpicado de sangre seca.
Milan estaba esperando, nervioso, con una radio portátil encendida.

—Salimos limpios, pero los federales ya investigan —dijo Milan. —Que lo hagan —respondió Enzo, dejando caer su chaqueta sobre la mesa—. Ahora saben que Dragic sigue respirando.

Caminó hasta el espejo del baño.
El reflejo le devolvió una mirada rota, cansada.
Por primera vez en meses, el fuego interior había vuelto a arder.

Y sin embargo, debajo de toda la rabia, algo más palpitaba.
El recuerdo de su voz.
El miedo en sus ojos.
El temblor de sus manos cuando ella sostenía una pistola por primera vez.

Cerró los ojos, apoyó la frente contra el espejo frío y murmuró apenas: —No te acerques, Lara… no esta vez.

Pero sabía que el destino, como siempre, no escuchaba advertencias.

11

El amanecer olía a humo y sal.
Las sirenas ya se habían ido, pero el puerto seguía cercado por cintas amarillas, policías agotados y curiosos que murmuraban entre flashes de cámaras.

Lara estaba entre ellos.
Una gorra cubría parte de su rostro y la bufanda, el resto. A su lado, Adrián la observaba con desconfianza.

—No entiendo por qué querías venir aquí —murmuró él—. Dijiste que no conocías a nadie del puerto.
—Solo quiero ver —respondió ella, sin apartar la mirada del lugar donde horas antes había ardido un camión entero.
Había humo seco todavía, flotando sobre las aguas.
Restos de madera, metal y algo más oscuro: esa energía invisible que queda cuando el caos se va, pero deja huellas.

Y Lara lo sintió.
Él había estado allí.
Cada fibra de su cuerpo se lo decía.

—Lara, esto es peligroso —insistió Adrián, dándole un tirón suave del brazo—. No tenemos nada que hacer aquí.

Ella asintió sin responder. Solo un poco más, se dijo. Solo un vistazo más.

Fue entonces cuando la vio.

Apoyada contra una de las vallas, un cigarro entre los dedos y una chaqueta negra que le quedaba demasiado grande, estaba una chica

pelirroja.
El pelo encendido por el sol de la mañana, los ojos grises como acero.
No parecía periodista.
Tampoco policía.
Observaba el puerto con una calma inquietante… como si esperara algo.
O a alguien.

La mirada de Lara y la de la chica se cruzaron por un instante. Un segundo. Pero suficiente.

Lara sintió una punzada en el pecho, un presentimiento que le heló la sangre. Esa chica sabía algo.
—¿Quién es? —preguntó Adrián, notando su tensión. —No lo sé — respondió ella, aunque su voz tembló.

La pelirroja sonrió, apenas, y tiró el cigarro al suelo antes de alejarse hacia los muelles.
Nadie más pareció notarla.
Solo Lara.

Esa noche, Enzo estaba sentado en el refugio, revisando un mapa extendido sobre la mesa.
Las luces parpadeaban, el sonido del mar se filtraba por las paredes metálicas.
Milan entró sin tocar, con el rostro serio.

— Tenemos un problema —dijo.
Enzo levantó la vista.
—¿Cuál?
—Marko ya tiene reemplazo. Una chica. Joven, pero peligrosa. Los nuestros

dicen que la llaman Red.

Enzo frunció el ceño.
—¿Una mujer al mando?
—No exactamente. Es su mano derecha. La que limpia los errores. Milan hizo una pausa, bajando la voz—. Dicen que estuvo observando el

ataque esta madrugada.

Enzo se quedó quieto.
La mente trabajando rápido, el corazón igual.
Sabía lo que eso significaba: alguien estaba tanteando su regreso. Y si ella lo había visto, no tardaría en actuar.

—Encuéntrala antes de que ella me encuentre a mí —ordenó Enzo—. Y Milan… no hagas ruido.
Al otro lado de la ciudad, Lara no podía dormir.

El rostro de la chica pelirroja seguía apareciendo cada vez que cerraba los ojos.
Su mirada… no era casualidad.
Era un aviso.

Tomó su móvil, lo miró unos segundos y marcó un número que no debía. Uno que creía no volver a usar.
Una voz contestó al tercer tono. Ronca, cansada, inconfundible.

— Sergio.
Silencio.
—Lara. No deberías llamarme.
—Tú tampoco deberías haberme mentido —respondió con firmeza—.

¿Quién es la chica del puerto?

Sergio tardó unos segundos en contestar. —¿La viste?
—Sí. Y quiero saber quién es.

La línea se llenó de ruido.
Luego, su voz volvió, grave:
—Lara, escucha con atención. No te acerques a ella. Esa chica trabaja para

Marko. Y si "Red" te miró… ya te marcó.

Lara sintió que el suelo se le hundía.
—¿Marcó…? ¿Qué significa eso?
—Significa —suspiró él— que tarde o temprano va a ir por ti.

vista cuando escuchó pasos en la puerta. Milan entró rápido, nervioso.

— Tenemos movimiento. Alguien estuvo preguntando por ti en el puerto. —¿Quién?
—Una chica. Pelirroja.
Enzo se irguió despacio, la mandíbula apretada.
—Entonces ya empezó.

Salió al exterior, el viento frío golpeándole la cara.
Encendió un cigarro y miró hacia la ciudad iluminada en la distancia.
—Ven cuando quieras, Red —murmuró entre el humo—. Pero si tocas lo que es mío… no habrá escondite que te salve.
El humo se perdió entre la niebla del amanecer.
Y en algún punto de la ciudad, una chica de ojos grises sonrió, como si hubiera escuchado cada palabra.

12

Lara llevaba días con una sensación incómoda, esa especie de nudo en el pecho que no se va aunque intentes fingir que todo está bien.
Desde la llamada con Sergio, no podía dejar de pensar en la pelirroja del puerto.
Red, la había llamado él.
Un nombre corto, peligroso, y demasiado memorable para olvidarlo.

Adrián había notado su distracción, aunque no entendía la causa.

Pensaba que era el estrés, el trabajo, o el recuerdo de "aquel chico" del pasado que nunca llegó a conocer.
Y Lara prefería que siguiera así.
Era más fácil mentir que volver a explicar la verdad.

Esa mañana, el timbre sonó mientras preparaba café.
Lara se secó las manos y fue hacia la puerta.
Al otro lado, una mujer sonreía con un gesto cálido, el cabello rojizo

cayéndole por los hombros y una caja de galletas en las manos.
—Hola —dijo ella con voz ligera—. Soy tu nueva vecina, del 3B. Me llamo Judith.
Lara la observó unos segundos.

Había algo familiar en su postura, algo en la manera en que los ojos grises la escaneaban sin parecer invasivos.
Pero no quería parecer grosera.

—Ah, hola. Soy Lara —contestó con una sonrisa prudente—. Bienvenida al edificio.
Judith alzó la caja.
—Hice demasiadas galletas. Pensé que sería buena idea compartirlas.
Lara aceptó el gesto.

El olor a canela y mantequilla llenó el aire, pero había algo detrás, algo metálico que no encajaba.
Una mirada, un brillo en los ojos de la pelirroja que le erizó la piel.

—Gracias —murmuró Lara, algo tensa—. Pasa, si quieres.

Judith sonrió, cruzando el umbral. Sus botas resonaron suaves sobre el suelo.
Sus movimientos eran fluidos, medidos. Demasiado perfectos para alguien

improvisando una visita amable.
—Bonito lugar —comentó mientras miraba a su alrededor—. Tienes buena vista del puerto desde aquí.

Lara se detuvo, el corazón encogiéndose.
—¿Del puerto?
—Sí. Me encantan los barcos —dijo Judith, encogiéndose de hombros—.

Siempre me ha atraído el olor del mar… y lo que esconde.
Hubo un silencio.
Uno de esos que pesan.

Lara se aclaró la garganta.
—¿Te mudaste hace poco?
—Ayer —respondió la pelirroja sin apartar los ojos de ella—. Aunque…

digamos que ya había pasado por este barrio antes.

Lara intentó sonreír, aunque la voz interior en su cabeza gritaba algo no está bien.
Pero se obligó a mantenerse tranquila.

Judith caminó hasta el ventanal y miró hacia afuera. —Bonita vista, sí… pero peligrosa si no sabes quién te observa.
Lara tragó saliva.
—¿Qué… qué quieres decir?
La mujer se giró, con una sonrisa apenas perceptible.
—Nada. Solo… que los puertos esconden secretos. A veces vuelven con las mareas.
Esa misma tarde, Enzo y Milan regresaban en moto por la carretera costera. El viento azotaba, la luz gris del cielo pesaba sobre el asfalto.
—Hay movimiento cerca del centro —dijo Milan—. Una mujer con el pelo rojo fue vista entrando a un edificio de la zona sur.

Enzo frenó de golpe.
—¿Zona sur?
—Sí, calle Del Mar. Número treinta y… —Treinta y ocho —terminó Enzo por él, con el rostro endurecido.

Milan lo miró, desconcertado. —¿Cómo lo sabes?
—Porque ahí vive ella.

Esa noche, Lara estaba sola.
Adrián trabajaba hasta tarde.
El apartamento estaba en silencio, salvo por el viento golpeando las

ventanas.

Se sirvió un té, intentando calmarse, cuando escuchó un golpe suave en la pared, del otro lado, como si alguien hubiera movido algo pesado.
Luego, pasos.
Y después… una risa.
Una risa femenina.

Lara se acercó al muro, contuvo la respiración.
No sabía si era imaginación suya o la voz de Judith al otro lado. Una voz que, aunque susurrante, parecía susurrarle a ella:

—Te encontré.
Lara retrocedió, el corazón a mil.

En ese momento, su teléfono vibró en la mesa. Un número desconocido.
Dudó un segundo, luego respondió.

Del otro lado, la voz de Enzo. Grave.
Urgente.

—Lara, escucha. No abras la puerta. No te acerques a nadie del 3B.
—¿Cómo sabes eso? —susurró ella, temblando.

—Porque esa no es tu vecina. Es Red. Y acaba de marcarte.

Fuera, en la calle, una moto negra se detuvo frente al edificio. Enzo levantó la vista, los ojos clavados en la ventana del tercer piso. Desde ahí, una silueta pelirroja lo observaba.
Sonrió, como si lo hubiera estado esperando.

Y por primera vez en mucho tiempo, Enzo sintió algo parecido al miedo.

13

El teléfono se deslizó de las manos de Lara y cayó al suelo, la llamada de Enzo aún abierta, su voz entrecortada por el miedo y la distancia.
El eco de sus últimas palabras retumbaba en su cabeza:
"No abras la puerta. No te acerques a nadie del 3B."

El corazón de Lara latía con tanta fuerza que podía oírlo en sus oídos. Miró hacia la entrada del apartamento.
Silencio.
Solo el sonido de la lluvia cayendo sobre las persianas, marcando un ritmo

irregular.
Y entonces… tres golpes secos resonaron en la madera.

— ¿Lara? —la voz de mujer sonó dulce, casi preocupada—. Soy yo, Judith. Perdona que te moleste tan tarde, pero creo que tengo una fuga de agua. ¿Podrías ayudarme a cerrar la llave general? Está goteando mucho, no sé qué hacer…

Lara dio un paso atrás.
Su respiración se volvió entrecortada.
La voz sonaba igual, amable… pero había algo forzado en el tono.
Como si

cada palabra hubiera sido ensayada.
Volvió a sonar otro golpe, más suave esta vez.
—¿Lara? Sé que estás ahí, puedo oír la tele… por favor, solo será un minuto.

El teléfono seguía en el suelo, y de él aún salía la voz de Enzo, débil por la interferencia:
—Lara… no la abras… ¿me oyes?... estoy cerca...

Ella se agachó para recogerlo, pero antes de llegar, la cerradura hizo un clic suave.
Judith giraba el pomo.

Lara corrió hacia la puerta, apoyando el peso del cuerpo contra ella.
—¡No puedes entrar! ¡Ya llamé al de seguridad!

Hubo un silencio al otro lado. Un silencio que duró demasiado. Y luego, un susurro:
—Sabes que no lo hiciste, Lara.

El tono ya no era amable. Era bajo, frío… y real. La voz de Red.

Enzo subía los escalones de dos en dos, empapado por la lluvia, el rugido del motor aún resonando en su cabeza.
Tenía la pistola en la chaqueta y la mirada fija, el pulso acelerado.
Sabía que llegaba tarde.

Milan lo había querido seguir, pero Enzo no se lo permitió. Esto no era una operación.
Era ella.

Cuando llegó al tercer piso, la puerta del 3B estaba entreabierta. Del interior salía un olor metálico, denso, familiar.
Sangre.

Se deslizó por el pasillo con sigilo, el ruido de sus botas ahogado por la alfombra empapada.

Al pasar frente a la puerta de Lara, escuchó un golpe seco.
Y luego su voz.

—¡Déjame en paz!
Enzo no pensó.
Levantó la pierna y derribó la puerta de una patada.
Dentro, la escena se congeló:

Judith estaba de pie en medio del salón, con una llave inglesa en la mano, el cabello rojo cayéndole sobre el rostro, los ojos llenos de furia.
Lara, acorralada contra la mesa, sostenía un cuchillo de cocina con las manos temblorosas.

Judith sonrió al verlo. —Tardaste, Dragic.
Enzo apuntó directamente. —Deja el arma.

— ¿Y perderme el reencuentro? —respondió ella con ironía—. Sabes que me gustan los finales sangrientos.
Lara miraba a ambos sin entender. —¿Qué… qué está pasando?

Enzo no le respondió.
Solo dio un paso adelante, manteniendo el arma firme.
Judith lo imitó, avanzando lentamente hacia Lara, su sombra proyectada

sobre la pared.

El aire se volvió espeso, irrespirable.
Y en ese momento, una sirena sonó en la calle.
Judith alzó la cabeza, sonrió… y lanzó la llave inglesa directamente hacia

Enzo.

El impacto fue seco.
Él esquivó a medias, la herramienta rozó su mejilla y se clavó en la

pared. Cuando volvió a mirar, la pelirroja ya no estaba.

La puerta del balcón abierta. La lluvia cayendo sin piedad.
Enzo corrió hacia el borde, asomándose al vacío.
A lo lejos, entre los charcos, una moto roja se alejaba a toda velocidad, dejando un rastro de luz y humo.
Lara se acercó temblando, el cuchillo aún en la mano. —¿Quién era?

Enzo respiró hondo, limpiando la sangre de su rostro con el dorso de la mano.
Sus ojos seguían fijos en el punto donde desapareció la moto.

—Alguien que nunca olvida una deuda.
Esa noche, el apartamento quedó en silencio.

Lara, aún sin poder dormir, miró por la ventana mientras las sirenas se alejaban.
Enzo estaba en el sofá, con la cabeza apoyada en el respaldo, la chaqueta manchada y la mirada vacía.

Ella quiso decir algo, pero no salió palabra.
Y entre ambos, el sonido lejano de una moto rugiendo en la oscuridad. Una promesa.
Una advertencia.

14

El rugido del motor se apagó a lo lejos.

El eco quedó atrapado entre las paredes húmedas del antiguo almacén portuario.
Judith apagó las luces de la moto roja, bajó el pie y se quitó el casco con un movimiento lento, el cabello pegado a la piel por la lluvia.

El aire dentro del edificio era espeso, cargado de humo y gasolina.

A lo lejos, varias figuras se reunían alrededor de una mesa metálica iluminada por una bombilla colgante.
El olor a cigarrillos y cuero lo llenaba todo.

—Llegas tarde —dijo una voz profunda.

El hombre que habló estaba de pie al final de la mesa. Cabello oscuro, una cicatriz cruzándole el cuello, mirada afilada. El nuevo líder.
Marko.

Judith sonrió con esa calma que siempre precedía al caos. — Digamos que tuve un pequeño contratiempo.

— ¿Un contratiempo o un aviso? —preguntó él, girando la cabeza lentamente.
Su tono no era de curiosidad, era una amenaza disfrazada.

Judith caminó hacia él, los tacones resonando sobre el suelo de metal. —Encontré algo mejor que un aviso —respondió—. Encontré a Dragic.

Un silencio absoluto cayó sobre el lugar.
Los hombres dejaron de hablar, de fumar, de moverse siquiera. El nombre de Enzo Dragic era una sombra que aún imponía respeto. Una sombra que todos habían creído muerta o encerrada para siempre.

Marko entornó los ojos.
—Mentira. Ese cabrón está fuera del juego. Lo enterraron junto con su orgullo.
Judith lo miró con ironía.

— Entonces supongo que soñé con el cañón de su pistola apuntándome a la cabeza hace una hora.
El murmullo volvió, inquieto.

Uno de los hombres escupió al suelo.
Otro encendió un cigarro con manos temblorosas.

Marko dio un paso adelante. —¿Dónde lo viste?
—En la ciudad —respondió ella—. Con una chica.
Marko arqueó una ceja. —¿Una chica?
Judith asintió, disfrutando del efecto de cada palabra. —La nieta de los Zdravskov.
La reacción fue inmediata.

Una risotada nerviosa, un golpe en la mesa, y luego un murmullo cargado de rabia.
Ese apellido aún olía a sangre y traición.

Marko se pasó una mano por la cara, conteniendo la furia.
—Así que… el hijo de Dragic y la maldita Zdravskov. No podía ser de otra forma.
Judith ladeó la cabeza.
—Parece que el destino tiene sentido del humor.

El líder se acercó a ella, tan cerca que el aliento mezclado a tabaco le rozó la piel.
—¿Y por qué vienes a contármelo, Red? No me digas que lo haces por lealtad.

Judith sonrió sin miedo.
—Porque me debe algo. Y si alguien va a matarlo… quiero estar allí para verlo arder.

Marko la observó unos segundos, evaluando si mentía. Luego rió.
Una risa grave, rota, que llenó el almacén.

— Bien —dijo finalmente—. Si Dragic está de vuelta, el juego cambia. Miró a sus hombres.
—Quiero que todos se preparen.
Su voz se volvió hielo:
—Esta vez, no dejaremos ni a él ni a ella respirando.

Fuera, Judith se encendió un cigarro, el viento soplándole el humo en la cara. A lo lejos, las luces de la ciudad titilaban entre la niebla. Se llevó el cigarro a los labios y susurró para sí:

—No sabes lo que has empezado, Enzo.

Tiró la colilla al suelo, la aplastó con la bota y volvió a subirse a su moto. El motor rugió, un sonido grave y casi animal que se mezcló con el viento. Antes de irse, miró hacia el puerto y sonrió.

—Nos vemos pronto, muñeca.

Esa misma noche, Enzo se despertó sobresaltado en el sofá del apartamento de Lara.
La herida en su mejilla seguía ardiendo.
Algo en su interior le gritaba que esa calma no duraría.

Y tenía razón.
Porque mientras la lluvia volvía a caer sobre el puerto, la guerra que él había intentado enterrar… acababa de resucitar.

15

La lluvia no había parado desde hacía horas.

El golpeteo constante contra las ventanas se mezclaba con el leve zumbido del frigorífico en la cocina.
El reloj marcaba las tres y veintidós de la madrugada.
Lara se giró en la cama, pero el espacio vacío a su lado la hizo abrir los ojos.

El lado donde Enzo solía dormir estaba frío. Demasiado frío.
Se levantó despacio, aún con el corazón palpitando como si presintiera algo. El apartamento estaba en penumbra; sólo el parpadeo del cigarro de Enzo, a medio apagar sobre la mesa, rompía la oscuridad.

La chaqueta negra de cuero —esa que él siempre llevaba, la que olía a humo y a gasolina— ya no estaba colgada en la silla.
Ni su pistola, ni las llaves de la moto.

—No… —susurró Lara, llevándose una mano al pecho.

Revisó el pasillo, el baño, incluso la azotea del edificio. Nada. Enzo se había ido.
Otra vez.

Enzo caminaba bajo la lluvia, con la chaqueta pegada al cuerpo y la mirada fija en el asfalto.
Cada paso resonaba en el silencio de la madrugada, acompañado del eco de sus pensamientos.

Había intentado convencer a sí mismo de que todo estaba bajo control. De que la nueva banda no representaba una amenaza inmediata. Pero el nombre que Judith había pronunciado esa tarde, esa maldita sonrisa

suya al mencionarlo, le había hecho entenderlo:
Marko lo quería muerto.
Y si él no desaparecía, también arrastraría a Lara al fuego.

Llegó hasta el garaje abandonado donde todo había empezado. El mismo lugar donde la vieja banda se reunía antes de caer. El olor a aceite rancio, las marcas de sangre secas en el suelo. Cerró los ojos por un segundo.
—Todo vuelve —murmuró.

Encendió un cigarro, temblándole un poco la mano. No era miedo.
Era rabia contenida.
Sabía que tenía que irse.
Esa noche.
Sin despedidas, sin promesas.

Pero entonces escuchó pasos. Ligeros, firmes, conocidos.
—¿De verdad pensabas irte sin decirme nada?

La voz de Lara lo atravesó como un disparo.
Estaba empapada, el pelo pegado a la cara, las botas salpicadas de barro. Sostenía su abrigo con una mano y la mirada con la otra: fría, rota, dolida.

—Lara —murmuró él, apenas girando el rostro—. No deberías estar aquí.
—Tú tampoco —replicó ella con un tono que quemaba—.
Enzo tragó saliva.
—Escúchame… hay gente moviéndose. Judith, Marko… No puedo arriesgarte.
—¿No puedes arriesgarme o no puedes soportar tener algo que perder otra vez? —interrumpió ella.
El silencio se volvió pesado, casi sólido. El cigarro se consumió entre los dedos de Enzo.
Lara dio un paso hacia él, la voz temblando:
—Te he esperado años, Enzo. Años. Y cuando por fin vuelves, lo primero que haces es huir.
Él apretó los puños.
—No entiendes lo que se viene. No entiendes de qué clase de gente estamos hablando.

— Sí entiendo —replicó ella—. Entiendo que estás tan roto que prefieres desaparecer antes que confiar en alguien.
Sus ojos se humedecieron, pero no temblaron.
—Y aún así, sigo aquí.
Enzo la miró largo rato, como si quisiera memorizarla. Cada rasgo, cada respiración.
Una parte de él quería abrazarla.
Otra quería gritarle que corriera.

—No merezco que me esperes —dijo finalmente.
—No se trata de merecer —susurró ella—. Se trata de que ya no

puedo imaginar no hacerlo.

El sonido de un trueno retumbó a lo lejos. La lluvia cayó más fuerte.
Enzo se acercó un paso, luego otro.
La distancia entre ambos se volvió un hilo invisible.

—Si me quedo, te pondré en peligro —dijo él, la voz ronca.
—Y si te vas, me matas igual —contestó ella.
Un segundo de silencio.
Y luego, sin pensar, Enzo la besó.

Fue un beso torpe, urgente, lleno de lo que ambos habían evitado decir. La lluvia caía sobre ellos, la sangre del pasado todavía fresca en sus manos. Era el tipo de beso que no promete futuro, sólo sobrevivir hasta mañana.

Cuando se separaron, Enzo apoyó la frente en la de ella. —Si algo me pasa, corre. No mires atrás.
—Si algo te pasa —replicó ella, secándose las lágrimas con la manga —, juro que haré que Marko pague con su vida.
Enzo sonrió apenas.
—Suena a algo que yo diría.
Ella rió débilmente.
Y en ese pequeño instante, entre la lluvia y el ruido distante de las sirenas, ambos supieron que la calma había terminado.
Horas después, el garaje volvió a quedar vacío.

El eco de sus pasos fue reemplazado por el rugido de una moto alejándose en la noche.
Desde una azotea cercana, una silueta los observaba.
Judith —Red— sonrió, dejando caer una colilla humeante al suelo mojado. —Así que el rey y su reina vuelven a moverse —murmuró—. Perfecto.
El juego acaba de empezar.

16

El amanecer llegó teñido de gris.
No hubo sol, ni pájaros, ni siquiera el murmullo de la ciudad despertando. Sólo el rugido lejano de motores, multiplicándose por las calles vacías, como

un enjambre de abejas furiosas acercándose a su presa.

Lara estaba sentada junto a la ventana del apartamento, con la manta aún sobre los hombros y el teléfono en la mano.
Ni una llamada.
Ni un mensaje.
Desde aquella noche, Enzo no había vuelto.

Sergio había intentado tranquilizarla con palabras vacías. "Está bien", le había dicho. "Solo está preparando algo." Pero ella conocía ese tono.
Era el mismo que usaba cuando le ocultaban algo grave.

El café se enfriaba entre sus manos.
Entonces, un ruido.
Un estruendo seco, metálico, que hizo vibrar los cristales.

—¿Qué…?

Corrió a la ventana.
Desde allí, vio lo imposible.
Tres motos negras, sin matrícula, derrapando frente al garaje donde Enzo y

su banda solían reunirse.
Y, detrás de ellas, un coche gris con las luces apagadas.
Lara sintió el corazón subirle a la garganta.

A pocas calles de allí, Enzo ya lo sabía.
Los motores. El olor a gasolina quemada.
Eran ellos.
Marko y su nueva banda.

Red iba en la parte trasera de una de las motos, el cabello rojo brillando

como una llama entre la niebla.
La sonrisa de quien sabe exactamente cuándo atacar.

—No debieron venir aquí… — murmuró Enzo, apretando el volante de su coche.
Sergio, desde el asiento del copiloto, lo miró con frustración. —Te lo dije, Enzo. No puedes seguir haciéndote el héroe.

—Esto no se trata de heroísmo —gruñó él—. Se trata de no dejarlos respirando después de lo que hicieron.
—¿Y Lara? —preguntó Sergio con un tono que dolía—. ¿Qué va a pasar con ella si no vuelves esta vez?

Enzo no respondió.
Aceleró.
Las ruedas chillaron contra el asfalto húmedo, cortando la neblina como una

cuchilla.

Red bajó de la moto con un movimiento ágil, limpiándose la lluvia del rostro. Llevaba una chaqueta de cuero corta y unos guantes oscuros. Sonreía, incluso cuando los hombres de Marko empezaban a rodear el

garaje.
—¿Estás segura de que está aquí? —preguntó uno de ellos.

— No hace falta que lo esté —respondió Red, encendiendo un cigarro—. Él vendrá.
Siempre lo hace.

Y tenía razón.
El rugido del motor de Enzo resonó segundos después, rebotando

entre los muros.

La moto negra apareció de la niebla como un proyectil, y detrás, el coche de Sergio.
Enzo saltó antes de que la moto se detuviera, rodando por el suelo y levantándose con la pistola ya en la mano.

—Red.
—Enzo. —Ella sonrió—. Me alegra ver que no te oxidaste en prisión.
—Y yo ver que sigues metiendo la nariz donde no debes.

— Oh, cariño —dijo ella acercándose lentamente—, tú y yo sabemos que las ruinas siempre atraen fuego.
Y tú estás en ruinas.
El primer disparo no vino de Enzo.
Fue Marko.
Una bala que rozó su hombro y se perdió entre los muros del garaje.

Enzo giró, disparó tres veces, y el caos estalló.

Gritos, motores que se encendían, el eco de los casquillos golpeando el suelo.
Red se movía entre las sombras como un espectro, su cabello rojo trazando líneas de fuego bajo la lluvia.

Sergio disparaba desde la puerta, cubriéndolo. Pero eran demasiados.
Una granada rodó hasta los pies de Enzo. —¡Cuidado! —gritó Sergio.

La explosión lo lanzó varios metros atrás.
El mundo se volvió un zumbido sordo, el aire denso de humo y polvo. Entre la confusión, vio una figura acercarse.
Cabello mojado. Chaqueta negra.
Lara.

—¿Qué haces aquí? —gruñó, levantándose como pudo.
—Buscándote —replicó ella, con los ojos llenos de rabia y miedo—.

No voy a quedarme esperando mientras te matan.

Antes de que él pudiera responder, un disparo pasó rozando su pierna. Lara gritó.
Enzo la empujó detrás de un coche volcado.

—¡Te dije que te quedaras en casa! —gritó él, sujetando su arma.
—¡Y yo te dije que no necesito que me salves! —respondió ella, sacando su propia pistola del abrigo.
Sergio los miró desde lejos, el rostro blanco de pánico. Marko, a unos metros, se reía.
—Mírate, Enzo… el gran líder. Traicionado por una chica Zdravskov.
El nombre golpeó el aire como una bala invisible. Todos se detuvieron un segundo.
Incluso Lara.

Marko levantó la pistola, apuntando directamente a ella. —Los Zdravskov destruyeron todo lo que teníamos. Ahora, te toca pagar el precio.

Enzo no lo pensó. Disparó primero.

La bala impactó en el hombro de Marko, que cayó con un grito. Pero no era suficiente.
La guerra apenas comenzaba.

Cuando todo terminó, el garaje era humo y silencio.
Lara respiraba con dificultad, el rostro manchado de polvo y lágrimas. Enzo la miró, ensangrentado, temblando de rabia y miedo.

— Esto no ha terminado —murmuró él, guardando su arma—. Ahora vienen por todos.
Y esta vez, no pienso dejar que te toquen.

Lara lo miró, sin saber si temerle o abrazarlo. El fuego de la guerra había vuelto a encenderse… y ambos estaban justo en el centro de la llama.

La noche cayó sin promesas.

El garaje ardía todavía, los restos del fuego chispeaban sobre el pavimento húmedo, iluminando el rostro de Enzo cubierto de hollín.
No hablaba.
Solo observaba.
Los cuerpos, las balas vacías, el humo que se deslizaba entre los huecos del techo.

Sergio estaba detrás, apoyado en el coche con un brazo sangrando.
—Esto... se fue demasiado lejos, Enzo —murmuró.
Enzo no contestó.

Caminó entre los escombros y se detuvo frente a la moto de Marko, caída de lado.
En el depósito, un símbolo grabado en pintura blanca: una serpiente enroscada sobre una calavera.
No era el emblema de Marko.
Era otro.
Uno antiguo.
Uno que Enzo había visto en los viejos archivos de la banda.

Lo tocó con la yema de los dedos. Y en ese instante, lo entendió.

— No es Marko quien está moviendo los hilos —susurró.
—¿Qué dices? —preguntó Sergio, confuso.
—Hay alguien más. Alguien que conoce demasiado… y que usa a Marko

como carnada.

El rugido de una moto rompió el silencio. Enzo se giró, apuntando con el arma. Pero no era un enemigo.
Era Lara.

Llegó con el rostro cubierto de polvo y el corazón acelerado. Apenas podía sostener el manillar.

—Tienes que dejar esto —le dijo, jadeando—. No puedes seguir hundiéndote por una guerra que no es tuya.

Enzo caminó hacia ella, sin apartar la mirada.
—¿No es mía?
—¡No! —gritó—. ¡Es de mi familia, Enzo! ¡Lo supe hoy!

Sergio la miró, helado. Enzo se detuvo a un paso. —¿Qué supiste, Lara?

Ella tragó saliva, las lágrimas mezclándose con el polvo.

Sacó un papel arrugado de su bolsillo: una vieja fotografía quemada por los bordes.
En ella, tres hombres y una mujer joven posaban junto a una moto.
En el centro, el padre de Enzo.
Y detrás… su madre.
Pero no estaban solos.
También estaba el abuelo de Lara.

— Mi abuelo trabajaba con tu padre, Enzo.
—Eso es imposible —murmuró él, arrebatándole la foto. —No. Mi abuela me lo ocultó toda mi vida.
Fueron ellos los que fundaron la primera banda. La que destruyó a todos los que se opusieron.
Tu madre murió por culpa de esa alianza.
El silencio se hizo espeso.
Solo se oía la respiración de ambos.
Enzo bajó la mirada a la foto.
El fuego de la venganza, que lo había mantenido en pie, se mezcló con una

confusión amarga.
Todo ese tiempo, había estado luchando contra las sombras de su propio pasado… y Lara estaba justo en el centro de ellas.
—Entonces —susurró él—, toda esta guerra empezó con ellos. —Sí —dijo ella—. Con nuestros nombres. Con nuestra sangre.

Enzo apretó los puños.
—Entonces será nuestra sangre la que la termine.
Lara retrocedió un paso, temblando. —¿Qué vas a hacer?

— Lo que debí hacer desde el principio —respondió, mirando el fuego—. Voy a encontrar al que está detrás de Marko.
Y si tu apellido tiene algo que ver…
entonces tendrás que decidir de qué lado estás, Lara.

Ella lo miró, dolida, con el corazón rompiéndose entre el miedo y el amor. —Yo no soy mi abuelo, Enzo.
—Y yo no soy mi padre —respondió él, dándose la vuelta—. Pero la

sangre… no olvida.

Horas después, en la carretera vieja, Red observaba desde su moto cómo el fuego del garaje se extinguía.
Sacó su teléfono y marcó un número oculto.

— No funcionó —dijo en voz baja—. Marko cayó.
Pero él sigue vivo.

La voz al otro lado del teléfono era grave, con un acento del este. —Déjalo correr.
—¿Y la chica?
Una pausa.
Luego, una risa corta.
—Ella vendrá sola. La sangre siempre encuentra el camino.

Red apagó el teléfono y miró al horizonte. A lo lejos, una silueta sobre una moto avanzaba por la niebla. Enzo.
De nuevo, cazando fantasmas.

17

El silencio del amanecer se rompía con el crujir del papel.

Lara llevaba horas revisando cajas viejas en el desván de sus abuelos, el aire impregnado de polvo y recuerdos que olían a humo y aceite de motor.
Sus manos temblaban mientras pasaba las hojas de un diario antiguo, con la tinta medio borrada.
Zdravskov. Dragic. 1987.
Las palabras se repetían una y otra vez, como si el tiempo no hubiera podido borrarlas del todo.

Encontró una carta escondida bajo una tabla suelta del suelo, doblada en cuatro y amarillenta.
"Para quien sobreviva a esto —no busques perdón. La lealtad se paga con sangre."
La firma: I. Zdravskov.
Su abuelo.

Lara cerró los ojos, conteniendo las lágrimas.
Sentía un peso helado en el pecho.
Todo lo que Enzo le había dicho… era verdad. Su familia había sido la raíz del caos.
Los fundadores de algo que había destruido generaciones.

Pero había algo más.
Un símbolo grabado en la esquina del papel: una serpiente enroscada. La misma que Enzo había visto en la moto de Marko.
La historia se repetía.
Y ella estaba justo en medio del círculo.

A kilómetros de allí, en un taller abandonado, Enzo se vendaba el hombro frente a un espejo sucio.
El vendaje apretaba demasiado, pero no importaba.
El dolor físico siempre era más fácil de controlar que el otro.
El que ardía por dentro.

Sergio entró, empapado por la lluvia, y dejó caer un casco sobre la mesa. —Tenemos algo.

—¿Red? —preguntó Enzo sin girarse.
—Sí. Un tipo del puerto la vio. Dice que está trabajando con el nuevo grupo

de Marko, pero no siguen sus órdenes. Alguien más manda.
Enzo levantó la mirada hacia su reflejo.
Sus ojos parecían más oscuros, como si los años y la culpa se le hubieran

pegado a la piel.
—¿Dónde?
—En las afueras. Un hangar viejo, cerca del río. —Vamos.

Sergio lo detuvo con una mano en el pecho.
—Enzo, escucha. No puedes entrar así. Están armados. —Y yo también.

— No me refiero a eso —replicó Sergio, frustrado—. Me refiero a que no estás bien.
No duermes, no comes, y cada vez que mencionan a Lara te pones peor.
Esto no es solo venganza, ¿verdad?

Enzo guardó silencio.
El eco de esa palabra le dolía más que las balas.
Venganza.
Era más fácil llamarlo así que admitir la verdad: que no soportaba pensar

que Lara lo odiara.
Finalmente, tomó su chaqueta y caminó hacia la puerta. —No vuelvas a preguntarme eso.

Lara bajó al salón con los papeles en la mano.
Judith estaba sentada en el sofá, con un libro abierto que fingía leer.
—No has dormido nada —le dijo sin levantar la vista.

—No podía —respondió Lara, sentándose frente a ella—. Judith, necesito preguntarte algo… sobre mi abuelo.

Judith cerró el libro lentamente.
—Sabía que tarde o temprano lo harías.
—¿Qué sabes?
—Que tu abuelo no solo estaba en una banda, Lara. Era el que mandaba. Y que cuando intentaron salirse del trato con los Dragic… todo se vino

abajo.
Lara sintió que el suelo se movía bajo sus pies. —Entonces… mi familia mató a la suya.
—No lo sé. Pero tu abuelo desapareció justo después de la muerte de la madre de Enzo.
Y nadie volvió a encontrarlo.

Lara apretó el diario con fuerza. El ruido de una moto resonó fuera.
Judith se levantó.
—¿Esperas a alguien?

Lara negó.
Corrió hacia la ventana.
Nada.
Solo la niebla.
Pero lo sintió.
Esa presencia.
El rugido grave de un motor que conocía de memoria.

En el hangar, el aire olía a hierro y combustible.

Enzo se movía entre sombras, sigiloso, mientras Sergio lo cubría desde una esquina.
Luces parpadeantes, cajas de armas, y una mesa con mapas y documentos.
Entre ellos, un nombre escrito con tinta roja:
I. Zdravskov — contacto perdido.

Enzo sintió un escalofrío. El viejo seguía vivo.

— ¿Lo ves? —susurró Sergio.
—Sí.
—Entonces la guerra no terminó nunca.

De repente, una voz femenina sonó detrás de ellos. —No deberías haber venido solo.

Enzo giró.
Red estaba de pie, apuntándole con un arma.
El cabello rojo brillaba bajo la luz blanca del hangar.
—¿Qué quieres, Red?
—Lo mismo que tú —respondió ella con una media sonrisa—. La verdad. Y que esto acabe de una vez.

Sergio tensó el arma.
—¿Qué sabes?
—Que el abuelo de tu chica no está muerto, Enzo —dijo ella, bajando el

arma lentamente—.
Y que él es quien está detrás de todo esto.

Esa noche, Lara bajó al garaje y miró la moto de Enzo. Aún estaba allí.
Fría, silenciosa.
Apoyó la mano sobre el manillar, cerró los ojos y susurró: —¿Dónde estás?

Al mismo tiempo, a kilómetros de distancia, Enzo miraba el agua del río desde el hangar.
Supo que todo estaba por empezar otra vez.
Y que esta vez, la niebla no los protegería.

18

La lluvia caía con violencia sobre el techo del hangar, haciendo vibrar el metal.
Enzo sostenía la mirada de Red, aún incrédulo por lo que acababa de oír.
El abuelo de Lara. Vivo.
El hombre que había empezado todo el infierno.
El que había mandado matar a su madre.

—¿Qué estás diciendo? —gruñó Sergio, apuntándola con el arma.
Red no se movió. Tenía una calma peligrosa, de esas que solo poseen los que ya lo han perdido todo.

— No tienes por qué creerme —dijo ella, girándose hacia Enzo—. Pero si lo haces, te llevará directo a él.
—¿Dónde está?
—En la sombra de todos los que alguna vez lo siguieron. Marko trabaja para él. Lo llaman el Fantasma.

Sergio apretó los dientes.
—Eso es imposible. Ese viejo está muerto desde hace años. Red lo miró sin pestañear.
—¿Tú has visto el cuerpo?
El silencio fue la única respuesta.

Enzo se acercó lentamente, dejando que la rabia lo empapara por dentro. —¿Por qué me lo dices? ¿Qué ganas tú con esto?
Red esbozó una sonrisa tan tenue que apenas parecía humana. —Porque quiero verlo arder. Y tú eres el único que puede hacerlo.

Lara caminaba bajo la lluvia, las calles empapadas reflejaban las luces del pueblo.
Había pasado toda la tarde encerrada, incapaz de ignorar ese presentimiento en el pecho.
Sergio no respondía los mensajes, y Adrián dormía en su casa, ajeno a la tormenta.

Ella necesitaba aire.
Necesitaba entender.

Cruzó la calle hacia la vieja tienda abandonada donde solía esconderse de niña.
A cada paso, sentía cómo la niebla se cerraba a su alrededor, espesa, como si intentara advertirle de algo.

Dentro del local, encontró huellas frescas en el suelo.
Huella de botas.
Aceite.
Y una colilla medio apagada con el símbolo de una serpiente grabado.

Lara retrocedió de golpe. Su abuelo fumaba esa marca. Solo él.

El miedo la paralizó por un instante, hasta que una voz grave la obligó a girar.
—No deberías estar aquí, pequeña.
El mundo se le detuvo.

Allí, en el umbral de la puerta, estaba un hombre de cabello gris, mirada fría y una cicatriz en el cuello.
Tenía la misma forma de mirar que su abuelo… pero más vacía, más peligrosa.
—¿Quién… quién es usted? —balbuceó Lara.

El hombre sonrió, con una calma que helaba la sangre. —No me reconoces. Lo prefiero así.
Y antes de que pudiera responder, desapareció entre la niebla.

Lara salió corriendo, con el corazón a punto de romperle las costillas.
Sabía que lo que había visto era real.
Su abuelo estaba vivo.
Y si él había vuelto, eso solo podía significar una cosa: la guerra nunca

terminó.

Esa misma noche, Enzo golpeó la mesa del hangar.
Los papeles y los mapas se desparramaron.
—Si ese viejo está vivo… entonces todo esto fue una trampa. Nos usaron. Sergio se pasó la mano por la cara, exhausto.
—¿Qué vas a hacer?
Enzo lo miró sin dudar.
—Lo que debí hacer hace años.

Red, apoyada contra una pared, alzó una ceja.
—Eso suena a suicidio, Zdravskov.
—No lo es si tengo algo que perder —replicó Enzo, apretando el puño—. Y créeme… lo tengo.

Sergio lo observó, comprendiendo sin que hiciera falta decirlo. Lara. Siempre ella.
La razón de su rabia y su redención.

En casa, Lara cerró todas las cortinas y se dejó caer en el suelo. Tenía las manos manchadas de barro y el corazón ardiendo. Buscó su teléfono y escribió un mensaje que nunca envió:

"Si estás ahí, si de verdad sigues vivo, dime por qué."

Pero antes de poder borrar las lágrimas, escuchó un motor detenerse afuera. El mismo rugido grave que la había perseguido en sueños.
Corrió hacia la ventana.
Nada.
Solo la niebla, iluminada por una luz roja distante.

El eco del motor se apagó.
Y Lara, con la respiración temblorosa, susurró: —Enzo…

En el hangar, Enzo encendió su moto.
Red lo miró con los brazos cruzados.

—¿A dónde vas?
—A buscar respuestas.
—¿A ella?
—No —mintió, mientras el motor rugía bajo sus manos—. Voy a buscar al Fantasma.

Red se inclinó hacia él y susurró con una media sonrisa:
—Ten cuidado, Zdravskov. Los fantasmas no mueren… solo cambian de rostro.
Enzo arrancó, y la niebla lo tragó por completo.

19

El amanecer apenas se filtraba por la niebla.

Enzo se había pasado la noche recorriendo las afueras del pueblo, siguiendo las coordenadas que Red le había dejado en una servilleta.
Un viejo almacén, abandonado desde hace años.
El aire olía a óxido, a pólvora y a recuerdos podridos.

A lo lejos, un grupo de hombres vigilaba el perímetro. No eran de los suyos.

Enzo lo supo con solo ver el modo en que sostenían las armas: demasiado confiados.
Demasiado seguros.

Avanzó entre sombras, con el abrigo empapado por la llovizna, y se coló por una ventana rota.
Dentro, el silencio era casi religioso.
Solo un reloj viejo marcaba el tiempo, cada tic-tac como un disparo.

Entonces la vio.
Red.
De pie, apoyada contra una columna, el cabello cobrizo cayéndole

sobre los hombros, una sonrisa traviesa en el rostro.
—Llegas tarde —dijo con voz baja.

— No me dijiste que esto era una emboscada —replicó Enzo, secándose la sangre del labio.
—No lo es… todavía.

Y entonces, detrás de ella, una silueta femenina apareció desde la penumbra. El aire se volvió espeso, pesado.
Enzo tardó unos segundos en reconocerla, en asimilar lo que veía.

Lara.

Tenía el cabello más largo, los ojos más oscuros, y ese brillo de orgullo y rabia que solo él conocía.
Vestía una chaqueta negra —la suya, la que él había dejado en su vieja casa antes del arresto—.
Por un instante, el mundo se detuvo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Enzo, con la voz grave. —Podría hacerte la misma pregunta —respondió Lara, sin retroceder.

Red los observaba con una sonrisa apenas perceptible, disfrutando del choque entre pasado y presente.
—Vaya reencuentro —murmuró, encendiendo un cigarro—. Deberían darme las gracias.

Lara la fulminó con la mirada.
—¿Tú sabías que él estaba vivo?
—Claro que lo sabía —contestó Red—. La pregunta es: ¿por qué no lo

sabías tú?

Enzo cerró los puños.
No era momento para discusiones, pero verla ahí, tan cerca, le

removía todo. El olor de su perfume, el temblor en sus manos, la forma en que lo miraba

intentando no derrumbarse.

—Lara… — susurró, acercándose un paso.
Ella lo interrumpió.
—No me llames así. No después de todo lo que me ocultaste.

Su voz era un filo.
Enzo la entendía. Y aun así, dolía.
—Tu abuelo está vivo —soltó Red de golpe, rompiendo el silencio.

Lara giró bruscamente.
—¿Qué dijiste?
—Que el viejo Zdravskov sigue respirando. Y, por lo que parece, también

dando órdenes.

El color se le fue del rostro.
Enzo bajó la mirada.
No quería que ella lo supiera así. No tan pronto.

— ¿Por qué no me lo dijiste? —susurró ella, con la voz quebrada. — Porque quería protegerte.
—¿Protegerme? —rió sin humor—. Todo lo que tocas se destruye, Enzo.

El silencio fue insoportable.
Red, harta de tanto drama, soltó una carcajada.
—Qué romántico. Pero si quieren seguir discutiendo, háganlo rápido.

Marko no tarda en llegar.
Enzo giró hacia ella.
—¿Marko viene aquí?

—Claro. Es su almacén, ¿no lo sabías? —sonrió Red—. Quería que los dos

se vieran las caras… que el pasado se terminara de una vez.

De repente, luces de motos y pasos armados se escucharon acercarse. Red apagó el cigarro y murmuró:
—Hora del espectáculo.

Enzo sacó su arma, y Lara retrocedió, aún temblando.
No sabía si tenía más miedo del enemigo… o de lo que aún sentía por él.
Las puertas del almacén se abrieron de golpe.
Marko apareció rodeado de su nueva banda, todos con chaquetas negras y el emblema rojo del Fantasma en el hombro.
—Mira quién volvió del infierno —dijo Marko, sonriendo con desprecio— . El antiguo rey sin trono.
Enzo no respondió. Solo se interpuso entre Lara y ellos, apuntando su arma.
Marko se echó a reír.
—¿De verdad sigues jugando a proteger a las chicas, Enzo? Pensé que ya habías aprendido lo que cuesta eso.

El disparo resonó antes de que terminara la frase. Una bala impactó contra una columna.
Red se agachó, sonriendo.
—Esto va a ponerse divertido.

Lara corrió hacia el fondo del almacén, el corazón al límite, oyendo los disparos rebotar contra el metal.
El eco de la guerra volvía a su vida.
Y, entre humo y fuego, entendió una sola cosa:
no se puede escapar del pasado cuando corre por tu sangre.

20

El estruendo fue inmediato.

Los cristales del techo cayeron como lluvia afilada mientras las balas rebotaban por las paredes del viejo almacén.
El aire olía a pólvora y miedo.

Enzo se movía con precisión; cada disparo suyo era una advertencia, no un desperdicio.
Lara, oculta tras una estantería rota, temblaba entre el humo, intentando no pensar, solo respirar.

—¡Sigue abajo! —le gritó él sin mirarla.
Pero ella no obedeció. Nunca lo hacía.

Lara se levantó con el cuerpo tembloroso, mirando la escena a través de una grieta.
Marko estaba cubierto de sangre ajena, gritando órdenes, y Red, la pelirroja, no disparaba… solo observaba.

Demasiado tranquila. Demasiado cómoda.

Fue en ese instante cuando Lara lo sintió: algo en la forma en que Red se movía no cuadraba.
No disparaba a los de Enzo, pero tampoco los ayudaba.
Y cada tanto, miraba su reloj, como esperando una señal.

Enzo la notó también.
La observó recargar su arma, pero nunca apuntar.

El caos siguió unos segundos más hasta que un sonido diferente cortó el aire.
Un motor rugiendo afuera.
Uno solo.
No de la banda de Marko.

Red sonrió.
—Justo a tiempo.

Enzo giró, confuso, pero el golpe llegó primero: una explosión en la entrada hizo volar a dos hombres por los aires.
El humo llenó todo el lugar.
Y entre la niebla, una silueta anciana con bastón y traje gris apareció.

Lara lo reconoció al instante. Su corazón se detuvo.
—…Abuelo —susurró, sin voz.

El anciano levantó la cabeza, y por un instante, los ojos de Lara se encontraron con los suyos.
Fríos.
Cansados.
Y absolutamente despiadados.

— Así que esta era la niña rebelde —dijo el viejo Zdravskov, con una voz quebrada por los años pero firme—.
Qué decepción.

Lara retrocedió un paso, el suelo crujió bajo sus botas. Enzo se giró hacia Red.
—¿Qué demonios es esto?
Ella sonrió con cinismo, bajando el arma.
—Un trato.

El viejo siguió hablando, ignorando la tensión que crecía.
—Marko me prometió la cabeza del traidor Dragic. Y tú, Red, me prometiste a mi nieta viva. Cumple tu parte.

El rostro de Lara se descompuso.
—¿Mi nieta? —repitió Red, con burla—. Nunca dijiste que era familia tuya. —No lo necesitabas saber. Solo necesitaba que me la trajeras.

Lara miró a Enzo, con el corazón partido entre miedo y rabia. Él la miró también, sin moverse.
Ese silencio los unía más que cualquier palabra.

Marko levantó su pistola hacia Enzo.
—Se acabó el juego. Te quitaste el trono, viejo. Y ahora te quito la vida.

Pero Enzo no dudó.
Corrió hacia Lara, la empujó contra el suelo y disparó tres veces. Las balas cruzaron el aire como relámpagos.
Marko cayó hacia atrás, gritando.
Todo se volvió caos otra vez.
Red retrocedió, pero Enzo fue más rápido: la agarró del brazo y la estampó

contra una pared.
—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para él? —rugió, apretando los dientes. —Desde antes de que salieras de prisión —respondió Red con una sonrisa torcida—. No lo tomes personal, cariño. Todos vendemos algo.

Lara se levantó del suelo, aturdida.
Miró a su abuelo entre la humareda.
—¿Por qué? ¿Por qué me hiciste creer que estabas muerto?
—Porque era más fácil que cargar con otra Zdravskov débil — escupió el

anciano—. Tu madre fue una vergüenza, y tú… eres su reflejo.

Las lágrimas se mezclaron con el polvo y la rabia. Enzo apuntó al viejo con la pistola.
—Ni una palabra más.

Pero el anciano no retrocedió.
—No puedes protegerla de su sangre, muchacho. Todo lo que tocas termina ardiendo, igual que su madre.

El disparo fue casi instintivo.
Una chispa, un rugido, y el eco recorrió el almacén. Cuando el humo se disipó, el bastón del anciano cayó al suelo.

Red gritó algo, Marko sangraba en el suelo, y Lara… Lara miraba a Enzo, paralizada.
Él bajó el arma, respirando con dificultad.
La mirada de ella era un torbellino de dolor, amor y miedo.

—Enzo… ¿qué has hecho?
—Lo que tú nunca podrías hacer —respondió él con la voz temblorosa—. Terminar lo que empezó tu familia.

Fuera, las sirenas ya se escuchaban.
Red escapó entre el humo.
Marko agonizaba.
Y Lara, arrodillada entre el polvo, miraba el cuerpo de su abuelo mientras el

fuego devoraba el almacén.

El reflejo de las llamas bailaba sobre sus mejillas, y entonces, por primera vez, entendió algo:
La niebla que los unió ahora ardía.
Y de esas cenizas, solo quedaba una verdad: el amor también deja cicatrices.

21

El cielo ardía.

El humo del almacén se mezclaba con la neblina de la madrugada, tiñendo todo de un gris espeso, casi irreal.
Lara apenas podía respirar; el sabor del polvo y la sangre le raspaba la garganta.
A lo lejos, las sirenas cortaban el silencio como cuchillas.

Enzo se acercó a ella, tambaleante, el arma aún caliente en la mano. Tenía un corte profundo en el costado y la mirada perdida, como si aún no terminara de creer lo que había hecho.

—Tienes que irte —dijo él con la voz ronca.
—No —contestó Lara sin pensarlo—. No pienso dejarte.
Él la miró con una mezcla de rabia y ternura.

—Lara, escucha… cuando lleguen los policías, no digas mi nombre. No digas que estuve aquí.
—No.
—Hazlo. —Su voz subió, casi un rugido—. Si me descubren, te hundirán conmigo.

Ella dio un paso al frente, temblando.
—¿Y qué? ¿Crees que puedo dormir sabiendo que te dejé solo otra vez?

Los ojos de Enzo brillaban con una intensidad casi animal. La tomó por los hombros, con fuerza.
—No entiendes… no hay salida para mí. Ya crucé la línea.

Lara lo miró a los ojos, sin miedo. —Entonces la cruzo contigo.
Por un instante, el mundo se detuvo.

Solo el fuego, su respiración, y el sonido del corazón de ambos latiendo al mismo ritmo.
Enzo cerró los ojos, como si ese momento le doliera más que cualquier herida.

— Eres un desastre, Zdravskov —susurró, casi sonriendo—. —Y tú una maldita ruina, Dragic. —Ella sonrió débilmente. Las sirenas se acercaban.
Él le acarició la mejilla con la mano ensangrentada. —No me busques. No me sigas.
—Ya lo hice una vez. Y aquí estamos —respondió ella.

Enzo no dijo más.
La besó rápido, con una desesperación que sabía a despedida, y luego corrió hacia la parte trasera del almacén, donde el humo lo tragó por completo.

Lara se quedó sola entre las llamas, temblando, intentando borrar de su cabeza la última mirada que él le dio.
Cuando los policías entraron, con armas y gritos, ella se desplomó sobre el suelo.

— ¿Qué ha pasado aquí? —gritó uno de los agentes. Lara levantó la vista, con lágrimas, respirando con dificultad. —Una explosión… —susurró—. Todos murieron.

Los oficiales revisaron la escena.
No encontraron a Enzo.
No encontraron armas registradas a su nombre.
Solo un bastón quemado y una placa metálica con un símbolo de dragón —

el emblema de la banda de Enzo— carbonizado en el suelo

Horas después, en el hospital, Lara se miraba en el reflejo de una ventana. Tenía la chaqueta de Enzo sobre los hombros.
Olía a humo, a gasolina, a él.

Sergio entró en silencio, con el rostro cansado. —¿Qué pasó allá, Lara? —preguntó despacio. Ella no lo miró.
—Nada que pueda arreglarse.

Él suspiró.

—¿Sabes lo que estás haciendo, no? Si lo encubres, si mientes por él… estás cometiendo un delito grave.
—No me importa. —Su voz fue firme.

Sergio se acercó y le dejó un sobre sobre la cama.
—Entonces necesitarás esto. —Ella lo abrió y encontró dentro varias fotos: imágenes de Red, de Marko, del almacén, y una última… borrosa, donde se veía la silueta de Enzo alejándose entre las llamas.

—La policía lo busca —dijo Sergio—. Pero tú y yo sabemos que si alguien puede desaparecer, es él.

Lara cerró el sobre y lo guardó contra su pecho. —No lo encontrarán.
—¿Y si lo hace otra banda?
—Entonces me encontrará a mí primero.

Sergio bajó la cabeza. No dijo más.
Sabía que no podía luchar contra lo que unía a esos dos. Algo más fuerte que la lealtad, más profundo que el miedo.

Esa noche, cuando todos dormían, Lara se levantó de la cama, se puso la chaqueta de cuero y salió al balcón del hospital.
El viento soplaba desde el sur, trayendo olor a lluvia y a gasolina.
En la distancia, entre la niebla, un rugido de moto se escuchó, breve, solitario.

Ella cerró los ojos. No había duda. Sabía quién era.

Y sonrió.
No por esperanza, sino por promesa.
Porque aunque el mundo los separara una vez más, el fuego siempre

encuentra su camino de regreso.

22

El motor rugía entre los árboles, ahogado por la niebla.
Enzo no miraba atrás.
El aire frío le cortaba el rostro, y cada segundo de silencio era una carga más

pesada que cualquier herida.
No tenía banda, no tenía refugio… y, por primera vez en años, no

tenía a nadie que lo esperara.
El mundo criminal no perdona a los caídos.

Marko había tomado el control de lo que antes era suyo; sus hombres se habían dispersado o vendido al mejor postor.
Y él, el temido Enzo Dragic, había pasado de líder a fugitivo.

A lo lejos, la vieja carretera se perdía entre colinas húmedas.

Cuando el tanque marcó vacío, se detuvo junto a una estación abandonada, cubriéndose con la capucha.
La herida del costado volvía a abrirse, y la sangre goteaba sobre el asfalto.
Apoyó la frente contra el manillar, jadeando.

—Joder… —susurró.
Una voz femenina rompió el silencio. —No pensé volver a verte sangrando, Dragic.
Enzo alzó la vista.

De entre la penumbra, apareció Red, la pelirroja de mirada afilada, una chaqueta de cuero sobre los hombros y una pistola en la mano.
Ella le sonrió, con ese aire peligroso que mezclaba burla y compasión.

—Sabía que vendrías aquí. Siempre vuelves al mismo punto cuando te quedas sin salida.
—No tengo tiempo para juegos, Red. —Enzo se enderezó con esfuerzo. —No es un juego. —Ella guardó el arma y se acercó despacio—. Si te quedas ahí, vas a desangrarte antes del amanecer.

Él dudó.
Red suspiró.
—Déjame ayudarte, Enzo. No por ti… sino porque le debo una a Lara.

Eso lo detuvo. —¿Qué sabes tú de ella?
—Más de lo que imaginas. —La chica lo miró directo a los ojos—. No creas

que la ciudad se ha olvidado de los Zdravskov.

El silencio entre ambos pesó como plomo.
Finalmente, Enzo aceptó.
Dejó que lo guiara hacia un refugio bajo tierra, una especie de taller

mecánico medio destruido, lleno de piezas de motos y bidones de gasolina. Allí, Red le limpió las heridas con una precisión casi quirúrgica.

— Marko te está cazando —dijo mientras cosía la piel con aguja y hilo. —Lo sé.
—Y no solo a ti. Si se entera de que Lara sigue viva… la irá a buscar.

Enzo apretó los dientes.
—No lo hará.
—¿Por qué estás tan seguro?
Él la miró, con esa calma gélida que solo usaba cuando ya había decidido

algo.
—Porque para llegar a ella, primero tendrían que matarme.

Red no respondió.
Solo lo observó, con una mezcla de respeto y tristeza. —¿Aún la amas? —preguntó en voz baja.

Él soltó una risa seca. —Eso ya no importa.
Pero sí importaba.
Lo sabía ella, lo sabía él.

Mientras tanto, en la ciudad, Lara cerraba las cortinas de su apartamento. Adrián dormía en el sofá, exhausto después de otro

día de trabajo. Ella no podía conciliar el sueño.

Tomó la chaqueta vieja —la de Enzo— del respaldo de una silla y se la acercó al pecho.
Aún olía a humo.
A distancia.
A recuerdos que dolían.

El teléfono vibró sobre la mesa. Era un número desconocido. Lara dudó, pero contestó. —¿Lara Zdravskov? —Una voz femenina. Firme. Seria. —¿Quién eres?
—Alguien que debe avisarte: Marko sabe dónde estás.

El corazón de Lara se aceleró.
—¿Qué… qué has dicho?
—Haz las maletas. No confíes en nadie. Ni siquiera en ese chico que duerme

a tu lado.

La llamada se cortó.
Lara se quedó helada, mirando el teléfono.
Su reflejo en la ventana le devolvió una imagen que no quería ver: miedo,

sí… pero también algo más.
Determinación.
—No otra vez —susurró.

Fue entonces cuando decidió algo que cambiaría el rumbo de todo: no iba a esperar a que la rescataran.
Esta vez, sería ella quien buscaría a Enzo.

Esa misma noche, en un almacén oscuro en las afueras, Enzo revisaba un mapa sobre una mesa metálica.
Red, a su lado, armaba un rifle con calma.
Ambos se detuvieron al escuchar un motor.

No era un coche de patrulla. Ni un rival.
Era un sonido familiar.

Enzo levantó la vista hacia la puerta, y por primera vez en mucho tiempo, sonrió sin cinismo.
No sabía cómo, pero algo en su pecho le decía que ese motor pertenecía a ella.

A Lara.
Su fuego.
Su ruina.
Su redención.

23

Lara conducía con las manos temblorosas sobre el volante.

Las calles estaban vacías, cubiertas por una neblina espesa que tragaba las luces del coche.
No sabía exactamente adónde iba, solo seguía el instinto.
Un rumor, un presentimiento, una sensación en el pecho que le decía que él estaba cerca.

El mensaje que había recibido una hora antes —"ve al taller del kilómetro nueve, sola"— seguía iluminando la pantalla del móvil.
Había intentado llamar a Sergio, pero no contestó.
Y Adrián… ni siquiera lo despertó.
No podía. No ahora.

Su respiración se mezclaba con el ruido del motor. Cada curva, cada sombra, parecía observarla.

Enzo estaba en el taller, a varios metros del portón principal. La lluvia caía sin fuerza, pero el aire olía a tormenta. Apoyado contra una columna, fumaba en silencio. Red revisaba la radio portátil, buscando interferencias.

—Hay movimiento en la carretera —dijo ella, sin apartar la mirada del monitor—. Un coche gris, pequeño. Viene hacia aquí.

Enzo no respondió.
Solo bajó la mirada, la colilla brillando en la oscuridad. El corazón le dio un golpe seco en el pecho.

—No puede ser… —susurró.
Red lo observó de reojo. —¿Lara?

Él no lo negó.
Simplemente se quitó el cigarrillo de los labios y lo tiró al suelo. Durante unos segundos, el fuego chispeó en el agua antes de apagarse.

—No la mires, Red. Si es ella… no quiero que la vea nadie.

La pelirroja frunció el ceño. —Sabes que no debería estar aquí, Enzo. Si Marko la sigue… —Lo sé.

Y aun así, no se movió. No podía.

Lara aparcó el coche frente al taller.
El lugar estaba medio derrumbado, cubierto de polvo y grafitis. No había luces, pero el portón estaba entreabierto.

Dio un paso dentro.
El eco de sus botas resonó contra las paredes.
Había olor a aceite, a pólvora vieja, y algo más…
Un perfume casi imperceptible que conocía mejor que su propio reflejo.

El corazón empezó a dolerle. Cerró los ojos.
—Enzo… —susurró.

El aire cambió, como si alguien la estuviera observando desde la oscuridad. Sintió un escalofrío en la nuca.

No lo vio, pero él sí la vio a ella.

Desde la penumbra, Enzo la observaba en silencio, escondido entre sombras y maquinaria oxidada.
Cada fibra de su cuerpo pedía salir, tocarla, decirle que estaba vivo.

Pero no lo hizo.
Porque si ella lo veía, si Marko descubría ese encuentro… la pondría en peligro otra vez.
Red lo miró, en voz baja. —No puedes quedarte aquí.
Enzo apretó los puños. —Solo un segundo más.

Lara dio otro paso, con la respiración acelerada. Creyó escuchar un ruido, algo metálico caer al suelo. Giró, buscando entre la niebla, pero no había nadie. Solo el eco de su propio miedo.

—Me estoy volviendo loca… — murmuró, y se dio la vuelta para marcharse. Enzo, desde las sombras, susurró su nombre apenas audiblemente. —Lara…

Ella se detuvo.
Su respiración se quebró.
No lo había escuchado con claridad… ¿o sí?

Miró a su alrededor.

El viento movió una lona vieja, y por un instante creyó ver una silueta alta, inmóvil, observándola desde el fondo del taller.
Pero cuando parpadeó, ya no había nada.

Lara retrocedió lentamente, confundida, con lágrimas contenidas en los ojos.
Subió al coche, arrancó y desapareció entre la niebla.

Red se acercó a Enzo, que seguía quieto, mirando el lugar donde el coche había estado segundos atrás.
La lluvia empezó a caer más fuerte, golpeando el techo de hojalata.

—Te estás matando despacio, Dragic —dijo ella. —Ya estoy muerto. Solo que todavía respiro.

Lara, en cambio, manejaba de regreso a la ciudad con la mirada perdida. Algo dentro de ella sabía que no había sido una alucinación. Que alguien la observaba.
Que él seguía ahí, en algún rincón del mundo, escondido entre la niebla.

Y aunque no lo veía…
aunque no podía probarlo…
su corazón latía con la certeza inquebrantable de que no era el final.

24

Lara llevaba tres días sin dormir bien.
Desde aquella noche en el taller, algo dentro de ella había quedado vibrando. Cada vez que cerraba los ojos, veía la silueta entre la niebla, la sombra

inmóvil que la observaba.

Había intentado convencerse de que eran imaginaciones suyas, una mala jugada de su mente cansada.
Pero su corazón no la dejaba mentir.

Algo se había movido. Alguien había vuelto.

La ciudad amanecía cubierta de neblina y frío.
El reloj marcaba las seis y media cuando Lara abrió la puerta de la librería. El aire olía a humedad, y el silencio era casi opresivo.
Encendió la luz, dejó las llaves sobre el mostrador y se acomodó el abrigo. Mientras ordenaba unos libros viejos, escuchó el tintineo de la campanilla

de la puerta.
Alzó la mirada.
Y el mundo se detuvo.
—¿Sergio? —susurró, sin creerlo.
Él estaba allí.

Más delgado, con el rostro cansado y la barba descuidada, pero con los mismos ojos de siempre.
Los que la habían cuidado, los que la habían hecho reír, los que una vez la habían defendido de todo.

—Hola, Lara. —Su voz sonó ronca, casi quebrada.
Ella parpadeó, confundida. —¿Qué haces aquí? Pensé que...
—Que me había ido —interrumpió, con una sonrisa triste—. Lo intenté. Créeme. Pero ya no hay lugar al que correr.

Lara lo observó, sintiendo esa mezcla de afecto y temor que siempre le provocaba.
—¿Qué pasa, Sergio?
Él respiró hondo.
Miró hacia las ventanas, se aseguró de que nadie más estuviera cerca. —Tenía que verte. Tenía que advertirte.

—¿Advertirme? ¿De qué hablas?

— De él. De ellos. —Su voz bajó a un susurro—. La banda ya no es la misma. Marko tomó el control. Están armados, organizados. Han empezado a moverse… y tú estás en medio, aunque no lo sepas.

Lara frunció el ceño, retrocediendo un paso.
—Yo no tengo nada que ver con ellos. Todo eso… terminó.
Sergio negó lentamente.
—Nada termina, Lara. No en nuestro mundo. Y menos para ti.
Ella cruzó los brazos, intentando mantener la compostura.
—No quiero volver a ese mundo, Sergio. No quiero saber nada. Tengo mi vida, mi trabajo, mi pareja…

— ¿Tu pareja? —Sergio sonrió, sin alegría—. Ese chico no tiene idea de quién eres realmente.
—No tiene por qué saberlo. —La voz de Lara tembló levemente.

Sergio la miró con ternura mezclada con desesperación.
—No es un reproche, Lara. Es una advertencia. Marko sabe tu apellido. Sabe lo que pasó con tu abuelo. Sabe lo que fuiste dentro de la banda. Y… — tragó saliva— hay rumores de que alguien está protegiéndote.

El corazón de Lara se aceleró. —¿Protegiéndome?
—Sí. Alguien que no debería estar vivo para hacerlo.

Lara lo entendió sin que hiciera falta decir su nombre. Y el aire se volvió más pesado.
—¿Enzo?

Sergio la miró en silencio.
No dijo nada, pero su silencio lo gritó todo.
Fuera, la niebla empezaba a disiparse.
A lo lejos, en una esquina, un motor rugió brevemente antes de apagarse.

Una figura encapuchada observaba desde la distancia, con el rostro cubierto por el humo del cigarro.
Sus ojos —fríos, cansados, heridos— siguieron el movimiento de Lara dentro del escaparate.

Enzo no necesitaba entrar.
Solo verla bastaba para recordar por qué seguía respirando.

— Lara, escúchame —dijo Sergio con urgencia—. Si él está de vuelta, significa que hay algo más. Nadie regresa sin una razón. Y si Marko se entera de que se han visto… irá a por ti.

— No nos hemos visto —respondió ella rápido, aunque la voz le tembló. —¿Estás segura? —preguntó él con desconfianza.

Lara bajó la mirada, jugando con el borde de una estantería. —Sí… —mintió.

Sergio la observó un momento.
—Siempre fuiste mala mintiendo, ¿sabes?
Lara levantó la vista, molesta.
—Déjalo, Sergio. No quiero hablar de eso.
Él suspiró, frustrado.
—Solo prométeme que, si algo pasa, me llamarás. No importa la hora. Ni el lugar.

Lara asintió sin convicción.
Sergio se dio media vuelta, caminó hasta la puerta y antes de salir murmuró: —La niebla ha vuelto, Lara. Y cuando la niebla vuelve… también lo hacen

los fantasmas.
La campanilla sonó y él desapareció entre la bruma.

Esa noche, Lara no pudo dormir.
Miraba el techo, recordando cada palabra de Sergio.
En su mesita de noche, sobre una pila de libros, descansaba una vieja

chaqueta de cuero negro.
La misma que Enzo había olvidado en su casa la última vez que se vieron.

Pasó los dedos por la tela gastada.
Olía todavía a gasolina, a humo, a tormenta. Y a él.
Cerró los ojos.
Una lágrima silenciosa resbaló por su mejilla.

—Si estás ahí afuera, Enzo… —susurró— no vuelvas. No esta vez.

Pero en algún lugar, entre la niebla, una moto rugió suavemente.
Como si respondiera a su plegaria.

O a su condena.

25 POV ENZO

La noche olía a hierro y gasolina. A sangre vieja.
A recuerdos que no querían morir.

Enzo llevaba horas sin moverse, apoyado contra la pared del taller abandonado.
La lámpara parpadeaba sobre su cabeza, iluminando parcialmente el mapa que había extendido sobre una mesa metálica.
Las rutas de la ciudad estaban marcadas con tinta roja; cada punto representaba algo: un movimiento, un rumor, una deuda pendiente.

No necesitaba mirar los papeles para saber qué significaban. Llevaba todos esos nombres tatuados en la memoria.
Y entre todos ellos, había uno que lo perseguía más que los demás: Marko Vidal. El Cuervo.

El chico al que enseñó a pelear.
El hombre que ahora controlaba la banda que un día fue suya. El traidor que había ensuciado lo único que Enzo respetaba: la lealtad.

Apagó el cigarro contra la mesa, dejando una marca negra en el metal. El sonido del motor viejo de su moto resonó en el silencio. La cubrió con una lona, como si fuera un ritual antes de una guerra.

Desde su escondite, había visto la librería varias veces.

Sabía las horas en las que Lara llegaba, las veces que sonreía con esfuerzo, los días que fingía estar bien.
Sabía también quién era el tipo que la esperaba cada noche en su puerta.
El mismo que ahora la abrazaba sin saber con qué clase de sombras dormía.

—Qué suerte tienes, idiota —murmuró con una media sonrisa amarga.

No sentía celos.
O al menos, eso se decía a sí mismo.
Lo que sentía era algo más profundo, más enfermizo: culpa.

Él había traído ese peligro.
Su nombre, su pasado, su guerra… todo lo que tocaba terminaba rompiéndose.
Y ahora Lara estaba justo en medio.
—Sabía que no te habías ido —dijo una voz detrás de él.

Enzo no se movió.
No necesitaba girarse para reconocer esa voz. Sergio.

—Pensé que te habías hartado del juego —contestó Enzo, sin mirar.
Sergio dio unos pasos hacia él, cruzando los brazos. —Lara te ha visto, ¿verdad?
Enzo bufó.
—No la busqué. Solo… estaba ahí.
—Como siempre —replicó Sergio, con tono de reproche—. Solo estabas ahí. Como cuando todo se fue a la mierda, ¿no?
Enzo se giró, con los ojos fríos. —Ten cuidado, Sergio.
—¿Y tú? —replicó él, dando un paso adelante—. ¿Qué crees que pasará si Marko descubre que sigues respirando? ¿O que Lara aún te importa?
Silencio.
Enzo apretó la mandíbula, la mirada clavada en el suelo.
Sergio bajó la voz.
—No puedes protegerla si sigues atado a la culpa.
—No intento protegerla.
—¿Ah, no? —sonrió con tristeza—. Entonces, ¿por qué no te largas?
Enzo se alejó un par de pasos, mirando el suelo manchado de aceite.

El eco del pasado retumbaba en su cabeza: disparos, gritos, el olor a humo y fuego.
Su madre cayendo al suelo.
El rugido de una moto alejándose.
Y el nombre de su padre resonando en la oscuridad.

Todo se repetía.
Todo lo arrastraba hacia el mismo lugar.

— Marko está jugando sucio —dijo al fin—. Se alió con los de la frontera. Tiene contactos nuevos. Armas nuevas. Gente que no conoces. Y quiere limpiar el pueblo de "viejos nombres".

—Eso te incluye a ti —dijo Sergio.
—Y a ella.
Sergio lo miró en silencio.
—Entonces supongo que no piensas quedarte quieto.
Enzo sonrió apenas, sin alegría. —Nunca lo hice.

Horas después, la noche lo devoró otra vez.
Subió a su moto, encendió el motor y se perdió entre la niebla. El sonido retumbó entre las calles vacías, como un eco de lo que estaba por

venir.

Mientras conducía, pensó en Lara.
En su voz.
En sus manos temblando la última vez que lo tocó.
Y en la forma en que lo miró justo antes de que todo se derrumbara.

"Yo siempre puedo sola…"
La frase se le clavó como un puñal.
—No, muñeca —susurró entre dientes, con la mirada fija en la carretera—. No esta vez.

Aceleró.
El rugido de la moto se mezcló con el trueno. El infierno acababa de empezar otra vez.

26 POV RED

El edificio era un laberinto de ecos y secretos.
Cada puerta tenía una historia, cada paso en el pasillo era una pista.
Y Red lo sabía bien.

Hacía semanas que vivía en el 3B.
Oficialmente, era "la vecina amable que recién se mudó desde otra ciudad". Oficiosamente, era "los ojos de Marko".

Su misión era sencilla:
observar a Lara Zdravskov,
mantenerla bajo control,
y reportar cualquier movimiento extraño… especialmente si Enzo Dragic

volvía a aparecer.
Pero las cosas simples rara vez se mantenían así.

Esa tarde, Red apoyó la oreja contra la pared que separaba su apartamento del de Lara.
Podía oírla caminar de un lado a otro, nerviosa.
Luego, un golpe suave contra algo —una taza cayendo, quizás— y un suspiro ahogado.

La chica estaba alterada.

Desde que Enzo había salido de prisión, el aire alrededor de Lara vibraba con un tipo de tensión que Red reconocía demasiado bien.
Esa energía entre el miedo y el deseo.
La misma que había sentido ella, una vez, años atrás, cuando Marko la sacó de la calle.

Se sirvió un poco de té y se miró en el espejo del pasillo. El reflejo la observó de vuelta, tan distinto del papel que interpretaba. Cabello rojo, sonrisa blanda, mirada de cordero.
Era la máscara perfecta.

Llamó suavemente a la puerta de Lara.
Tres toques cortos, uno largo.
La rutina que usaba cada vez que se "encontraban por casualidad".

Cuando Lara abrió, Red sonrió.
—Pensé que te vendría bien un poco de té —dijo con una dulzura estudiada—. No se oye música hoy.
—No tenía ganas —respondió Lara, apartando la mirada—. Pero gracias.

Red la observó mientras se sentaban en el sofá. Había algo roto en esa chica.
Algo que la hacía peligrosa sin que lo supiera.

—¿Y ese chico que vino ayer? —preguntó Red con aparente curiosidad—. ¿Tu novio?
Lara vaciló antes de responder. —Adrián. Sí… bueno, más o menos.

"Más o menos".
Red reconoció la grieta en esa frase. Una duda que podía usar.

Pero cuando miró a Lara de nuevo, vio algo que no esperaba: tristeza sincera.
No la frialdad de una mentirosa, sino la vulnerabilidad de alguien que no

quiere volver a sufrir.

Por un instante, Red sintió una punzada en el pecho.
La vieja culpa.
El recuerdo de otra chica inocente a la que Marko había usado… y de cómo

todo había acabado.

Esa noche, cuando regresó al 3B, se quitó la chaqueta, encendió una lámpara y sacó su móvil.
Marcó un número que se sabía de memoria.

—La tengo controlada —dijo con voz firme—. Vive sola. No parece saber nada.

Del otro lado, la voz de Marko llegó distorsionada, grave, con ese tono que mezclaba autoridad y amenaza.
—No te fíes. Zdravskov no es estúpida. Y Dragic está moviéndose otra vez.

—¿Enzo? —Red tragó saliva, fingiendo indiferencia—. No lo he visto.
—Si se acerca, lo quiero saber antes de que ella lo haga. ¿Entendido?

— Sí, Marko. Pero cuando colgó, su respiración temblaba. Sabía lo que esas palabras significaban: si Enzo aparecía, Marko iría por él. Y por Lara.

Apoyó la cabeza contra la pared.

Al otro lado, Lara tarareaba una melodía casi imperceptible, intentando distraerse del peso de sus pensamientos.
Red cerró los ojos.
Por primera vez desde que llegó al edificio, deseó no haber aceptado esa misión.

Horas más tarde, un ruido en el pasillo la despertó. Abrió la puerta en silencio y asomó apenas la cabeza. Una sombra se movía hacia las escaleras, con paso decidido. El rugido de una moto, apenas perceptible, vibró a lo lejos.

Red sonrió con una mezcla de miedo y fascinación. —Así que volviste, Dragic… —susurró.

Volvió a entrar y, desde la ventana, vio entre la niebla la silueta del motorista alejándose.
La misma niebla que siempre olía a pólvora, a peligro y a promesas que no se cumplían.

Y sin saber por qué, Red sintió algo parecido a tristeza.
Porque si todo salía como Marko quería…
alguno de los dos no viviría para ver cómo terminaba esta historia.

27

El rugido del motor fue lo único que rompió el silencio de la madrugada.

Enzo llevaba los nudillos marcados, el rostro cansado y la mirada fija en la carretera.
Hacía meses que no dormía más de tres horas seguidas.
No podía.
Cada vez que cerraba los ojos, veía los rostros de su banda desmoronándose, uno por uno, bajo las órdenes de Marko.

El mismo que ahora se hacía llamar el rey del asfalto.
El mismo que le había robado su gente, su reputación, y casi su vida.
Pero eso se acabaría pronto.

Apretó los puños sobre el manillar.
Había vuelto al pueblo.
Y esta vez, no pensaba marcharse sin saldar cuentas.

Las calles seguían iguales: húmedas, grises, con ese olor a gasolina que parecía nunca irse.
El cartel oxidado de la antigua gasolinera aún seguía torcido.
Y el viejo taller donde comenzó todo ahora estaba cerrado, con las ventanas tapiadas y el logotipo de los Dragic Riders pintado a medio borrar.

Enzo se detuvo frente al garaje, bajó de la moto y encendió un cigarro. El humo ascendió lento, como si se negara a disiparse.
—Bonito lugar para un fantasma —murmuró.
Sabía que Marko había tomado el control de la banda hacía tiempo. Sabía también que varios de los suyos o estaban muertos… o se habían unido a él.
Pero lo que no sabía —lo que temía descubrir— era hasta dónde había llegado el daño.

Sacó una hoja doblada del bolsillo de su chaqueta. Una lista de nombres.
Los que aún le debían algo.
Y al final, escrito con letra firme:
ZDRAVSKOV, L.

Enzo la observó por un momento.
Había intentado mantenerse lejos, pero no podía.
No después de todo lo que compartieron, de las promesas rotas y del beso

que todavía lo perseguía en sueños.

Y aunque se repetía a sí mismo que no debía involucrarla, su instinto lo traicionaba.
La necesitaba viva.
Aunque fuera solo para asegurarse de que seguía respirando.

La encontró más rápido de lo que esperaba. Un edificio viejo, callejón estrecho, tercera planta. La luz del 3B estaba encendida.

Desde el otro lado de la calle, Enzo observó en silencio.
La silueta de Lara se movía tras la cortina, hablando con alguien.
Otra figura, pelirroja que no lograba identificar, le ofrecía algo que parecía

una taza.
—¿Quién demonios eres tú…? —murmuró entre dientes.

Encendió otro cigarro, observando cada gesto.

La chica del cabello rojo se movía con suavidad, pero algo en su postura no coincidía con la inocencia que fingía.
Tenía la espalda recta, los ojos atentos, los movimientos medidos.
Demasiado alerta para ser una simple vecina.

Enzo lo supo al instante: esa mujer era parte del juego.

Horas después, en un motel a las afueras del pueblo, extendió un mapa sobre la mesa.
Marcó varios puntos con un bolígrafo:
—Antiguo garaje… controlado.
—Zona del puente… vigilancia.
—Departamento de Lara… bajo observación.

Su letra era desordenada, casi ilegible, pero clara para él. Estaba volviendo a hacer lo que mejor sabía: controlar el caos.

Sergio había intentado llamarlo. Tres veces. No respondió.
No todavía.
Sabía que su viejo amigo lo entendería.
Primero tenía que ver con sus propios ojos lo que Marko había construido.

Y sobre todo, tenía que asegurarse de que Lara no estuviera en el medio de esa guerra.

A la mañana siguiente, aparcó la moto frente al edificio. El aire olía a pan recién hecho y a peligro.
Subió las escaleras sin hacer ruido, hasta el tercer piso.

Las puertas estaban cerradas.
Pero cuando pasó frente al 3B, escuchó algo. Una risa femenina.

Se quedó quieto.
Esa voz.

Había pasado años evitando recordarla. Y ahora, ahí estaba.

Lara.
Su pecho se contrajo.
El sonido de su risa era diferente… pero seguía teniendo ese tono suave que lo desarmaba.
—Te ves más feliz —susurró con amargura.

Y entonces, la otra voz. Pelirroja.
Red.

Enzo entrecerró los ojos.
La escuchó despedirse con un "hasta luego" y salir al pasillo. Cerró la puerta de su departamento, y justo cuando giró para irse, lo vio.

Los dos se quedaron quietos. Ella, sorprendida.
Él, frío como el acero.

—No esperaba verte tan pronto —dijo Red, sin titubear.
—Tampoco yo —respondió Enzo, apagando el cigarro con la bota—.

Pero parece que tenemos la misma vecina.
Red forzó una sonrisa. —Vecindario pequeño, ¿eh?

Enzo la observó de arriba abajo. El pulso le marcaba el cuello. No necesitaba más pistas.
Esa mujer no era quien fingía ser.

— Dile a Marko —dijo en voz baja, tan cerca que ella pudo sentir el calor de su respiración—,
que esta vez no pienso huir.

Red se tensó.
—No sé de qué hablas.
Enzo dio un paso atrás, sonriendo apenas. —Claro que lo sabes.
Giró para irse, bajando las escaleras, mientras el eco de sus botas resonaba en el edificio.

Y cuando Red se quedó sola en el pasillo, su máscara amable comenzó a agrietarse.
Por primera vez desde que llegó al 3B…
tenía miedo.

28 POV LARA

Había algo distinto en el edificio.
No sabía explicarlo, pero lo sentía.
El aire estaba más pesado, el silencio… más afilado.
Como si las paredes, los pasillos, incluso el suelo, supieran algo que ella no.

Los últimos días habían sido tranquilos, o eso parecía.

Adrián seguía con su rutina, con su sonrisa amable y su intento constante de mantenerla distraída.
Pero Lara llevaba un nudo en el pecho.
Una incomodidad sorda que no podía ignorar.

A veces, al mirar por la ventana, juraría haber visto una moto aparcada a lo lejos.
Negra, solitaria, como una sombra esperando en silencio.
La primera vez pensó que era paranoia.
La tercera, ya no estaba tan segura.

Aquella tarde, Red vino a visitarla como de costumbre.
Té de vainilla, sonrisa suave, conversación ligera.
Pero había algo raro en ella.
Se movía diferente.
Miraba de reojo hacia la puerta, como si esperara que alguien irrumpiera de

un momento a otro.
—¿Todo bien? —preguntó Lara mientras revolvía el té.
Red la observó un segundo antes de asentir. —Sí… solo he dormido

poco. Cosas del trabajo.
Era una mentira evidente, pero Lara no insistió.
Había aprendido que a veces era mejor no escarbar demasiado.
Sin embargo, cuando Red se fue, el pasillo se sintió vacío.
No el tipo de vacío cotidiano, sino uno que dolía, como si algo invisible hubiera pasado frente a su puerta.

Esa noche, al volver del trabajo, encontró una colilla de cigarro justo al lado del felpudo.
La levantó con dos dedos, frunciendo el ceño.
Era una marca que conocía.
Un tipo de tabaco que ya casi nadie usaba.

El mismo que Enzo solía fumar.

El corazón se le detuvo por un segundo. No… no podía ser.
Él estaba lejos.
O debería estarlo.

Tragó saliva y dejó la colilla en el fregadero. Intentó convencerse de que era una coincidencia. De que estaba viendo fantasmas donde no los había.

Pero esa noche, los sueños volvieron.

El rugido de una moto.
La niebla cubriéndolo todo.
Y esa figura sin rostro, mirándola desde la distancia, con la chaqueta negra

empapada por la lluvia.
"¿Por qué vuelves a mí?", pensaba ella entre la bruma. Pero nunca obtenía respuesta.

Despertó con el corazón latiendo fuerte, el cuerpo empapado en sudor. Y en la penumbra, creyó ver una silueta fugaz pasando frente a su ventana. A la mañana siguiente, Sergio la estaba esperando

frente a la librería. Llevaba el rostro serio, los ojos ojerosos.
—Tenemos que hablar —dijo en voz baja.

—No, Sergio —respondió Lara, cerrando la puerta con llave—. No más historias del pasado, ¿sí?
Él la miró con desesperación.
—Esto no es una historia, Lara. Es una advertencia.
—Ya te escuché suficiente antes. —Su voz tembló, pero no cedió—. No pienso volver atrás.
Sergio dio un paso hacia ella, bajando el tono.
—Entonces al menos prométeme que si ves algo raro… si algo no encaja… me vas a llamar.
Lara no respondió.
Solo asintió para terminar la conversación. Y cuando él se alejó, sintió esa presión en el pecho otra vez.

Esa noche, mientras subía las escaleras hacia su apartamento, escuchó voces en el pasillo.
Se detuvo, sin querer hacer ruido.
Dos personas hablaban cerca del 3B.

—Te advertí que no te acercaras —decía una voz grave.
—Y te dije que no tenías derecho a darme órdenes —respondió una femenina, cortante.
Lara se quedó helada. Eran Enzo y Red.
Su respiración se aceleró.
No entendía qué pasaba ni por qué estaban juntos, pero el tono en sus voces era tenso, contenido, como si algo importante estuviera en juego.
—Ella no tiene idea —susurró Red. —Y así debe seguir —respondió Enzo.

Lara retrocedió un paso sin hacer ruido. Su mente corría.
¿"Ella"? ¿De quién hablaban? ¿De ella misma?

Giró la llave con cuidado, entró a su departamento y cerró la puerta tras de sí.
El silencio volvió a llenar el aire.

Pero ya no era el mismo silencio de antes. Era un silencio que respiraba peligro.
Un silencio que olía a humo, a pasado, y a un nombre que todavía le dolía pronunciar.

Enzo.

Afuera, Red y Enzo quedaron frente a frente.
Ella lo miró con una mezcla de rabia y miedo.
Él, con esa calma gélida que siempre escondía una tormenta.

—No sabes en lo que te estás metiendo, Dragic —dijo Red con los dientes apretados.
—Tampoco tú —respondió Enzo, antes de girar hacia las escaleras—.
Y si le pasa algo a ella… tú serás la primera en pagar.

Red cerró los ojos.
Sabía que no era una amenaza vacía.
Sabía que Enzo Dragic no prometía… advertía.

Y dentro del apartamento, Lara apoyó la frente en la puerta, con las manos temblando.
Por primera vez en mucho tiempo, tenía miedo de volver a sentir.

29 POV LARA

La noche caía espesa sobre la ciudad.
La lluvia golpeaba los techos del viejo polígono industrial como una respiración contenida, constante, castigando el suelo de cemento que alguna vez fue territorio de Enzo y su banda.

El garaje ya no le pertenecía.

Ni los muros, ni las risas, ni las voces que solían jurar lealtad entre el humo y la gasolina.
Todo eso se había extinguido la noche en que lo arrestaron.

Ahora, ese lugar llevaba el sello de Marko. Y Enzo lo sabía.

Por eso estaba allí, de nuevo, escondido entre las sombras como un animal que regresa a su guarida solo para comprobar cuánto de sí mismo perdió en el incendio.

Llevaba días observando.
Semanas, tal vez.
A la nueva banda, a los nuevos rostros, a los viejos traidores que una vez lo

siguieron y que ahora obedecían a otro.
Sabía que Marko había cambiado las reglas.
Sabía también que Red estaba dentro, infiltrada en algo más grande de lo que nadie entendía del todo.
Y lo más importante:
Sabía que Lara estaba en medio de todo eso, sin saberlo.
Enzo cerró el puño.

El dolor en los nudillos todavía ardía desde la última pelea con unos idiotas que lo reconocieron por el apellido.
El apellido que se había jurado enterrar.

Arriba, el cielo rugió.
Y con cada relámpago, su mente repasaba el plan.

No necesitaba ejército. Ni una banda.
Ni ruido.
Solo necesitaba volver a ser el Enzo que todos temían.

En el interior del pequeño taller donde se refugiaba, el sonido de la lluvia se mezclaba con el de las herramientas.
En la mesa, un mapa del barrio extendido, con círculos rojos

marcando cada punto de reunión de la banda de Marko.
Junto a él, una pistola negra, una navaja doblada y una fotografía vieja.

Lara.
Sonriendo frente a una librería, el cabello desordenado por el viento.

Enzo la observó durante un largo minuto, sin parpadear.
No era debilidad, no era amor —al menos no el tipo de amor que salva—. Era una promesa callada.
Una deuda que no pensaba dejar sin pagar.

—Me quitaste mi banda —murmuró con voz grave—. Pero no vas a quitarme mi historia.

Un ruido en la puerta lo sacó de sus pensamientos.
Giró la mirada, rápido, instintivo.
Su mano alcanzó el arma antes de que la sombra cruzara el umbral.

Era Sergio.
Empapado, con la respiración agitada.
—Te van a matar si sigues solo —dijo sin siquiera saludar.
Enzo apoyó la pistola en la mesa y lo miró. Su expresión no cambió.
—¿Y desde cuándo te importa? —preguntó, con un tono tan frío que cortaba el aire.

— Desde que sé que Lara sigue en medio de todo esto —replicó Sergio, acercándose—.
Tú la arrastraste a este mundo, Enzo. Si algo le pasa otra vez…

Enzo lo interrumpió con una mirada. —No le va a pasar nada.
—¿Y cómo estás tan seguro? ¿Porque tú la vas a proteger? —Sergio dio un paso más, furioso—.
¡Eres el motivo por el que Marko la tiene vigilada!

El silencio se volvió denso.
Enzo apartó la mirada y se sirvió un trago del vaso que tenía sobre

la mesa. El whisky sabía a metal.
Como la culpa.

—Lo sé —dijo al fin—. Y por eso lo voy a arreglar.
Sergio lo observó con una mezcla de incredulidad y cansancio. —¿Solo tú? ¿Contra Marko y toda su gente?
—No necesito más.
Sergio soltó una carcajada amarga.
—¿Y tu plan es qué? ¿Aparecer, pegarle dos tiros y desaparecer otra vez?
Enzo lo miró, sin sonreír. —Exactamente eso.
Esa noche, cuando Sergio se marchó maldiciendo, Enzo se quedó solo. Se enfundó la chaqueta vieja —la misma que Lara conocía, la misma que todavía olía a humo y lluvia—, ajustó los guantes y salió. El rugido del motor retumbó entre los edificios.
La moto negra avanzó por las calles mojadas, y las luces de la ciudad se reflejaban en su casco como llamas vivas.

Mientras conducía, pensaba en las reglas. Las que Marko rompió. Las que él estaba dispuesto a borrar por completo.

Porque si algo había aprendido en la cárcel, era que el miedo es la única moneda que nunca pierde valor.
Y esta vez,
iba a cobrarlo todo.

A lo lejos, en el edificio 3B, una figura pelirroja observaba desde su ventana cómo la sombra del motorista desaparecía entre la lluvia. Sus labios se curvaron apenas.

—Así que empieza el juego otra vez… —susurró Red. Y bajó la persiana.

30

El amanecer trajo una calma extraña.
Una calma que no pertenecía a la ciudad, sino a ese tipo de silencio que se arrastra antes de que algo explote.

Lara lo sintió apenas abrió los ojos.
No fue un sonido, ni un presentimiento.
Fue una presión en el pecho, como si el aire se hubiera vuelto más pesado. Como si el mundo contuviera la respiración.

Había pasado semanas intentando vivir una vida normal:
trabajo, desayunos con Adrián, llamadas esporádicas con Sergio, y alguna que otra tarde compartida con Judith o con Red, su nueva "vecina" de sonrisa
amable.

Pero nada era realmente normal.
Todo se sentía como una imitación torpe de lo que había sido su vida antes.

Esa mañana, mientras se preparaba un café, el ruido de una moto en la calle la hizo girar bruscamente.
No era nada especial —muchos tenían motos en el barrio—, pero el sonido era distinto.
Grave. Lento. Familiar.

Su cuerpo reaccionó antes que su mente.
El corazón le dio un vuelco.
Por un momento, creyó verlo de nuevo ahí abajo, bajo la lluvia, esperándola.

Pero cuando se asomó a la ventana, solo había un repartidor que se secaba el casco con desgana.
Suspiró y volvió a su taza, intentando convencer a su mente de que ya no podía seguir pensando en Enzo.
No ahora.
No después de todo.

En el trabajo, las horas pasaban lentas.
El reloj marcaba cada minuto como si se burlara de ella. Judith, siempre con su tono despreocupado, notó su distracción. —¿Otra vez con la cabeza en las nubes? —preguntó, apoyándose en el

mostrador.
Lara levantó la mirada con una media sonrisa. —Algo así. Solo estoy cansada.
Judith la observó un instante más, con un brillo extraño en los ojos. —Descansa cuando puedas. A veces el cuerpo avisa antes que la cabeza.
Lara asintió, sin entender del todo la frase.
Pero las palabras quedaron flotando en el aire como un eco.

Por la tarde, al volver a casa, notó algo distinto. Una sombra.
O tal vez solo su reflejo en el portal.

El ascensor tardó más de lo normal, y cada pitido metálico la hizo tensarse. Cuando por fin entró en su apartamento, cerró la puerta con seguro. El aire olía a humedad y metal, como si alguien hubiera estado allí.

Dejó las llaves sobre la mesa. Revisó el salón, la cocina, su cuarto. Nada fuera de lugar.

Aun así, el presentimiento no se fue.

Abrió la ventana.
Afuera, el cielo estaba cubierto de nubes grises.
A lo lejos, en algún punto de la ciudad, una columna de humo se elevaba

hacia el horizonte.

No era muy grande, pero lo suficiente como para atraer miradas. Un incendio.
O algo peor.

Lara lo observó largo rato.

Y entonces, sin saber por qué, sus dedos buscaron el colgante que Sergio le había regalado el año anterior.
El metal estaba helado, pero familiar.

Sintió una punzada en el pecho.
Una intuición que no necesitaba palabras.

Algo estaba pasando. Y Enzo…
Enzo tenía que estar en medio.

Esa noche, no pudo dormir.
El ruido de la ciudad era más intenso de lo habitual. Motos, sirenas, gritos lejanos.

A medianoche, se levantó, se vistió con lo primero que encontró y se sentó frente a la ventana, mirando la lluvia caer sobre las calles.

Su teléfono vibró una vez. Un número desconocido. Un solo mensaje:

"No salgas. Pase lo que pase."

Lara se quedó inmóvil.
El corazón empezó a golpearle el pecho con fuerza. Miró la pantalla, buscando algo más.
Pero no había nada.

Solo esas cinco palabras.
Cinco palabras que olían a peligro, a advertencia… y a Enzo.

En otro punto de la ciudad, el fuego ardía en un almacén viejo. Marko gritaba órdenes a sus hombres, mientras la policía aún no llegaba. Entre el humo, un símbolo pintado con spray sobresalía en una pared

ennegrecida:
Una “E” torcida, cruzada por una línea roja.
Nadie sabía quién lo había hecho.
Pero todos en el lugar entendieron el mensaje.
Enzo estaba de vuelta.
Y esta vez,
no venía solo por venganza.

Venía por todo lo que le arrebataron. Por su banda.
Por su nombre.
Y, aunque no lo admitiera,
por ella.

Esa noche, Lara seguía despierta cuando el sonido de una moto rompió el silencio.
Le temblaron las manos.
Corrió hacia la ventana.

La calle estaba vacía.
Solo la niebla, la lluvia, y el eco lejano de un motor que desaparecía entre los edificios.

Un escalofrío le recorrió la espalda.
Y por primera vez en meses,
sus labios pronunciaron su nombre en voz baja, como una oración,
como un presentimiento,
como una herida que nunca terminó de cerrar.

—Enzo…

31

La niebla había empezado a convertirse en paisaje habitual, una capa húmeda que se pegaba a la piel y a la memoria.
Para Lara, la niebla ya no era metafórica: era una pared que la separaba del mundo.

Cada paso fuera de casa era una prueba, cada saludo una tarea que le costaba completar.
Aquella mañana se despertó sin saber qué día era, con la almohada pegada a la cara como si quisiera tapar el mundo entero.

Las pequeñas rutinas que antes sostenían su vida —abrir la librería, contestar un mensaje, preparar café para Adrián— se le habían vuelto imposibles.
El mostrador le parecía largo como una distancia entre países.
Los libros, objetos benignos y ordenados, le miraban con indiferencia.
Intentó leer una novela; no pasó de dos páginas. Intentó sonreír a un cliente; la sonrisa se le quebró a mitad.
Cada gesto cotidiano había adquirido un peso que la empujaba hacia adentro, hacia la única cueva en la que todavía podía respirar sin que le doliera el pecho: su apartamento.

Allí cerró las cortinas, apagó las luces y dejó que la casa tomara el tono azulgris de la tarde.
No respondió llamadas. No abrió mensajes. Cuando Adrián llamó para decir que cenaría tarde, ella fingió sueño y colgó. Cuando Judith tocó la puerta para devolverle unos platos, escuchó desde dentro el timbre y no abrió.
El mundo se volvió demasiado ruidoso; la única realidad que Lara podía tolerar era la que cabía en el cuarto, donde todo era conocido y donde nadie la exponía a preguntas con filo.

Empezaron las noches interminables. Se quedaba despierta hasta horas en que la ciudad ya no respiraba, mirando el techo, viendo manchas que tomaban la forma de recuerdos. Las pesadillas se colaban sin aviso: motos que pasaban sin frenar, una mano que no cogía otra mano, el olor de la pólvora invadiendo un salón que debía ser un refugio.

Al despertarse, la clemencia no llegaba: la sensación de vacío se pegaba como lija. Por primera vez en su vida, la idea de aislarse no

era un acto de fuerza sino de supervivencia.

En la librería cerró la puerta un día y anunció por mensaje a Adrián que necesitaba un tiempo. No explicó más. No quiso que nadie la convenciera de que debía seguir siendo la persona que antes fue. Se sentía rota de formas nuevas, pequeñas fracturas por dentro que resonaban con cada latido.

La gente lo notó. Los clientes dejaron de verla sonreír; los habituales preguntaban preocupados; Judith la tanteó dos veces en el mostrador, con una torpeza que intentaba ser ternura. Sergio dejó mensajes más insistentes, arrinconando la alarma en el borde de sus palabras: ¿estás bien? ¿Necesitas que vaya? Ella no contestó. Sus dedos temblaban demasiado para escribir algo que no fuera una excusa simple.

Mientras tanto, la sensación de peligro —esa presencia que había vuelto a sus sueños— dejó de ser sólo una sombra al borde de su vida para convertirse en una razón para callar. Cada ruido fuera de la ventana era una posible señal; cada moto que pasaba le clavaba la respiración en la garganta. Prefería creer que la prudencia era sensatez y no cobardía.

Las paredes de su apartamento, que antes contenían risas y promesas, empezaron a cerrársele encima. Ordenó objetos como si pudiera poner en fila las piezas de su alma y así recomponerla. Quitó fotos, cambió cuadros de sitio, barrió el polvo con furia hasta que las manos le dolieron. Aisló su teléfono, lo dejó boca abajo en una cajita: no lo quería ver sonar. No en este estado. Cada vibración era una posibilidad de noticia terrible, o peor: de responsabilidad.

La soledad no la tranquilizaba. La devoraba a bocados pequeños y continuos. La culpa por Enzo, por su abuelo, por todo lo que había salido a la superficie, la asfixiaba. Se repetía a veces una frase que no terminaba de creer: Si me aparto, él estará a salvo. Era una

oración urgente, una promesa disfrazada. Pero también sabía que el mundo no funcionaba así; que huir no borraba huellas.

Desde la colina, Enzo la vio disminuir. Lo supo sin que nadie se lo confirmara: no hacía falta escucharlo, sólo bastaba mirarla a través de la ventana iluminada, ver cómo se movía con lentitud, como si cada gesto le costara. Esa imagen lo golpeó. No por orgullo herido, ni por la rabia antigua; lo golpeó porque la vio pequeña de nuevo, acorralada por el miedo. Era la primera vez en mucho tiempo en que la idea de dejarla fue imposible.

Decidió no hacerlo. No esa noche. No en ese momento. Había venido a ajustar cuentas, a golpear a quien había usurpado lo suyo, a encender el caos necesario para limpiar los nombres. Pero ninguna victoria le dolería tanto como verla desmoronarse. Cualquier plan sin ella en pie no tenía sentido.

Se acercó. No fue con ruido ni con declaraciones. Llegó en moto hasta la esquina, apagó el motor y dejó la máquina en la sombra. Caminó a paso largo y controlado, la lluvia reciente aún marcando puntos en la chaqueta. Por instinto, revisó la puerta: cerrada. Miró al balcón del tercer piso, la cortina corría pero no del todo. Había una luz baja, un rectángulo de intimidad al que no debía irrumpir sin permiso. Aun así, subió.

El pasillo olía a detergente y humedad. Las pisadas en el suelo de madera sonaron como si el edificio respirara con él. Cuando llegó al frente del 3B, apoyó la mano en la madera de la puerta, sintiendo la vibración lejana de la ciudad. No llamó. No tocó. Simplemente esperó un segundo, como si ese segundo fuera suficiente para que ella, desde dentro, sintiera su presencia y no se sobresaltara.

La niebla de la noche se pegaba a sus botas. Enzo apoyó la espalda contra la pared del pasillo y, en el silencio que lo cubrió, pensó en las veces que ella había dicho que podía sola. En las veces que su orgullo le había servido para construir muros. Pensó en la fragilidad

que ahora asomaba bajo esa fortaleza. Y decidió que hablaría con ella. No para convencerla de que volviera a una vida que quizá ya no quería, sino para ofrecerle una mano cualquiera vez que quisiera tomarla.

Respiró hondo y, con pasos decididos, llamó a la puerta una sola vez. No esperó a que la enfrentara con palabras. Sabía que ella pondría resistencia. Sabía que lo haría en silencio. Sabía, sobre todo, que las cosas que importan no se arreglan con prisas ni con promesas grandilocuentes.

Cuando oyó pasos lentos acercarse desde dentro, sintió algo parecido a un alivio que no se permitía del todo. La cerradura gimió; la puerta se abrió una hendija. Detrás, la luz era una mancha tenue, el rostro de Lara estaba pálido, los ojos más grandes de lo que recordaba, con círculos oscuros que marcaban noches sin consuelo. Ella lo miró, y en la mirada había un universo de preguntas, reproches y un cansancio que dolía.

Enzo no dijo nada. Se limitó a quedarse allí, en el umbral, hecho sombra y promesa.
Ella apretó los labios, temblando apenas, sin saber si abrir totalmente la puerta o retroceder y volver a cerrarla.
En el silencio del pasillo, solo el motor lejano de una moto y la respiración contenida de dos personas que, por razones distintas, habían vuelto a encontrarse en el punto exacto donde todo había empezado.

Lara se apoyó contra la pared, el rostro pálido, el temblor apenas contenido en sus manos. La habitación olía a silencio y rabia contenida, esa mezcla que arde por dentro cuando ya no quedan lágrimas.

Enzo la miraba desde el umbral, las sombras devorándole el rostro, pero sus ojos seguían tan firmes como siempre.

— Nada de esto es fácil para mí, Enzo —dijo Lara finalmente, la voz temblando, rota—. No solo tengo que lidiar con las cosas que hicieron mis abuelos y seguir trabajando para poder pagar la puta casa… ahora también tengo que tener cuidado con que unos putos imbéciles quieran matarme por tu culpa.

Enzo apretó los dientes. Ni siquiera intentó defenderse.
—Lo sé —susurró, bajando la mirada un instante—. No voy a negarlo. Yo traje todo esto de vuelta.

—¿Y qué esperas que haga? ¿Agradecerte? ¿Decirte "gracias por arruinarme la vida"? —soltó ella, dando un paso hacia él. Su respiración era un hilo entrecortado, la furia y el miedo cruzándose en su voz.

—No espero nada —respondió él, con una calma que temblaba en los bordes—. Solo… quiero que sepas que no lo hice para hacerte daño.

Lara se rió, sin humor, con una amargura que dolía escuchar. —¿Y eso cambia algo? ¿Que no quisieras hacerlo? No quiero excusas, Enzo. Quiero seguridad. Quiero poder dormir sin pensar que alguien va a salir de la oscuridad y… y clavármela.

Enzo levantó la mirada. Había fuego en sus ojos, pero no dirigido a ella. —Te la puedo dar. No promesas vacías, sino protección. No voy a dejar que te maten por mi culpa.
—¿Protección? —repitió ella con una mueca—. ¿Eso es todo lo que tienes ahora? ¿Promesas de arreglarlo todo con tu pistola y tu ego?

Él dio un paso más, el aire se tensó entre ambos.
—No es el ego, Lara. Es lo único que sé hacer bien. Y si con eso puedo mantenerte a salvo, lo haré. Me largo si hace falta, me escondo, pero no te voy a pedir que te sacrifiques por mí.

Lara lo observó, con los ojos brillando, las palabras saliéndole como cuchillos.

—¿Y crees que voy a quedarme viendo cómo te matan por mí? ¿Que voy a cargar con eso toda mi vida?

—No —su voz se quebró apenas, sincera, dura—. No quiero eso para ti. Quiero que vivas. Aunque eso signifique que yo me quede en la oscuridad.
Hubo un silencio largo. El tipo de silencio que se forma cuando uno de los dos sabe que lo que diga puede romper algo.

— Entonces deja de decirme que te aleje —dijo ella, con los ojos clavados en los suyos—. Y empieza a hacer algo concreto. ¿Vas a irte? ¿Vas a quedarte escondido? ¿O vas a luchar? Porque yo no voy a vivir toda la vida mirando por la ventana con miedo.

Enzo la observó unos segundos, respirando hondo.
—Me quedaré —dijo finalmente, con firmeza—. Lucharé. Y si en algún momento tú me pides que me vaya… lo haré. Pero no te volveré a pedir que te sacrifiques por mi guerra.

Lara bajó la mirada, el pulso acelerado, la voz hecha un hilo. —¿Y si lo único que quieres es que te perdone?
Él tragó saliva, dando un paso más, tan cerca que podía oler su perfume. —No pido perdón. Pido una oportunidad para enmendarlo. Para que sigas viva. Para que, si me odias mañana, lo hagas sabiendo que lo intenté todo.
Lara lo miró largo rato, con los ojos empañados y el corazón dolido.
—No prometo nada, Enzo. Pero… si vas a quedarte, hazlo bien. Nada de impulsos. Nada de martirios.
Él asintió despacio, sus dedos rozando apenas la puerta antes de salir. —Nada de impulsos —murmuró—. Te lo juro.
Ella respiró hondo, temblando.
—Entonces vete —dijo, sin fuerzas—. Vete y planea. Vete y vuelve con un plan que no nos mate a los dos.
Enzo la miró una última vez, una media sonrisa triste en los labios.
—Vuelvo pronto, Lara —susurró—. Y esta vez… no vuelvo solo.

Y se fue.
El eco de la puerta cerrándose fue lo único que quedó entre ellos.
Un adiós disfrazado de promesa.

32

La noche había caído espesa sobre la ciudad. Las farolas parpadeaban como si también temieran lo que pudiera esconderse entre los callejones, y el viento arrastraba el olor metálico de la lluvia reciente. Enzo caminaba con las manos hundidas en los bolsillos, la chaqueta empapada, el rostro tenso. No había regresado a su apartamento desde la conversación con Lara. No podía.

Su mente no paraba de repetir sus palabras, una tras otra, como un eco que dolía. "Por tu culpa."
Era verdad. Todo era por su culpa.

Encendió un cigarro y observó el humo disiparse en la oscuridad. Hacía meses que no fumaba, pero esa noche lo necesitaba. Había perdido la banda, el control, la estabilidad… y ahora estaba a punto de perderla a ella.

Pero no iba a permitirlo.
Mientras caminaba, su teléfono vibró. Era Sergio.

— ¿Dónde estás? —preguntó su voz, baja, cautelosa.
—Cerca del viejo garaje —respondió Enzo, sin detenerse.
—No deberías estar ahí. Marko tiene gente patrullando. Y no todos te

quieren ver respirando.
—Perfecto —dijo él con frialdad—. Así ahorro tiempo.
Hubo un silencio pesado al otro lado.

—Enzo… Lara está destrozada. No sé qué pasó entre ustedes, pero si vas a seguir metiéndote en líos, al menos mantenla lejos.

—Ya lo intenté —murmuró, echando una bocanada de humo—. Y fallé.

Cortó la llamada antes de que Sergio respondiera.

Sabía que su amigo tenía razón, pero había una línea que ya no podía retroceder.
La venganza no era solo un deseo; era una necesidad.

El garaje viejo estaba casi en ruinas, un fantasma de lo que fue su imperio. Aún quedaban las marcas de las balas en las paredes, los rastros de aceite en el suelo y, sobre todo, el olor: ese aroma agrio a metal, a sudor, a sangre seca.

Enzo caminó hasta el fondo, donde solía estar su mesa. Aún quedaba una vieja caja fuerte escondida bajo el cemento.
Golpeó tres veces con el puño. El sonido hueco respondió.
Siguió el patrón, el mismo que su madre le enseñó cuando era niño, y el suelo cedió apenas unos centímetros. Dentro, el acero relucía entre el polvo.

La abrió.
Dentro había armas, planos y algo más: un cuaderno.

El mismo que había usado su madre cuando lideraba la banda junto a su padre.
Enzo lo sostuvo con cuidado, pasando los dedos por las hojas amarillentas, llenas de nombres y rutas.
En una esquina, en letras finas, su madre había escrito:
"El que controla la información, controla la guerra."

—Entonces vamos a empezar por ahí —susurró Enzo.

Mientras tanto, Lara no había dormido.
Llevaba horas sentada en el suelo de su sala, con los ojos fijos en el vacío, una taza de café frío entre las manos. Su mente giraba sin parar, tratando de entender cómo había llegado otra vez a este

punto: con miedo, con rabia, y con esa parte de ella que todavía se aferraba a Enzo.
Intentó llamarlo. No respondió.
Intentó ignorarlo. No pudo.

Había prometido ser fuerte, pero la fortaleza pesaba más cuando la soledad se hacía real.
Se levantó, fue hasta la ventana y corrió la cortina.
En la calle no había nadie, pero juraría haber sentido una presencia.
Algo la observaba.

Un golpe seco la sobresaltó.
Venía del buzón.
Se acercó despacio, el corazón martillando en el pecho, y al abrirlo encontró

un sobre negro, sin remitente.
Dentro, una sola hoja.
Un mensaje, escrito con tinta roja:

"La sangre de los Zdravskov aún debe pagarse."
Lara se quedó helada.
El apellido maldito. Su herencia. Su condena.

Dejó caer el papel al suelo y se llevó las manos a la cabeza.
El temblor volvió.
Sabía lo que significaba: la nueva banda, la que había tomado el control tras

la caída de Enzo, iba a por ella.
Enzo seguía en el garaje cuando escuchó pasos detrás de él. Se giró rápido, el arma en la mano.
Era Red.

— Tienes reflejos, pero no los de antes —dijo ella, sonriendo apenas, con ese tono burlón que nunca sabía si era provocación o afecto.

—¿Qué haces aquí? —gruñó él.
—Vine a avisarte. Marko sabe que te moviste. Está planeando algo grande. Y no te conviene estar cerca cuando ocurra.

Enzo frunció el ceño.
—¿Y por qué ayudarme tú?
Red se cruzó de brazos.

— Porque lo que viene no es solo una guerra de bandas. Es una caza. Y tú estás en el centro.
—¿Y Lara? —preguntó, sin poder evitarlo.
Red sonrió, pero no con alegría.
—Ella ya recibió un aviso.

El corazón de Enzo se contrajo.
—¿Qué aviso?
—Uno con tinta roja. Ya sabes lo que significa.

Él se giró, cerrando el cuaderno de golpe. —Entonces no hay más tiempo.
—¿Vas a ir por ella? —preguntó Red, aunque ya sabía la respuesta.
—Voy a ir por todos —dijo Enzo, con la mirada ardiendo—. Pero empezaré por protegerla.

Red lo observó en silencio, sus ojos brillando bajo la tenue luz. —Si haces esto, ya no hay vuelta atrás.
—Nunca la hubo —respondió él, caminando hacia la salida.

La lluvia empezó a caer otra vez, densa, gris.
Enzo subió a su moto, se colocó los guantes y arrancó el motor. El rugido resonó por las calles vacías, mezclándose con el sonido del trueno.

Lara estaba en peligro.

Y aunque no quisiera saber nada de él, Enzo sabía que no podía quedarse quieto.

No esta vez. No otra vez.

Esa noche, mientras el reloj marcaba las tres de la madrugada, Lara escuchó el motor de una moto detenerse frente a su edificio.
Su respiración se detuvo.
No necesitaba mirar.
Sabía quién era.

El pasado, otra vez, llamando a su puerta. Y con él, la guerra que nunca terminó.

33

El sonido de la lluvia era lo único que rompía el silencio. Lara permanecía de pie, frente a la puerta, con la respiración contenida y la mente desbordada.
El rugido de aquella moto —ese sonido grave, ronco, imposible de olvidar— había perforado las horas de calma que se había esforzado tanto por construir.
Sabía quién estaba ahí fuera.
Sabía que, si abría la puerta, nada volvería a ser igual.

Pero también sabía que el peligro no esperaba.

Tomó aire, lentamente, y caminó hacia el pasillo. La mirilla mostraba una figura estática bajo la lluvia, empapada, con la chaqueta negra pegada al cuerpo y los ojos clavados en la puerta como si pudiera verla a través de la madera.

Enzo.

Durante un segundo, pensó en no abrir. En ignorarlo, dejar que la moto se marchara y con ella todo lo que representaba.
Pero el miedo pudo más. No el miedo a él, sino a lo que su presencia significaba: algo estaba pasando.

Giró el picaporte.
El olor a gasolina y lluvia se mezcló con el aire cálido de su apartamento. Enzo la observó, en silencio. No había ira en sus ojos, pero sí un cansancio

profundo, una tristeza que no había visto antes.
—Necesito entrar —dijo él con voz baja, ronca.
Lara dudó unos segundos, pero al final se apartó.

El silencio era insoportable.
Enzo caminó por la sala como un animal atrapado, observando cada rincón con la desconfianza de quien ya no sabe en quién confiar.
Lara lo seguía con la mirada, cruzada de brazos.

— ¿Qué haces aquí? —preguntó finalmente, con un hilo de voz cansado. —Te dejaron un mensaje —respondió él.
—¿Tú lo sabes? —susurró ella.
—Red me lo contó.

Lara giró la cabeza, apretando la mandíbula. —Esa pelirroja... lo sabía.
—Sí. Y si ella lo sabe, Marko también —añadió Enzo, acercándose despacio—. No sé cuándo, pero van a venir por ti, Lara.
Ella soltó una risa amarga. —¿Por mí o por ti?
El silencio que siguió fue una respuesta en sí misma.

— Esto no tiene sentido, Enzo —continuó ella, alzando la voz—. Intenté dejar todo atrás. Intenté vivir como una persona normal. Y cada vez que creo que lo consigo, tú vuelves… y el infierno también.

Enzo la observó, mudo, los puños apretados.
Había algo en sus ojos que lo rompía. No era rabia. Era decepción. Miedo.
—No vine a arrastrarte conmigo —dijo al fin—. Vine porque no pienso dejar que te maten.

Lara soltó una carcajada sin alegría.
—Otra vez el mismo discurso de héroe. —Se giró hacia él—. ¿Sabes qué, Enzo? Ya no necesito que me salves. Lo único que quiero es que todo esto acabe.

—Si no haces nada, ellos van a acabar contigo —gruñó él, dando un paso hacia ella.

— ¡Déjalos! —gritó de pronto, con los ojos brillando de lágrimas contenidas—. ¡Déjalos venir! Ya no tengo miedo. Lo que me asusta es seguir así, atrapada entre tus guerras y los fantasmas de mi familia.

Enzo la miró en silencio. Su respiración era pesada, el pecho subiendo y bajando con cada palabra que no decía.
Quiso tocarla. Quiso abrazarla y decirle que todo estaría bien.
Pero sabía que sería mentira.

—No puedo alejarme —susurró al fin.
—Y yo no puedo vivir así —respondió ella, dando un paso atrás.
La tensión se podía cortar con un cuchillo.

Enzo bajó la mirada, luego se giró hacia la ventana. Las luces de la calle se reflejaban en el cristal, temblando entre la niebla.
—Voy a arreglarlo.
—¿Cómo? —preguntó ella, cansada—. ¿Matando a todos otra vez? —Esta vez no será "otra vez". Será la última.

Lara lo observó con una mezcla de ira y ternura que no sabía cómo explicar. Enzo no entendía lo que era vivir con miedo todos los días. Él solo sabía luchar. Era su forma de proteger, incluso si eso lo destruía.

— Si haces esto, te van a matar —susurró.
Él la miró, con esa media sonrisa rota que tanto la confundía. —Eso ya lo decidieron hace tiempo.

Se acercó lentamente, deteniéndose a un paso de ella. Por un instante, no existió el ruido, ni el pasado, ni los muertos. Solo el sonido de la lluvia cayendo detrás de ellos.
Enzo levantó una mano, rozando con los dedos la mejilla de Lara.

Ella no se apartó.
Pero tampoco se acercó.
—No vuelvas —dijo ella finalmente, bajando la mirada. —No puedo prometerte eso.

Se quedó allí un momento más, observándola. Luego dio media vuelta y caminó hacia la puerta. Antes de salir, dejó algo sobre la mesa: su chaqueta, la misma que había usado aquella noche, años atrás, cuando la había salvado por primera vez.

Lara la miró, sin tocarla, sabiendo que ese gesto era más que una despedida. Era un aviso.
Enzo se marchó sin mirar atrás.
El ruido de la moto volvió a llenar la noche, mezclándose con los truenos que anunciaban tormenta.

Y mientras las luces del edificio parpadeaban, Lara sintió una certeza clavarse en el pecho:
esa guerra no había terminado.
Solo estaba comenzando otra vez.

34

Lara no durmió.
Pasó la noche sentada en el sofá, con la chaqueta de Enzo sobre las piernas, el olor a cuero y humo de moto llenándole la cabeza de recuerdos que no quería tener. Afuera, la lluvia golpeaba las ventanas con fuerza, como si el cielo quisiera derrumbar la ciudad.

Cada cierto tiempo, miraba su teléfono. Ningún mensaje.
Ninguna llamada.

Enzo había desaparecido otra vez.

El corazón le dolía por dentro, pero el orgullo era más fuerte. No iba a suplicarle que regresara, ni a meterse en otro agujero de balas y sangre.
Había prometido que podía sola.
Y esta vez iba a demostrarlo.

Cuando amaneció, el cielo era un gris sucio y opaco.
Lara se vistió con lo primero que encontró —jeans rotos, una camiseta negra y una chaqueta de mezclilla— y salió a la calle.
Caminó sin rumbo, hasta que sus pasos la llevaron, inevitablemente, frente al viejo garaje.
El lugar donde todo había empezado.
Donde Enzo había sido rey… y donde lo habían destronado.

El portón estaba medio abierto, y dentro se escuchaban voces. No eran las de antes.
No había risas, ni ruido de motores. Solo órdenes frías, calculadas.
Marko estaba tomando el control por completo.

—No deberías estar aquí.
La voz la hizo girar.
Era Sergio, con una gorra baja y un cigarrillo apagado entre los dedos.
—Podría decir lo mismo de ti —respondió ella, cruzándose de brazos.

Él suspiró, mirándola como quien ve a alguien demasiado valiente para su propio bien.
—Enzo está fuera de sí, Lara. No escuchó a nadie. Marko y los suyos se están moviendo rápido, y si lo encuentran antes de que planee algo… va a ser una masacre.
—¿Y tú qué propones? ¿Esperar sentados a que lo maten? —dijo ella con una sonrisa amarga—. No pienso quedarme quieta mientras él se hunde solo.

Sergio negó con la cabeza.
—Te va a arrastrar, y esta vez no va a haber forma de sacarte.
—Ya estoy dentro, Sergio —susurró ella—. Siempre lo estuve.

Mientras tanto, en el otro lado de la ciudad, Enzo observaba el mapa extendido sobre la mesa del taller abandonado.
Había líneas, marcas, fotos… y nombres tachados.
Cada punto representaba a alguien de Marko, a un traidor, a un informante.
Había esperado años para volver a tener el control, y ahora no iba a detenerse.

A su lado, Red lo observaba en silencio, con la mirada seria.

— Estás haciendo lo mismo que juraste no volver a hacer —dijo ella finalmente.
—Esto no es venganza —respondió Enzo, sin apartar la vista del mapa—. Es equilibrio.

Red se cruzó de brazos.
—¿Y qué pasa con Lara?
El lápiz se detuvo entre sus dedos.
—Ella no tiene nada que ver con esto.
—¿No? —Red soltó una risa seca—. Todo lo que haces, todo lo que

planeas, lleva su nombre, aunque no lo digas.
Enzo alzó la mirada, los ojos cansados, pero duros.
—Ella merece paz. Y si tengo que ensuciarme las manos para dársela, lo haré.
Red bajó la mirada, mordiéndose el labio.
—Entonces espero que te alcance la sangre, porque Marko no va a caer solo.

Esa tarde, Lara regresó a su casa y se encontró la puerta entreabierta. El corazón le dio un vuelco.
Sacó las llaves en silencio, las sostuvo como un arma improvisada y empujó

la puerta.
El salón estaba igual… salvo por un detalle:
sobre la mesa, junto a la chaqueta de Enzo, había una nota escrita a mano.

"Si quieres respuestas, deja de huir. Medianoche. Viejo puerto.
—E"

Lara tragó saliva.
Su cuerpo entero le pedía no ir.
Pero su mente… su mente solo podía pensar en él.

Medianoche llegó como un presagio.
El viento era helado y el mar golpeaba los muelles con una furia constante. Lara caminó entre contenedores y luces rotas hasta verlo: Enzo, de pie junto

a su moto, con una pistola en la mano y una expresión que era puro acero.
No se movió cuando la vio acercarse. Solo habló, con la voz ronca.
—Sabía que vendrías.
—No podía quedarme quieta —respondió ella—. No después de esa nota.

Él la observó unos segundos, antes de deslizar la pistola dentro de su chaqueta.
—Van a venir esta noche. Marko, sus hombres, todos. No quiero que estés aquí cuando ocurra.

—Entonces no empieces una guerra —replicó ella.
Enzo sonrió sin humor.
—Ya empezó, Lara. Solo vine a advertirte.
Ella dio un paso más, el viento azotándole el cabello. —¿Y qué pasa contigo? ¿Vas a dejar que te maten?
Él bajó la mirada, exhalando.
—No sería la primera vez que me lo gano.

Lara se acercó hasta quedar frente a él, tan cerca que podía sentir su respiración mezclarse con la suya.
—No te atrevas a hablar así. No después de todo lo que hiciste para sobrevivir.

—No sobrevivo, Lara. Yo aguanto. Y eso… eso ya no es vivir.
Hubo un silencio cargado, pesado. El sonido del mar, el aire frío, el olor a sal y sangre.
Ella levantó la mano y le tocó la mejilla, con suavidad. —Entonces déjame ayudarte a vivir.
Por un momento, Enzo no respiró.
La miró como si acabara de verlo todo claro por primera vez en años.
—Eres mi punto débil —susurró él—. Y mi única razón.

Y antes de que pudiera detenerse, la besó.
Fue un beso breve, dolido, de despedida y promesa a la vez. Porque ambos sabían que esa noche, alguien no saldría vivo del puerto.

Mientras se separaban, a lo lejos se escuchó el rugido de varios motores. Lara dio un paso atrás, los ojos muy abiertos.
Enzo giró la cabeza, y el brillo de las luces se reflejó en su rostro.

—Ya vienen —dijo él con voz baja—. Corre, Lara.
Ella no se movió. —No pienso dejarte.
Él apretó los puños, el conflicto mordiéndole el alma. —Entonces, por una vez, quédate detrás de mí.
La noche estalló en ruido y fuego. Y la guerra volvió a empezar.

35

El primer disparo rugió sobre el muelle como una sentencia. La noche se rompió en colores fríos: destellos, siluetas que se movían entre contenedores, el resplandor de las bengalas y el olor a pólvora que subía en espirales. El viento traía sal y miedo.

Lara no se quedó atrás. Había aprendido a pelear por necesidad y por orgullo; lo que empezó como defensa se había vuelto disciplina. En cuanto las primeras balas estallaron, clavó los pies en la gravilla, respiró hondo y se convirtió en algo duro y preciso. No había pánico en sus movimientos: había técnica. Bloqueos cortos, codos levantados, fintas al torso; golpes secos que no buscaban espectáculo sino neutralizar. Cada movimiento llevaba la impronta de las horas en el viejo garaje, las lecciones torcidas que Enzo le había arrancado a la violencia para que no la destruyera.

A su lado, Enzo era calme antes de la tormenta y furia en el estallido. Disparaba con la mirada fría, calculando distancias, protegiéndola con una velocidad que ella ya conocía —y a la que aún le dolía confiar. Cuando uno de los atacantes se lanzó hacia Lara con un cuchillo, fue Enzo quien lo frenó: una mano en el hombro rival, un giro de cadera, un empujón que lo lanzó contra un contenedor. No gritó; no hacía falta.

—¿Estás bien? —le gritó Enzo por encima del ruido, porque en esa vorágine no había otra forma de hablar que levantar la voz.

Lara, con la respiración rápida, clavó la mirada en él y sonrió con rabia contenida.
—No me enseñaste a temblar —contestó—. Me enseñaste a devolver los golpes.

Él la vio y, por un instante breve y cruelmente humano en medio del fuego, se sintió orgulloso. No por el daño que podían hacer, sino por la coraza que ella había construido: lo que él le había dado en noches oscuras se volvía en su defensa. Un orgullo que dolía porque sabía cuánto le costó a ambos llegar hasta allí.

Los hombres de Marko atacaban en oleadas coordinadas, cubriéndose unos a otros, buscando flancos. Red permanecía en la periferia, moviéndose como sombra, abanicando radios, observando.

No intervenía; su papel era la vigilancia y la señal. Desde la orilla, más motos hacían ruido: refuerzos, respuestas.

Entonces, como una línea cortada por la urgencia, Sergio apareció en el puerto con una mezcla de caras conocidas: algunos de los veteranos que aún le quedaban leales a Enzo, otros que habían dudado pero respondieron a su presencia. Venían con prisas, con palas, con unas pocas armas; no eran muchos, pero llegaban con el peso de la historia compartida.

Sergio se dejó caer detrás de un remolque y, sin perder el ritmo, gritó órdenes breves. Conocía a esos tipos, conocía sus miedos. Esta vez no vino a ser mediador: vino a pelear a su manera, con rabia contenida y lealtad oxidada.

—¡Cubrid la salida oeste! —ordenó, señalando con la linterna—. ¡No dejéis que salgan hacia la calle principal!

Un hombre que Sergio había conocido cuando ambos tenían menos arrugas asintió y se lanzó, palanca en mano. Otros dos se movieron para cerrar el flanco este. Era una improvisación: manos curtidas, miradas cargadas de recuerdo. Se notaba que no eran la banda de antes, pero cuando se les sumó la tensión de la escena se transformaron en algo cercano a aquello que fue.

En el centro del conflicto, Lara y Enzo se cubrían entre disparo y disparo. Ella había tomado una postura más agresiva desde la última vez: adelantaba la pierna izquierda al atacar, buscando la pierna del otro para desestabilizar; él la observaba y corregía con una palabra escueta cuando podía, con un gesto. En un cruce, cuando un adversario la sorprendió por la espalda, Enzo no disparó —intervino con un golpe seco que lo dejó fuera de combate— y luego, con la respiración fría, le dio la espalda a Lara para abrir fuego contra otro objetivo.

—Así —dijo, casi sin aliento—. Protege el centro y no te dejes agarrar la muñeca.

Ella asintió, cogida al vértigo del combate. Su rostro estaba manchado de barro y la sangre de un corte en la ceja comenzaba a mezclarse con la lluvia. Aun así, había en su porte una especie de belleza brutal: la de quien se sabe capaz y, sin embargo, teme perder lo que defiende.

La pelea se volvió un baile feroz de proximidad y distancias. Un atacante con máscara intentó rodearlos, pero Sergio lo vio y tiró una cadena de metal que le cortó el avance. Otro, más grande, lanzó una granada de humo hacia donde se refugiaban; la nube nubló los contornos y, en esa niebla, alguien disparó. El sonido fue como una cadena rompiéndose en la noche.

Red, desde su posición, clavó las uñas en la empuñadura del teléfono. Por un segundo, la duda se reflejó en su rostro: la fidelidad a Marko o la lealtad humana a quienes, de algún modo, había llegado a respetar. No tenía margen para el titubeo, y aun así su mano perdió la velocidad una fracción de segundo. Esa fracción costó a uno de los atacantes una trayectoria segura: cayó de rodillas, sorprendido por una contraofensiva.

—¡Cuidado! —gritó Sergio cuando vio que un golpe iba directo a Lara—. ¡Lara, a la izquierda!

Ella esquivó por un pelo. El impacto hizo vibrar el contenedor. Un dolor agudo le atravesó el costado; la respiración se le cortó un segundo. Enzo lo vio y no dudó: saltó entre ambos metiendo el cuerpo como escudo. El hombre que venía contra ella recibió un empujón, resbaló y golpeó el suelo. Enzo gruñó, y la rabia le tensó los músculos.

En la confusión, Marko apareció al aire libre, perfilando su figura entre las sombras: no era un león, sino la navaja fría de alguien que había hecho del poder su forma de existir. Su presencia cambió la dinámica; sus hombres recobraron fuerzas, avanzaron con renovado

ahínco. Vio a Enzo, lo miró con desprecio y con desafío, y todo en el muelle se tensó.

—Dragic —dijo Marko con voz alta, para que lo escucharan todos—. Vas a pagar por esto.

Enzo escupió sangre y le devolvió la mirada. No buscó astucia; buscó choque. Dio un paso adelante, su figura recortada contra la iluminación intermitente. Lara, aun cojeando por la herida, se colocó a su lado. No se escondió. No le pidieron que lo hiciera.

Sergio vio a Marko y, al mismo tiempo, detectó movimiento en los laterales: refuerzos de la otra banda tratando de flanquearlos. Dobló el gesto y ladró una orden. La antigua banda respondió con esa mezcla de instinto y memoria; cerraron filas, empujaron hacia adelante. Era una marea corta, improvisada, desesperada.

El combate llegó a un momento de pulso: Marko contra Enzo, hombres contra hombres, chispa contra chispa. Disparos rasgaron el aire. Un foco explotó; la luz se quebró y, por un segundo, todo fue oscuridad y ruido, un teatro de sombras. Cuando las llamas menores iluminaron otra vez, Marko avanzaba con un cuchillo en mano, su silueta feroz; Enzo respondió con un disparo que le rozó la comisura del labio y lo tiró hacia atrás.

Lara no lo pensó: corrió entre los cuerpos, con la sangre supurando en su costado pero la furia dominándolo todo. Saltó sobre un atacante que intentaba rematar a Sergio y lo derribó con un codazo al cuello. Se movía como si cada golpe fuera una frase en un idioma que solo ella había aprendido. Enzo la miró, y por primera vez en la noche, dejó que una sonrisa dura se formara en su boca: orgullo, alivio y un dolor que no se curaba con victorias.

—Bien —le gritó, entre dientes, mientras recargaba el arma—. Bien, mierda.

Sergio, en medio de la refriega, renovó su energía al ver a los suyos defender el muelle. No eran los chicos de antes, pero la lealtad había vuelto en forma de contundencia. Agruparon fuerzas, cerraron una puerta improvisada con un remolque vuelto y una cadena, y la línea de avance del enemigo empezó a perder fuerza.

Entonces, como si alguien hubiera tirado de un hilo invisible, los radios estallaron con un grito de alarma: más motos, más hombres, se acercaban por la parte trasera del puerto; la pelea que parecía que podrían ganar en minutos iba a convertirse en una guerra de arrastre. Enzo lo supo al instante: era hora de tomar una decisión dura.

—Sergio —le gritó—. ¿Puedes mover a Lara? ¿Sacarla de aquí ahora mismo?

Sergio tardó una fracción en responder, evaluando las posibilidades mientras derribaba a uno que intentaba colarse por el costado.
—Sí. Toma una salida hacia el este, por los contenedores. Tengo a dos conchaos cubriéndote.

Enzo la miró como midiendo; ella inclinó la cabeza, aceptando. Lo que siguió fue un gesto que no necesitaba palabras: él le dio la espalda y se lanzó hacia adelante, abriéndole paso entre el fuego. Lara no era una presa: era compañera de batalla. Corrió, torpe por la herida, pero veloz. Sergio la cubrió, empujando a dos hombres que intentaron cortar su paso. Cuando por fin Lara desapareció entre las sombras de los contenedores, Enzo permitió que su cuerpo soltara la tensión por un instante.

El muelle quedó con humo, sirenas lejanas, algunos cuerpos inertes. No era victoria total; era supervivencia por un hilo. Marko retrocedió con los suyos, rugiendo amenazas; no se marchó sin dejar una última palabra venenosa que prometía que esto no acababa ahí. Red se evaporó en la noche, su figura desapareciendo entre las sombras del 3B, con la culpa y el alivio batallando en su pecho.

Sergio se acercó a Enzo, respirando con dificultad, la sangre en sus nudillos. No dijo nada, sólo apoyó una mano en su hombro. Fue un gesto brusco, de vieja hermandad, más valioso que cualquier consigna.

Enzo miró hacia donde Lara había desaparecido, la lluvia lavando la sangre de sus botas. Por primera vez en la noche, se permitió reconocer el peso de lo vivido: orgullo por ella, rabia contra los que venían por su vida, y la certeza de que esto no terminaba. Tenían una tregua efímera: podían respirar, mover fichas. Pero la guerra seguía, y lo sabían en la piel.

— No la pierdo —murmuró Enzo, para sí, cuando la noche parecía darle la espalda.
Y entre el humo y la lluvia, la promesa quedó flotando, dura como una bala sin disparar.

36

El amanecer llegó lento, espeso, cubriendo el puerto con una neblina que olía a pólvora y sal. Las sirenas se habían apagado hacía horas, pero el silencio no era paz; era el eco de lo que había quedado atrás.

Enzo estaba sentado sobre una caja metálica, la chaqueta empapada de sangre seca y agua, las manos temblorosas mientras intentaba vendarse una herida en el brazo. No había dormido. Sergio, a pocos metros, hablaba en voz baja con dos de los suyos, organizando la retirada antes de que volvieran las patrullas.

— Hay que movernos antes del mediodía —dijo Sergio, sin mirarlo directamente—. Los de Marko se reagruparán, y no quiero estar aquí cuando lo hagan.

Enzo no respondió. Su mente seguía en la imagen de Lara corriendo entre los contenedores, la sangre en su costado, la rabia y el fuego

en su mirada. Esa mirada lo perseguía más que las balas.

Sergio lo observó de reojo. Sabía reconocer cuando Enzo estaba al borde del colapso, pero también sabía que intentar hacerlo hablar era inútil.
—La sacaste viva —murmuró al final—. Eso ya es algo.

—No es suficiente —respondió Enzo, la voz ronca, casi un gruñido—. Nunca lo es.

Lara, mientras tanto, despertó en su cama con un sobresalto. El cuerpo le dolía como si la hubieran golpeado con hierro caliente. Tenía el costado vendado y un sabor metálico en la boca. No recordaba bien cómo había llegado allí. Sólo retazos: el humo, el rostro de Enzo, las luces parpadeando en el muelle.

Red estaba en la puerta, apoyada en el marco, con un cigarrillo apagado entre los dedos. Llevaba una sudadera vieja y ojeras profundas.
—No me agradezcas —dijo cuando Lara la miró—. Fue Sergio quien te trajo. Yo sólo abrí la puerta.

Lara intentó incorporarse, pero el dolor la hizo gemir. —¿Dónde está él?
—Enzo. —Red suspiró—. No lo sé. Nadie lo sabe.

Lara bajó la mirada. Había aprendido a no mostrar emociones frente a nadie, pero esa ausencia le rompía algo adentro. La habitación se sentía más fría sin su voz, sin su sombra pegada a la suya.

Red la observó unos segundos antes de hablar otra vez, más suave:
—No sé qué hay entre ustedes dos, pero sea lo que sea… te va a destruir si no tienes cuidado.
Lara sonrió con amargura. —Ya lo está haciendo.

A mediodía, Enzo y Sergio llegaron a una vieja nave abandonada en las afueras. La usaban cuando necesitaban desaparecer. El techo

goteaba, el suelo estaba cubierto de polvo y grasa. Los pocos hombres que quedaban de la banda original estaban ahí, cansados, heridos, sin rumbo.

— Esto no puede seguir así —dijo uno de ellos, con la voz tensa—. Marko tiene contactos, armas, dinero. Nosotros no tenemos nada. Ni siquiera una puta banda.

Sergio apretó la mandíbula, pero fue Enzo quien respondió, levantándose lentamente.
—Tenemos algo que él no —dijo, mirando a todos—. Una razón.

—¿Y cuál es? —preguntó otro, con ironía—. ¿La chica?

El silencio cayó pesado. Sergio se giró, esperando que Enzo estallara, pero no lo hizo. Su mirada, sin embargo, fue lo bastante fría para congelar el aire.
—Ella no tiene nada que ver con esto.

— ¿Ah, no? —replicó el mismo hombre, dándole un paso—. Desde que apareció, todo se vino abajo. Perdimos el garaje, a la mitad de los nuestros, y ahora Marko controla la calle. Todo por una chica.

El golpe llegó rápido. Enzo lo tomó del cuello de la camisa y lo empujó contra la pared, los ojos encendidos.
—Cuidado con lo que dices —susurró—. O terminarás siendo otro nombre que nadie recuerde.

El silencio volvió, más tenso que antes. Enzo lo soltó y se alejó, respirando con dificultad. Sergio le lanzó una mirada dura, pero no dijo nada.

Esa noche, la lluvia volvió. Lara estaba sentada en el alféizar de su ventana, mirando el reflejo de las luces en el asfalto. La ciudad parecía dormida, pero ella sabía que bajo esa calma se movían cosas. Marko seguía vivo. Enzo también. Y entre ellos, el peligro no había hecho más que empezar.

Sacó de su cajón la vieja chaqueta de cuero que Enzo había dejado una vez en su casa, aquella noche antes del asalto al puerto. Aún olía a humo y a él. Se la puso, como si eso fuera suficiente para mantenerlo cerca.

—No puedes seguir haciéndote esto —dijo Red desde la puerta, sin entrar.
Lara no la miró.
—No puedo hacer otra cosa.
Red se cruzó de brazos.
—Entonces, al menos aprende a sobrevivir. Porque te juro que si él no vuelve… Marko no va a tener piedad contigo.
Lara apretó los puños.
—No necesito que vuelva para pelear.

Pero cuando la puerta se cerró detrás de Red, sus ojos se humedecieron. No por miedo, sino por rabia. Por amor. Por la mezcla venenosa que la estaba deshaciendo.

Enzo, esa misma noche, caminó solo por una carretera húmeda, sin rumbo. Llevaba la pistola en el cinturón, pero no la tocaba. En el horizonte, las luces de la ciudad parecían prometer respuestas que ya no existían.

Sabía que Marko no se detendría, que tarde o temprano volvería por ella. Y sabía también que, si eso ocurría, él no dudaría en quemar todo lo que quedara de ese mundo por mantenerla viva.

El viento le trajo el eco de una risa lejana, o tal vez sólo el recuerdo. Cerró los ojos.
—Aún no se acabó —susurró para sí, y siguió caminando hacia la oscuridad.

37

Los días siguientes al enfrentamiento en el puerto se arrastraron como una lenta agonía.
La ciudad parecía más gris que nunca, y el silencio que rodeaba a Lara pesaba como una condena.
Había vuelto a trabajar, aunque nadie entendía cómo seguía en pie. Ni siquiera ella.

El espejo no mentía. Bajo los ojos tenía ojeras profundas, y el brillo en su mirada había cambiado.
Ya no era la misma chica que soñaba con escapar del ruido de los motores.
Ahora lo buscaba, como si necesitara escucharlo para saber que el mundo seguía girando.

La librería estaba vacía. Afuera llovía, y el sonido del agua repiqueteando en los cristales le resultaba insoportablemente familiar.
Cada vez que un motor rugía a lo lejos, su cuerpo se tensaba.
Parte de ella esperaba que fuera Enzo.
La otra parte, la que intentaba reconstruirse, rogaba que no.

Esa dualidad la estaba consumiendo.

Red pasaba de vez en cuando, vigilando sin decirlo.
Le traía comida, cigarrillos o café, fingiendo que era una visita cualquiera. Pero Lara sabía que la pelirroja estaba ahí porque alguien —quizás Sergio,

quizás Enzo— se lo había pedido.
Y eso le molestaba más de lo que quería admitir.

Aquella tarde, mientras ordenaba los estantes, el teléfono del mostrador sonó.
El timbre agudo le atravesó los nervios.
Lo dudó unos segundos antes de contestar.

— ¿Diga?
Nada. Solo el sonido de la lluvia.
—¿Quién es?
Entonces, un ruido al otro lado. No una voz, sino el rugido inconfundible

de una moto acelerando.
Su corazón se detuvo.
—¿Enzo? —susurró, apenas audible. Pero la línea se cortó.

El teléfono resbaló de sus manos y golpeó el suelo.
Durante un instante, la librería pareció encogerse a su alrededor.
Sabía que no debía pensar en él, no debía buscarlo, no debía sentir ese

impulso que la llevaba directa al caos…
Pero el instinto fue más fuerte.

Salió corriendo bajo la lluvia, sin paraguas, sin chaqueta.
El agua le calaba la ropa y el frío la mordía, pero no importaba.
Miraba en todas direcciones, buscando un destello, un ruido, una sombra.

Nada.
Solo calles vacías y farolas titilando como si estuvieran a punto de apagarse.

Regresó empapada, temblando.
Red la esperaba en la escalera del edificio, con los brazos cruzados.
—¿Dónde demonios estabas? —preguntó, levantándose.
—Solo… necesitaba respirar.
—No me jodas, Lara. —Red la sujetó del brazo—. Vas a terminar muerta

si sigues saliendo así.

Lara la soltó con un movimiento brusco, el agua goteándole del cabello, los ojos rojos de cansancio.
—No me va a pasar nada —susurró, con la voz rota— solo estoy aprendiendo a vivir con todo lo que perdí.

Red la miró con una mezcla de rabia y compasión.
—Él no te necesita destrozada.
—¿Y tú qué sabes lo que él necesita? —disparó Lara, con la voz quebrada. —Lo suficiente —respondió Red—. Y también sé lo que tú necesitas:

dormir, comer, dejar de buscar fantasmas entre los charcos.
Lara no contestó. Subió las escaleras y cerró la puerta detrás de ella. Se quedó en la oscuridad, empapada, tiritando, con el corazón latiendo como un tambor.

Esa noche, el viento sopló más fuerte.
No podía dormir.
Cada ruido la hacía incorporarse, cada sombra la hacía pensar en él.

Caminó hasta la ventana.
La calle estaba desierta, pero entre la niebla creyó ver una silueta a lo lejos. Un hombre apoyado en su moto, el casco en la mano. Su respiración se detuvo.

Parpadeó, y ya no estaba.
A la mañana siguiente, Sergio fue a verla.

Llevaba la chaqueta de cuero vieja y una mirada que decía más que sus palabras.
—Tenemos un problema —dijo sin preámbulos.
Lara lo miró sin comprender.
—¿Qué clase de problema?
—Marko no murió en el puerto. Se replegó. Y ahora sabe dónde vives.

El aire se le heló en los pulmones.
—¿Cómo...?
—No lo sé. —Sergio bajó la voz—. Pero no estás a salvo. Y si Enzo no te

lo ha dicho, es porque planea adelantarse.

Lara se apoyó en la pared, sintiendo cómo el peso del mundo volvía a caer sobre ella.
No quería otra guerra. No quería más sangre.
Pero algo en su pecho —una parte que ya no sabía si pertenecía al miedo o al amor— le dijo que era demasiado tarde.

Porque cuando el ruido de los motores volvió a escucharse en la distancia, no sonó como una amenaza.
Sonó como una promesa.

38

La noche olía a aceite quemado y traición.

Enzo estaba en el viejo taller, el mismo donde solía reparar motos antes de que todo se derrumbara.
Las paredes estaban manchadas de humo, las luces parpadeaban, y el mapa sobre la mesa estaba cubierto de marcas rojas: rutas, nombres, lugares donde Marko podría esconderse.

Había estado reuniendo información durante días, durmiendo apenas unas horas, moviéndose como un fantasma entre contactos antiguos y enemigos nuevos.

Pero había algo que lo estaba consumiendo más rápido que la rabia: la imagen de Lara.

No la había visto desde el puerto.
Sergio le dijo que estaba bien, pero “bien” no significaba lo mismo

que antes. Algo en su voz, en la forma en que evitó mirarlo cuando lo mencionó, le

hizo entender que no lo estaba.
Encendió un cigarro y apoyó los codos en la mesa.

La brasa iluminó por un segundo su rostro cansado, los ojos hundidos, la mandíbula apretada.
No era el mismo Enzo que lideraba con fuerza y rabia.
Era un hombre al que la guerra había vaciado por dentro.

Esa madrugada, cuando el resto del grupo dormía, Enzo tomó su moto y condujo hacia el bloque donde vivía Lara.
No sabía qué lo impulsaba exactamente: si la culpa, el deseo, o la necesidad absurda de asegurarse de que seguía respirando.

El edificio estaba casi oscuro. Solo una luz seguía encendida en el tercer piso: la suya.
Dejó la moto lejos, como hacía siempre, y subió por la escalera en silencio. La puerta del 3B estaba entreabierta.
Su instinto lo hizo entrar sin pensarlo.
El interior olía a café frío y lluvia.
Lara estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared y una manta sobre los hombros.
Tenía la mirada perdida en el vacío, los labios entreabiertos, como si el mundo se hubiera detenido frente a ella.

Enzo no dijo nada al principio.
Solo la observó.
El temblor en sus manos, el leve movimiento de su respiración. Era como ver una herida abierta que seguía sangrando en silencio.

Finalmente, dio un paso adelante. El crujido del suelo la hizo sobresaltarse.
—¿Qué haces aquí? —preguntó ella sin mirarlo. Su voz era un hilo quebrado.
—Vine a ver si estabas viva.

Lara soltó una risa seca.
—No te hacía falta venir para eso. Aún me muevo, ¿no?
Enzo cerró la puerta detrás de él.
—Moverse no es lo mismo que estar viva.

Ella lo miró entonces.
Sus ojos, antes llenos de fuego, ahora estaban vacíos, apagados. Y Enzo sintió un nudo en el pecho que no supo cómo describir.

—No tienes que venir —murmuró Lara, mirando al suelo—. No quiero que me veas así.
—Así cómo.
—Como alguien rota.
Enzo se agachó frente a ella, el rostro a pocos centímetros. —No estás rota. Solo estás cansada de sobrevivir.

Lara levantó la mirada, los ojos brillando por las lágrimas que no quería soltar.
—¿Y tú qué sabes de eso?

—Lo mismo que tú —susurró él—. Que cuando todo lo que amas se convierte en un recuerdo, lo único que te mantiene en pie es la rabia.
El silencio los envolvió. Solo se escuchaba el tic-tac del reloj y la lluvia golpeando el vidrio.
Lara tragó saliva.
—¿Por qué sigues aquí, Enzo?
—Porque Marko no ha muerto. Y porque si vuelve, no quiero que te encuentre sola.
Ella negó con la cabeza, cansada.
—No quiero más sangre. No quiero seguir perdiendo gente por guerras que no son mías.
Enzo la miró con una mezcla de ternura y desesperación. —Esta vez sí es tuya, Lara. Te guste o no, estás en medio.
Lara cerró los ojos.
Una lágrima cayó, silenciosa, recorriéndole la mejilla.

Enzo la limpió con el pulgar, apenas rozándola.
Y por un instante, el mundo pareció detenerse.
Había fuego, sí, pero también había fragilidad.
La clase de conexión que dolía más que cualquier herida física.

— Si voy a hacer esto —dijo él, finalmente—, no será sin ti sabiendo todo. —¿Hacer qué? —preguntó ella, con un hilo de voz.
—Terminarlo. De una vez.

Cuando Enzo salió del edificio, el amanecer apenas empezaba a pintar el cielo de gris.
Encendió la moto, pero no se fue de inmediato.
Miró una vez más hacia la ventana del tercer piso.
Una silueta se movió detrás del cristal.
Lara.

Por primera vez en semanas, Enzo sintió miedo. No por él.
Sino por lo que aún quedaba vivo entre los dos.

Porque si se quedaba… la arrastraría con él al infierno. Y si se iba… sabía que el infierno vendría a buscarla igual.

39

El rugido de los motores volvió a resonar en la noche.

Era un sonido que muchos creyeron enterrado, un eco de un pasado que nadie quería recordar.
Pero ahí estaba otra vez: el estruendo metálico del infierno abriéndose paso por las calles del puerto.

Enzo avanzaba al frente, con la chaqueta vieja que alguna vez había sido su emblema y los ojos clavados en la oscuridad.
A su alrededor, rostros conocidos —y otros nuevos— lo seguían en silencio.
Sergio había cumplido su promesa y había reunido a lo que quedaba

de la banda original.
Pocos, pero suficientes.

El garaje donde todo comenzó se alzaba frente a ellos. Luces encendidas.
Música baja.
Y en el centro, Marko.
Rodeado de los suyos, los que habían tomado lo que no era suyo.

Enzo apagó el motor de su moto.
El silencio fue absoluto.
Bajó lentamente, con una calma peligrosa, como si cada paso pesara

toneladas.
Llevaba el rostro cubierto de sombras, las manos envueltas en vendas por las heridas aún frescas.

Marko sonrió con esa arrogancia que solo tienen los hombres que no entienden el peligro que enfrentan.
—Vaya, si es el fantasma —dijo, girando su cigarro entre los dedos —. Pensé que la prisión te habría quitado las ganas de jugar a ser el líder.

Enzo no respondió de inmediato.
Solo caminó hasta quedar frente a él.
El aire parecía cargado, como antes de una tormenta.

Entonces, su voz cortó el silencio como una hoja afilada:

— El demonio no se va tan fácil, Marko. Aparece en cuanto menos te lo esperas.
Un murmullo recorrió el lugar.
Los hombres de Marko se tensaron. Sergio, desde atrás, apretó la mandíbula. Sabía lo que venía.

Marko soltó una carcajada seca.
—¿Demonio? No, Enzo. Ahora el infierno me pertenece a mí.

El primer golpe vino de la derecha.

Uno de los guardias intentó abalanzarse sobre Enzo, pero apenas logró rozarlo antes de caer al suelo con un movimiento rápido.
Y entonces todo estalló.

Puñetazos.
Disparos.
Cristales rotos.
El sonido de la guerra vieja regresando con más rabia que nunca.

Enzo peleaba con precisión mortal.
Sus movimientos eran fríos, controlados.
Cada golpe tenía un propósito.
Cada caída, un mensaje.
El viejo líder había vuelto, y esta vez no estaba dispuesto a dejar nada en pie.

Marko intentó escapar por la puerta trasera, pero Enzo lo alcanzó antes de que pudiera hacerlo.
Lo estrelló contra una de las mesas, el metal resonando con fuerza.
—¿Creíste que podías quitarme todo y seguir respirando tranquilo? —gruñó Enzo, sujetándolo del cuello—.
Esto no ha hecho más que empezar.

Marko escupió sangre, sonriendo con desprecio.
—No puedes ganarles a todos, Enzo. Hay más de lo que crees. —
Entonces traeré el infierno a cada uno de ellos —respondió con voz baja,

letal.

Cuando se levantó, Marko ya estaba inconsciente en el suelo. El garaje olía a pólvora y sudor.
Sergio se acercó, con la cara manchada de sangre.
—¿Esto es lo que querías? ¿Otra guerra?
—No —dijo Enzo, mirando los cuerpos alrededor—. Esto es justicia.

Y salió del lugar, dejando atrás las llamas que empezaban a devorar el edificio.
El fuego iluminó su espalda mientras se alejaba en la oscuridad, con la chaqueta ardiendo casi tanto como su mirada.

Mientras tanto, al otro lado de la ciudad, Lara estaba sentada en el borde de su cama.
El silencio del apartamento la aplastaba.
Adrián dormía en el sofá, ajeno a todo.
Ella llevaba horas mirando la puerta, con el corazón encogido por una certeza que no podía ignorar.

Había pasado demasiado tiempo intentando convencer a todos —y a sí misma— de que su vida era normal.
De que Enzo era solo un recuerdo.
Pero esa noche… lo sintió.
En el aire, en la piel.
Como si su alma todavía respirara al ritmo del motor de su moto.

Se levantó despacio, fue hasta el sofá y se detuvo frente a Adrián. Él despertó al sentir su presencia.
—¿Qué pasa? —murmuró somnoliento.

Lara respiró hondo.
—Lo siento, Adrián. Pero no puedo seguir fingiendo.
Él se incorporó, confundido. —¿Fingiendo qué?
—Fingiendo que puedo amar a alguien mientras parte de mí sigue atada a lo que me destruyó.
Adrián la miró en silencio.
Y sin esperar respuesta, ella tomó su chaqueta y salió del apartamento.
La noche la envolvió como una vieja amiga.

El viento frío golpeó su rostro, y por primera vez en mucho tiempo, no sintió miedo.

Solo esa sensación de vértigo… como si estuviera cayendo otra vez en un lugar que conocía demasiado bien.

El camino hacia el infierno acababa de abrirse otra vez.
Y Lara, sin saberlo del todo, acababa de dar su primer paso de regreso a él.

40

El tiempo, cuando no se mide por disparos ni huidas, avanza con una lentitud insoportable.
Habían pasado tres semanas desde aquella noche en que Enzo quemó el garaje de Marko y volvió a levantar su nombre del polvo.
Tres semanas en las que el ruido de las armas se había apagado y la ciudad parecía respirar otra vez… aunque todos sabían que era solo un respiro antes del siguiente golpe.

Enzo pasaba los días en un taller viejo a las afueras, una nave abandonada que estaba convirtiendo en su nuevo refugio.
Era distinto al anterior: menos ostentoso, más calculado.
En las paredes había mapas, rutas, fotografías.
Los restos de una mente que ya no actuaba por impulso, sino por estrategia.

Sergio lo observaba desde un rincón, con una mezcla de orgullo y cansancio. —Vas a quedarte sin pulmones si sigues viviendo entre humo de motor — le dijo una tarde, mientras Enzo terminaba de armar una moto negra recién reconstruida.

—Prefiero morirme por esto que por quedarme quieto —respondió sin levantar la mirada.

Sergio chasqueó la lengua.
—¿Y ella?
—¿Lara? —Enzo se detuvo apenas un segundo—. Está bien. Trabaja. Se

mantiene lejos de esto.
—Lejos —repitió Sergio, con una ironía amarga—. Nunca se está lejos de lo que te marca, Enzo. Ni tú ni ella.

Enzo no respondió. Solo se secó las manos con un trapo manchado de grasa y siguió trabajando.
Pero en el fondo lo sabía: Lara seguía siendo su punto débil, su ancla, su condena.

Lara, en cambio, intentaba retomar su rutina.

Volvía a trabajar en la librería, a cuidar las plantas del balcón, a fingir que podía respirar sin mirar por encima del hombro.
Adrián seguía a su lado, paciente y comprensivo, aunque ella sentía que entre ambos había una distancia imposible de cruzar.
No era su culpa.
Simplemente, él no pertenecía a ese mundo que ella había conocido y del que no podía escapar.

Una tarde, mientras cerraba la tienda, alguien golpeó suavemente el cristal de la puerta.
Lara alzó la vista y lo vio.
Un hombre joven, de chaqueta oscura, con una sonrisa cortés y una mirada demasiado firme para alguien que decía no querer problemas.

—¿Lara Zdravskov? —preguntó, con un tono educado.
—¿Quién lo pregunta?
—Un amigo. —Su sonrisa se amplió apenas un poco—. Un mensajero, más bien.
Lara no respondió. Tenía las llaves en la mano, preparada para cerrar.

El hombre metió una mano en el bolsillo y sacó una tarjeta negra, sin nombre, solo con un símbolo grabado en relieve:
una serpiente mordiéndose la cola.

—Esto es para ti.
—No quiero nada —dijo, retrocediendo medio paso.

— Yo que tú, lo leería. —El hombre dejó la tarjeta en el marco de la puerta y bajó la voz—. Hay gente que todavía recuerda a tu abuelo… y a ti. No todos con buenas intenciones.

Lara se quedó inmóvil.
El desconocido se inclinó apenas hacia ella.
—Marko sabe quién eres. Y quiere ofrecerte algo mejor que seguir

escondiéndote detrás de Enzo.

El nombre la atravesó como una bala. Marko.
El hombre que había casi destruido sus vidas.

—No tengo nada que ver con él —susurró.
El mensajero alzó las cejas.
—¿Segura? Porque él dice que tienes más que ver de lo que imaginas. La dejó con esa frase flotando entre ellos, dio media vuelta y se perdió entre la lluvia que empezaba a caer sobre la calle vacía.

Lara cerró la puerta de la librería y se apoyó contra el cristal, intentando controlar el temblor de sus manos.
Cuando finalmente se atrevió a mirar la tarjeta, vio lo que ya temía: una dirección.
Muelle 9.
El lugar donde todo comenzó.

Pasó el resto del día en silencio, con la mente girando sin descanso. Podía tirar la tarjeta, olvidarse de todo, fingir que ese mensaje nunca llegó. Pero una parte de ella —la misma que había sobrevivido a golpes, sangre y

mentiras— necesitaba saber.
Necesitaba respuestas.

Porque si algo había aprendido, era que el silencio también mata.

Esa noche, Enzo revisaba los planos del nuevo taller. La banda estaba empezando a formarse otra vez, poco a poco. Rostros nuevos, viejos conocidos.
Leales, sí… pero también asustados.
Sabían que Marko no iba a quedarse de brazos cruzados.

Sergio apareció detrás de él, con una botella en la mano. —No vas a creer lo que me contaron —dijo, dejándola sobre la mesa.
—Sorpréndeme.
—Marko anda reclutando. Nuevas caras, dinero, territorio… incluso se dice que está buscando una figura femenina para su "equipo de confianza".
Enzo se rió sin humor.
—¿Qué va a hacer? ¿Montar un circo?
—No, Enzo. Está montando una guerra. Y no me gusta cómo se está moviendo.

El líder levantó la vista.
Por un segundo, una sombra cruzó su mirada.
—Que se mueva todo lo que quiera. Yo también tengo planes.

Sergio lo observó con cautela. —¿Y Lara?
Enzo apretó los dientes. —Lara está fuera de esto.

Pero su voz no sonó tan firme como quería.
Y en algún lugar de la ciudad, mientras él decía esas palabras, Lara miraba la tarjeta negra sobre su mesa,
pensando si la verdad valía más que la seguridad…
y sin imaginar que su decisión iba a encender la chispa que Enzo tanto temía.

41

Lara no durmió esa noche.
La tarjeta negra seguía sobre la mesa, brillante bajo la luz del amanecer. La había leído mil veces.
Había pensado en quemarla, romperla, tirarla al río…
pero algo en ella no la dejaba hacerlo.
El símbolo de la serpiente devorándose la cola parecía hipnótico, casi vivo. Protección. Verdad. Libertad.
Las tres palabras que podían significarlo todo o destruirla otra vez.

Cuando salió el sol, tomó una decisión:
si alguien podía aconsejarla con la cabeza fría, ese era Sergio.
El rugido de una moto anunció su llegada a la librería.
Sergio bajó del asiento con su chaqueta de cuero, el cabello algo revuelto y ese gesto que siempre tenía cuando algo le olía mal.
—¿Qué pasa? —preguntó en cuanto cruzó la puerta—. No suenas bien por mensaje.

Lara respiró hondo y cerró el local. No sabía por dónde empezar. Le temblaban las manos.

—Sergio, necesito que me escuches sin interrumpirme.
Él asintió con cautela.
—Anoche… alguien vino a verme.
—¿Quién?
—No sé su nombre. Un tipo, alto, chaqueta negra. Dijo que venía de parte de Marko.

El silencio cayó como un trueno. Sergio la miró con incredulidad. —¿Qué dijiste?

—Nada. Solo… escuché. Me dejó una tarjeta. Sergio dio un paso adelante, la expresión endureciéndose. —Dime que no la tienes.

Lara tragó saliva. No hizo falta responder: su mirada la delató.
—Joder, Lara… —Sergio se pasó la mano por el rostro, conteniendo una maldición—. ¿Qué demonios te dijo ese imbécil?

—Que podía darme respuestas. Que Marko sabe cosas de mi familia, de mi abuelo, incluso de Enzo. Y… que quiere ofrecerme protección.

Sergio golpeó el mostrador con el puño, haciendo temblar los libros apilados.
—¡Protección! Ese cabrón no protege a nadie, solo usa a la gente hasta que no le sirve más.

Lara alzó la voz, cansada de las sombras y los secretos.
—¡Entonces dime tú la verdad! ¡Porque todos ustedes me la han ocultado desde el principio!
Sergio la miró con una mezcla de pena y enojo.
—No es así, Lara. No todo lo que Marko diga es cierto. No puedes creerle.
—No he dicho que lo haga —replicó ella—, pero quiero saber qué pretende. Si me busca, quiero saber por qué.
—¿Y si lo que quiere es matarte?
—Entonces que lo intente —dijo con la voz temblorosa pero firme—. Estoy harta de vivir con miedo.

Sergio la observó un momento más, en silencio. Luego se dio media vuelta.
—Esto no se queda aquí.

—¿A dónde vas?
—A evitar que cometas una estupidez.
Sergio entró en el taller de Enzo, el ambiente estaba cargado.

El líder estaba de pie junto al mapa de la ciudad, señalando rutas con un marcador, rodeado de tres hombres nuevos.
En cuanto lo vio entrar, notó la urgencia en su mirada.
—Fuera todos —ordenó Enzo, y los hombres obedecieron al instante.

Sergio esperó a que la puerta se cerrara antes de hablar. —Tenemos un problema.
Enzo arqueó una ceja. —¿Otro más?
—Marko.

El nombre bastó para que el ambiente se volviera más frío. Enzo apoyó ambas manos sobre la mesa.
—¿Qué hizo ahora?

Sergio lo miró fijo.
—Mandó a uno de los suyos a hablar con Lara. Le ofrecieron "protección" y "la verdad".

El silencio se alargó, tan tenso que se podía oír el zumbido del viejo foco del techo.
Enzo cerró los ojos un segundo, respirando hondo.

—Lo que no quiero —dijo con voz baja pero cargada de rabia contenida— es que Lara vuelva a sufrir por culpa de ninguno de estos hijos de puta.
Sergio bajó la mirada. Sabía que lo que iba a decir lo cambiaría todo.
—No te preocupes, Enzo —susurró—. Ya no vas a tener que hacerlo.
—¿Qué? —El tono de Enzo se endureció.
Sergio lo miró directamente a los ojos. —Marko la ha reclutado.

Por un segundo, Enzo no reaccionó.
Solo se quedó quieto, el rostro en blanco.
Luego el marcador cayó de su mano y rodó por la mesa.

—¿Qué acabas de decir?
—Que la reclutó. O eso parece. Lara fue a verlo. Aceptó reunirse con él.

La rabia subió por su pecho como un fuego incontrolable. Enzo golpeó la mesa con fuerza, partiendo una de las patas. —¡No! —gritó—. ¡Eso no va a pasar!
Sergio dio un paso atrás, sabiendo que el huracán estaba a punto de estallar. —Enzo…

—¡No, joder! ¡No después de todo lo que le costó salir de ese infierno!

El líder respiraba con dificultad, las venas del cuello marcadas, los puños cerrados.
Durante un instante, pareció perder el control.
Luego habló, más bajo, más oscuro.
—Si Marko la toca, aunque sea con una palabra… lo mato.

Sergio no dijo nada. Sabía que no era una amenaza: era una promesa.

Enzo se quedó mirando el mapa, con la mirada perdida y los nudillos manchados de sangre.
Ya no era solo venganza.
Era personal.
Era Lara.
Y el demonio, una vez más, estaba despierto.

42

La noche tenía un pulso propio en el muelle: luces amarillas que temblaban, agua golpeando el metal de los contenedores, y un olor a sal que se mezclaba con el de aceite viejo. Lara avanzó con los pasos calculados, la tarjeta negra arrugándose en el bolsillo de su chaqueta. No llevaba arma; no quería dar señales de guerra. Quería respuestas. Y si eso significaba sentarse frente a Marko, lo haría.

Marko la esperaba apoyado en una baranda, la figura recortada contra las luces de los barcos. No había gestos grandilocuentes en su forma de recibirla, solo esa calma fría de quien sabe que domina el tablero. A su lado dos tipos altos, ojos como piedras, atentos a cualquier movimiento.

—Llegaste —dijo él, sin levantarse—. No me gusta que la gente tenga que esperar por mí.
Lara lo miró, midiendo cada sílaba.
—Ni siquiera se que hago aquí —pronunció ella, y la voz le sonó más firme de lo que esperaba.

Marko sonrió, una mueca que no alcanzaba los ojos.
—Porque te interesa la verdad. Y porque te interesa dejar de vivir con miedo. Puedo ofrecerte ambas cosas.

Le habló con palabras pulidas, ofreciéndole un paquete que sabía peligroso: acusaciones suavizadas, fragmentos de la historia familiar entregados como moneda de cambio, la promesa de conocimientos que cerraran hendiduras en su memoria. Le ofreció protección: hombres en la sombra, contactos que le asegurarían que nadie la atacaría por la calle. Incluso le deslizó la posibilidad de poder moverse libremente sin mirar atrás.

Lara escuchó. Cada frase recorrió sus costillas como si fueran golpes pequeños. Había verdades ocultas, sí. Había información que podía aliviarla, pero las palabras de Marko venían con un precio que no era difícil adivinar.

—Te doy tiempo para decidir —concluyó él, con la voz medida—. No te apresures. Cuando quieras, vienes al muelle.

Ella no contestó. Dio media vuelta y se quedó un rato más mirando el agua. La ciudad se reflejaba en pedazos, como si fuera un rompecabezas sin instrucciones. Caminó de regreso al coche con el corazón en la garganta y la tarjeta negra ardiéndole en el bolsillo.

La mañana siguiente vino gris, y con ella la certeza de que no podía guardar las cosas para sí. Había dormido unas horas, mal, con la sensación de que algo se había movido dentro de ella. Decidió, por fin, contárselo a alguien en quien confiaba: Sergio. Iba a buscarlo, pero antes de que pudiera salir, el timbre sonó y la puerta tembló bajo un golpe seco. En vez de Sergio apareció la sombra que había prometido no ver: Enzo.

Entró sin permiso, con la chaqueta empapada por la lluvia y los ojos encendidos por la noche en vela. No lo hizo con violencia, pero su presencia llenó el apartamento como una tormenta que no anuncia

gritos: solo avalanchas. Lara se quedó paralizada un instante, viendo cómo la furia contenida lo dominaba.

—¡Joder, Lara! —estalló él en cuanto la puerta se cerró—, no quieres que te proteja pero cada vez que sales me tengo que preocupar.

La frase le golpeó. No fue solo el reproche, sino la verdad en la voz de Enzo: su preocupación le era visible, tangible, como un metal caliente que quemaba la piel. Lara sintió cómo se le encendían los nervios y algo en su pecho se tensó hasta hacerse cuerda.

—¿Y qué esperas que haga? —respondió ella, con la voz corta—. ¿Que me quede en casa a esperar a que alguien me mate por ser quien soy?
Enzo dio dos pasos hacia ella, la frustración pegada en los movimientos. —No quiero eso para ti —dijo, más bajo—. Quiero que estés a salvo.

Lara lo miró con una mezcla de cansancio y decisión que lo atravesó. Había pensado mucho en ello esa noche junto al muelle, en la oferta, en la necesidad de respuestas. Y tomó una decisión que ningún gesto ni palabra podrían hacer retroceder.

— Bueno pues no vas a tener que estar preocupándote más —dijo ella, clavándole la mirada con una frialdad que dolía—. Voy a aceptar entrar a la banda de Marko.

Las palabras rebotaron en la habitación como un disparo seco. Enzo la miró, primero incrédulo, luego con la ira oxidada ascendiendo por sus venas. Negó con la cabeza, como si intentara deshacer aquello con un simple movimiento.

—No —musitó, como si la palabra fuera un tabú que no quisiera pronunciar—. No puedes.

Lara se quedó erguida, las manos temblando apenas. No era una rendición; era una decisión compleja nacida de una mezcla de

cansancio, de hambre por la verdad y de la certeza de que quizá, si estaba dentro, podría controlar algo que desde fuera la estaba destrozando.

Enzo dio un paso atrás, luchando con algo que no era solo rabia sino un pavor primario. La negación se convirtió en incredulidad.
—¿Crees que eso te salvará? —preguntó sin levantar la voz, los ojos clavados en los de ella—. ¿Crees que Marko va a ser tu protector ahora?

Ella lo enfrentó, y por un instante la habitación fue un duelo de historias: la suya, la de él, la de una ciudad que no perdona.
—Lo haré por mí —contestó Lara—. Y si eso significa alejarme de ti, lo haré.

Enzo negó otra vez, más lento, mirando la costura de su propia chaqueta como quien busca una última pieza de un rompecabezas imposible. Sus manos se apretaron, y la respiración le subió hasta la garganta. La rabia, la impotencia, todo se condensó en ese gesto.

—No puedo dejar que lo hagas —dijo, con la voz rota por algo que era más que enfado—.
Ella lo miró, con tristeza y firmeza a la vez. —Entonces no me lo impidas.

Enzo cerró los ojos un segundo, como si buscara en la oscuridad una salida. Cuando los abrió de nuevo, negó con la cabeza por tercera vez, esta vez más resignado que enojado. La negación no había cambiado la realidad; solo la mostraba con más crueldad.

—No —repitió, la palabra dura como una sentencia—.

Y en ese silencio que siguió, ambos supieron que lo que habían sido juntos estaba tambaleando en el borde de una decisión que podía partirlos en dos. La casa pareció hacerse pequeña, y el ruido de la ciudad se sintió más lejano que nunca.

43

La puerta se cerró con un golpe seco, dejando a Lara sola en su salón, el eco del portazo repitiéndose entre las paredes como una advertencia. Se quedó quieta, mirando el suelo, con los brazos cruzados sobre el pecho, como si intentara contener algo dentro de sí que amenazaba con estallar.

El aire todavía olía a Enzo —a humo, gasolina y algo agridulce—, y eso solo hacía que su respiración se volviera más pesada.
Él se había ido sin decir una palabra más, pero su mirada la había atravesado como un cuchillo.
Esa mezcla de decepción, miedo y rabia… Lara la conocía demasiado bien.

Esa noche, el silencio se volvió insoportable.
Encendió un cigarrillo aunque hacía meses que no fumaba. La llama tembló un segundo antes de iluminar su rostro cansado. Se sentó en el suelo, con la espalda contra el sofá, y pensó en todo: en su abuela muerta, en su abuelo desaparecido, en las marcas que había dejado la banda, en Enzo.
Todo se sentía como una cuerda que se tensaba a punto de romperse.

Por primera vez en mucho tiempo, lloró sin intentar detenerse.

A la mañana siguiente, Enzo estaba en el garaje.
El lugar olía a metal y sangre seca, aunque nadie hubiera muerto allí en semanas. Los chicos trabajaban en silencio, todos conscientes de que algo se estaba cocinando. Enzo no hablaba, no daba órdenes, no miraba a nadie directamente. Solo caminaba de un lado a otro, revisando planos, mapas y registros de movimiento de Marko.
Su chaqueta estaba abierta, el cigarrillo colgando entre sus dedos.

— ¿Qué vas a hacer con lo de Lara? —preguntó Sergio desde la esquina, con tono bajo.

Enzo levantó la mirada, la mandíbula tensa.
—Nada.

— Nada, dice —replicó Sergio, soltando una risa irónica—. ¿Sabes lo que hará si entra con Marko? Se va a hundir. Ese tipo no ofrece protección, Enzo, ofrece cadenas.

Enzo lo sabía. Lo sabía demasiado bien. Pero no podía detenerla sin romperla más.
No después de verla tan destrozada la noche anterior, gritando con la voz rota, echándole en cara que solo traía peligro.
—No puedo obligarla —dijo al fin, su voz grave, desgastada—. Ya no.

Sergio se lo quedó mirando, con un dejo de tristeza.
—No puedes obligarla… pero sí puedes elegir de qué lado vas a estar cuando ella caiga.

Las palabras quedaron flotando. Enzo no respondió. Solo apagó el cigarrillo y volvió a mirar los planos.
Cada línea roja era un posible movimiento, una entrada, una emboscada.
La banda de Marko había crecido demasiado rápido, ocupando los huecos que dejó el vacío tras las detenciones. Los rumores decían que ahora tenían conexiones nuevas, incluso fuera del país. Y Enzo sabía que lo buscaban a él, no a nadie más.
Él era la pieza que Marko quería destruir.

Esa misma tarde, Lara se levantó con la mirada perdida. No había dormido.

Su casa era un desorden de tazas vacías, ropa sobre las sillas y papeles arrugados.
El teléfono vibró varias veces: mensajes de Sergio, llamadas perdidas de Enzo. No contestó a ninguno.

Se sentía vacía, pero también… determinada.
Si Enzo no confiaba en ella, si todos la seguían viendo como la chica que había que proteger, entonces tendría que demostrar que podía sobrevivir por su cuenta.
Quizás, al entrar a la banda de Marko, podría obtener respuestas sobre sus abuelos, sobre por qué su apellido seguía siendo una amenaza.
O quizá no. Pero al menos dejaría de sentirse como una sombra.

Tomó una ducha rápida, se miró en el espejo y vio a alguien que ya no reconocía del todo.
El reflejo tenía ojeras, la mirada fría y el gesto de quien ya no tenía miedo a romperse otra vez.

Se vistió con ropa oscura, se recogió el cabello y salió sin mirar atrás.
Mientras tanto, Enzo seguía en el garaje.

La noche lo encontró allí, con la cabeza apoyada en una mesa llena de mapas y botellas vacías. Los demás se habían ido, incluso Sergio. Solo quedaban él y el ruido del reloj marcando las tres de la mañana.

Tenía las manos llenas de cortes, los nudillos abiertos de tanto golpear el saco de boxeo. Pero el dolor físico no se comparaba al que llevaba dentro.

Pensaba en Lara: en cómo lo había mirado antes de decir que se uniría a Marko, en el temblor de su voz cuando pronunció esas palabras.
Y aunque no quería admitirlo, sabía que todo lo que estaba a punto de pasar sería por ella.

Se levantó, tomó su chaqueta y salió a la calle.
El aire frío lo golpeó como un cubo de agua helada.
Subió a su moto, la misma de siempre, esa que aún tenía las marcas de la

persecución de hace años.
Encendió el motor y la ciudad se llenó de rugido.
No tenía destino, pero sus instintos lo guiaban: si Lara estaba jugando con fuego, él iba a ser la sombra que vigilara el incendio.
Lara, en ese mismo momento, caminaba hacia el puerto.

El viento le revolvía el cabello, y las luces lejanas parecían parpadear como advertencias.
Marko la esperaba, apoyado en el mismo sitio donde se habían visto la primera vez.
Cuando la vio llegar, sonrió.

—Sabía que volverías —dijo él, encendiendo un cigarro—. Las personas como tú siempre lo hacen.

Lara no contestó.
Solo respiró hondo.
Sabía que estaba a punto de cruzar una línea de la que no habría retorno.

Y en alguna parte de la ciudad, a pocos minutos de allí, Enzo frenó su moto frente al muelle, la lluvia cayendo sobre su rostro, los ojos encendidos como brasas.

La guerra acababa de comenzar otra vez.

44

El puerto amaneció envuelto en una neblina espesa, de esas que hacen que la línea entre el mar y el cielo se disuelva en un mismo gris.
Lara se encontraba allí, frente a Marko y tres de sus hombres.
La brisa marina le helaba las manos, pero no se movía.
Marko la observaba como quien evalúa una pieza de ajedrez antes de decidir si vale la pena mantenerla en el tablero.

— Primero —dijo él, encendiendo un cigarrillo—, vas a aprender a moverte sin que nadie te note.
Levantó la mirada, una media sonrisa ladeada. —Si te ven venir, estás muerta antes de hacer nada.

Lara asintió, sin apartar los ojos de él.
Sabía que no debía confiar, pero algo en su tono la obligaba a escuchar. Marko no hablaba como Enzo. No la protegía con palabras dulces ni

advertencias. Le hablaba como a un soldado. Como si realmente creyera que podía ser peligrosa.
—Camina —ordenó.
Lara comenzó a avanzar entre los contenedores del puerto. Las botas resonaban sobre el suelo húmedo, y cada eco parecía un grito.

— Demasiado ruido —corrigió Marko, acercándose por detrás—. No arrastres los pies, levántalos. Apoya con la punta.
Sus manos se movieron rápido, levantándole ligeramente la barbilla —. Mira al frente, no al suelo. El suelo no va a salvarte.

Ella tragó saliva, controlando el impulso de apartarse.
—¿Así?
—Mejor —asintió él—. Ahora, si alguien te sigue, no corras. Pierdes ventaja.

Desaparece.

— ¿Desaparecer?
Marko sonrió de medio lado.
—Sí. Cada calle tiene un punto muerto. Cada sombra, un ángulo ciego.

Encuéntralos. Usa la oscuridad como si fuera parte de ti.

Lara asintió, y durante la siguiente hora repitió cada movimiento que él le enseñaba: pasos silenciosos, giros rápidos, esconderse entre

cajas, calcular salidas.

Al principio tropezaba, pero pronto sus movimientos se volvieron más precisos.
Marko observaba en silencio, las manos en los bolsillos, con una mezcla de satisfacción y cálculo.

Cuando el entrenamiento terminó, Lara estaba agotada, pero había algo nuevo en sus ojos.
Determinación. Furia contenida.
Marko se dio cuenta.

— Tienes rabia —dijo él al fin, apagando el cigarro contra un metal oxidado—. Úsala. No la entierres. Las personas calmadas se quiebran más rápido.

Lara respiró profundo.
—No quiero romperme otra vez.

— Entonces no lo hagas.
Él se acercó un paso más.
—No me interesa tu pasado, Lara. Ni tu apellido. Solo quiero saber si estás

dispuesta a hacer lo que sea necesario para sobrevivir.
Ella lo miró directamente a los ojos. —Sí.
Marko sonrió.
—Bien. Empezaremos de verdad mañana. Pero antes… quiero que recuerdes algo: no confíes en nadie. Ni siquiera en mí.
Esa noche, Lara volvió a su casa sin apenas sentir el cansancio.

Las luces de la ciudad se reflejaban en los charcos como pequeñas bengalas apagadas.
Su cuerpo dolía, pero su mente estaba alerta.
Por primera vez en mucho tiempo, sentía que tenía control. Que podía defenderse.

Aun así, cuando cerró la puerta y el silencio la envolvió, la soledad volvió a colarse.
Miró el colgante que Sergio le había regalado por su cumpleaños, lo sostuvo entre los dedos, y pensó en Enzo.
En su voz.
En su rabia.
En cómo la había mirado antes de marcharse.
La culpa se le clavó en el pecho, pero la enterró con un pensamiento simple: "No voy a ser la chica a la que todos deben proteger."

Del otro lado de la ciudad, Enzo estaba frente al garaje, con las luces apagadas.
Los antiguos miembros de la banda estaban reunidos dentro, murmurando.
Sergio se apoyaba en una pared, los brazos cruzados, la cara seria.

—¿Lo confirmaste? —preguntó Enzo, su voz ronca.
Sergio asintió. —Sí. Lara fue vista en el puerto esta mañana. Con él.

El silencio cayó como una piedra.
Enzo apretó los puños, los nudillos blancos. No dijo nada. No podía.

Sabía que si se movía ahora, todo el trabajo de semanas se iría a la mierda. Pero había una línea que nunca debió cruzarse, y Marko acababa de hacerlo.

— Prepárense —dijo, finalmente, con una calma que sonaba más peligrosa que un grito.
—¿Para qué? —preguntó uno de los chicos.
Enzo levantó la mirada, fría, determinada.

—Para mover ficha.

Y mientras la lluvia empezaba a caer, en algún rincón de su mente solo quedaba una idea fija:
"Si Marko la convierte en un arma, yo mismo me encargaré de detenerla."

45

La noche del ataque llevaba horas escribiéndose en susurros y en mapas doblados.
Enzo y los pocos hombres que le quedaban se movían como una sombra organizada: siluetas negras sobre el asfalto mojado, respiraciones controladas, miradas que no permitían la menor distracción. Sergio había cerrado el pequeño círculo: tres equipos, dos entradas, un único objetivo marcado en la libreta arrugada que Enzo sostenía con dedos que no dejaban de temblar por la adrenalina y por otra cosa más antigua, más peligrosa.

— Recordad el plan —susurró Enzo, la voz cortada por la tensión—. Entramos por el lateral, cortamos la salida, neutralizamos a los guardias. Un golpe rápido, limpio. Esta noche acabamos con Marko.

Las motos, apiladas en la sombra de un depósito, eran máquinas dormidas que aguardaban la orden. El aire olía a lluvia reciente, a aceite y a pólvora. Nadie habló más. Todo se había reducido a la mecánica fría del movimiento por un lado y al torbellino cálido de la rabia por el otro.

El punto de encuentro que Marko frecuentaba —una lonja abandonada frente al agua, con contenedores rojos y una farola que parpadeaba— parecía, desde la lejanía, una promesa siniestra. Enzo lo conocía bien: había pasado ahí noches enteras, planeando, kingpin y profeta de su propio derrumbe. Aquella vez no era diferente, salvo por la idea de quitar de en medio al hombre que se había quedado con todo lo que fue suyo. Era justicia; era venganza; era el final que había imaginado a golpes.

Sergio dio la señal y los hombres se pusieron en marcha. Se movieron como agua que busca fisuras: discretos, pegados a la oscuridad. El plan cabía en una mirada, en una sincronización perfecta que habían practicado con mapas y cerveza. Enzo adelantó

un paso, el corazón martillando en las sienes, y alzó la mano: era el instante de entrar.

Pero cuando la silueta que esperaban surgir del corrillo junto a los contenedores apareció bajo la farola, la noche silenció la acción en la garganta de Enzo.

No era Marko. No eran guardias. Era ella.

Lara estaba de pie, sola, la chaqueta negra pegada al cuerpo por la humedad, la tarjeta arrugada en la mano. Miraba al frente con una calma que Enzo no supo leer al principio: casi expectante, como si esperara que la noche le devolviera algo. La luz amarilla la recortaba en un halo sucio; la lluvia trazaba pequeñas líneas que enmarcaban su rostro pálido.

Por un segundo, el mundo de Enzo se dislocó.

El tono de la operación cambió en el aire: de venganza a trampa. El cerebro le gritó la palabra que siempre intentó evitar: engaño. Algo en la escena —la ausencia de Marko, la posición tan obvia de Lara, la soledad calculada— le olió a trampa de lejos. Redundaba la idea horrible: Marko no sólo quería matarlo a él; quería, con una crueldad lenta, usarla como cebo. Usarla como el motivo perfecto para quebrarlo.

El primer disparo no fue suyo. Fue un disparo de advertencia al aire —una ráfaga corta, controlada— que cortó la tensión como un cuchillo. Sergio lo dio, siguiendo el plan que creía inquebrantable. Algo respondió del otro lado: pasos, un choque metálico. La noche explotó en ruido y movimiento. Hombreras se tensaron; figuras se lanzaron al ataque.

Enzo, sin embargo, se quedó inmóvil. La visión de Lara en ese punto bajo la luz traía consigo una catarata de imágenes: la primera vez que la protegió en el garaje, la noche en que le dejó la chaqueta, las veces en que su nombre detuvo balas y decisiones. La idea de

disparar a ese punto —a la persona que representaba su razón de seguir respirando— le producía un vértigo que ninguna estrategia, ninguna rabia podía contrarrestar.

—¡Enzo, a la izquierda! —le chilló alguien, a través de la noche—. Hay movimiento.

La orden rebotó y volvió al ultraje. Fue Sergio, tratándolo de arrastrar de vuelta al pulso de la operación. Pero Enzo no oyó las voces como antes. Oía el latido de su propia garganta, el rumor de algo que se partía dentro.

Aceleró un par de pasos, no para disparar, sino para ponerse entre Lara y el hipotético origen de la amenaza. Era un gesto que no calculó; la piel le quemó al hacerlo. Al acercarse, vio lo que Marko quería que viera: la expresión en el rostro de Lara, esa mezcla indecible de desafío y miedo, pero también una decisión que no buscaba suplicar por piedad.

Sus hombres chocaban con los guardias de Marko en la periferia, con golpes sordos y silbidos de balas. La confusión se expandía como tinta en agua. En medio del caos, Enzo tuvo que decidir en segundos: seguir el plan y ejecutar la eliminación que tendría a Marko con las manos limpias o romper la táctica para salvarla.
La duda le rajó el alma.

— ¡Mátala si es una trampa! —gritó alguien detrás, una voz que quizás era de uno de los recién llegados, de los que aún creían que todo se arregla con plomo—.

Enzo parpadeó. La veía a ella: las costuras de su chaqueta, el temblor en la mano derecha, el brillo de la tarjeta aplastada en su palma. Pensó en Sergio, en su promesa de lealtad; pensó en las noches en las que había decidido que no habría tregua hasta recuperar lo que le arrebataron. Pensó, sobre todo, en la promesa que se hizo frente al espejo la primera noche tras la prisión: que no volvería a perder a nadie por su culpa.

Respiró. Y la respiración le quemó.
—¡Apartaos! —ordenó, con una voz que no era todo entera rabia; era mando territorial—. ¡Nadie toque a la chica!

La orden fue una piedra lanzada contra el viento. Sergio tropezó entre sus hombres, furioso. —¿Qué coño haces, Enzo? ¡Ese es el plan! —dijo, la incredulidad cortando su tono—. Si fracasa esto…

—¿Y si fracasa porque vosotros le pegáis una bala en la nuca a quien menos lo merece? —Enzo respondió, los dientes apretados—. No lo haré.

La tensión alcanzó un punto de ebullición. Algunos hombres dudaron; otros, adictos a la violencia, avanzaron igualmente, como si la ola de la venganza no tuviera cuenco para sus dudas. Enzo, en el centro, plantó los pies y dejó que la noche le mostrara lo que era más importante: la mujer delante o el plan detrás.

El agua golpeó los contenedores y el sonido se mezcló con los disparos lejanos. De pronto Lara dio un paso atrás, y por la primera vez esa noche, sus ojos se encontraron con los de Enzo. No hubo reproche en su mirada; sólo un pezón de miedo y una firmeza que lo atravesó. Era una mirada que le pedía, sin palabras, que la sacara de aquello.

Alguien, una figura en la oscuridad con camiseta blanca, se lanzó hacia el lado norte intentando aprovechar la indecisión. Sergio reaccionó con rapidez y lo detuvo. El plan, aunque herido, aún podía moverse si había alguien con decisión. Enzo miró a Sergio. Había una lealtad vieja entre ellos, un lenguaje no escrito de quién debía morir por quién. Pero cuando sus ojos se cruzaron, Enzo no encontró allí la orden que buscaba. Encontró miedo y cálculo: Sergio evaluaba alternativas.

Marko, que había previsto su ausencia y quizá esperaba que la ausencia le ofreciera la ventaja, observaba desde una distancia segura. Tal vez tenía a sus observadores en posición, tal vez

disfrutaba de la agonía. Vio a Enzo inmovilizar el brazo de uno de sus hombres, sintió la renuncia en el gesto. Un pensamiento cruel —y quizás el verdadero propósito de la provocación— se coló en su rostro. Marko no necesitaba matar a Enzo con sus manos; necesitaba obligarle a elegir. A perder su nombre para siempre.

Enzo, en cambio, eligió otra cosa.
—Sergio, retira la ofensiva —dijo, la voz quebrada, dura—. Saca a la gente. Ahora.

Sergio clavó la mirada en él, buscando la trampa, la señal de que esto era otro juego. Pero la determinación en la voz de Enzo no admitía réplica. Era una orden con consecuencias: quien no se moviera sería uno más en la lista que Enzo podría lamentar, y no por cobardía, sino por haber seguido instrucciones que traicionaban lo que eran.

Los hombres empezaron a retroceder, despacio, formando un arco defensivo alrededor de Lara. Algunos lo hicieron por lealtad a Enzo; otros por la simple comprensión de que la noche ya no pertenecía a un plan, sino a la indecisión humana. Las miradas se convirtieron en preguntas; la táctica, en improvisación.

Lara, entre tanto, dejó caer la tarjeta. El papel se humedeció con la lluvia y se pegó al suelo como si quisiera aferrarse a algo real. Un trozo de la historia que la había convocado ahora flotaba en la humedad. Ella miró a Enzo con una mezcla de alivio y culpa.

— ¿Estás loco? —murmuró Sergio cuando las motos arrancaron para retirarse. No pudo contener la rabia del todo—. Marko se va a reír. Nos habrá dejado la victoria en la mano.

Enzo no contestó de inmediato. Miró a la distancia donde la silueta de Marko se recortaba contra la ciudad, y por primera vez desde que regresó, la venganza le pareció insuficiente. Tenía la certeza de que esa noche había sido un hito: Marko los había empujado a elegir qué valoraban de verdad. Y Enzo había elegido a ella.

Se acercó a Lara, con pasos que sabían a cansancio. El olor a lluvia y pólvora se pegó a su chaqueta. Ella apenas respiraba, con la garganta hecha un nudo. —Vámonos —dijo él, con voz áspera y baja —. Te saco de aquí.

Ella asintió sin palabras, sus dedos aún fríos por la lluvia. Enzo la tomó del brazo, no con violencia, sino con firmeza. Sabía que a partir de ese gesto su mundo iba a cambiar otra vez: la operación, la banda, la idea de un fin limpio. Había preferido la complicación humana a la victoria estratégica.

Mientras se alejaban, la sombra de Marko permaneció en la oscuridad, sonriendo de una manera que no había sonado aún como victoria. Había ganado algo más perverso que una batalla: había sembrado la duda. Y esa duda, en los días que vendrían, iba a crecer y carcomer desde dentro.

Enzo miró hacia atrás una vez. Vio a Sergio apretando los dientes, la frustración clavada en las manos. Vio a los suyos retrocediendo, ordenados, con el plan hecho jirones. Y vio a Marko, aún en la distancia, calmado.

No fue una rendición lo que pasó en ese muelle. Fue una elección. Y la elección, en su propio corazón, le dolió más que cualquier bala.

46

El rugido del motor fue lo único que rompió el silencio.
La noche, empapada y turbia, parecía tragarse cada sonido que no viniera de la moto. Enzo conducía con los nudillos blancos sobre el manillar, los ojos fijos en el camino que se retorcía bajo la lluvia. Detrás de él, Lara se aferraba a su chaqueta —esa vieja piel negra con el emblema del lobo bordado en la espalda— como si sujetarla pudiera detener el temblor que le recorría el cuerpo.

Ninguno de los dos dijo una palabra.
Solo el viento, frío y cortante, se encargaba de hablar por ellos.

Cuando llegaron al garaje, el eco del portón metálico resonó como una sentencia. Adentro, todo estaba igual que antes: el olor a gasolina, las herramientas en desorden, las viejas motos cubiertas con lonas, la lámpara colgando sobre la mesa de trabajo. Enzo dejó el casco a un lado, respirando hondo, tratando de entender qué acababa de pasar en el puerto.

Trampa. Duda. Ella en medio.
Nada cuadraba.

Lara se bajó sin decir nada, empapada hasta los huesos. Se abrazó a sí misma, tiritando, intentando encontrar algo de calor en la frialdad del espacio. Enzo la miró de reojo, y en ese segundo, una parte de él —la más blanda, la que tanto había intentado matar— le ganó a la razón.

— Toma —murmuró, quitándose la chaqueta y colocándosela sobre los hombros.
Era esa chaqueta. La del lobo. La que nunca dejaba que nadie tocara.
—Te vas a enfermar.

Lara alzó la vista, los labios temblándole entre palabras que parecían costarle. —Enzo… —susurró, sujetando el cuero con los dedos—. Lo siento.
Él frunció el ceño, acercándose un paso. —¿Qué?
—Lo siento por todo —repitió ella, con la voz quebrada—. Por haber ido al puerto, por no haberte contado lo de Marko, por meterme donde no debía…

— ¿Por meterme donde no debía? —repitió Enzo, sin entender, intentando ordenar el torbellino en su cabeza—. Lara, ¿de qué estás hablando?
—Yo solo… —sus ojos se humedecieron—. Yo solo quería que todo

terminara. Que dejaras de sufrir, que dejaran de perseguirnos. Y creí que si hablaba con Marko…
—¿Marko? —interrumpió él, la voz convertida en un gruñido—. ¿Qué hiciste, Lara?

Ella dio un paso atrás, tropezando con una caja de herramientas. —Él me dijo que podía arreglarlo. Que podía acabar con todo si lo ayudaba solo una vez… —balbuceó—. Pero yo no sabía que iba a ser así. No sabía que…

El corazón de Enzo se heló.

Todo cobró sentido de golpe. El punto de encuentro, su soledad, los movimientos exactos de los guardias.
Era una trampa.
Y él, como un imbécil, había caído en ella con el corazón abierto.

— ¿Qué le dijiste? —preguntó con la mandíbula apretada, avanzando despacio—.
—Nada. Solo… solo que iría esta noche. No sabía que ibas a aparecer tú.

Enzo dio una carcajada seca, vacía.
—Claro que no —dijo, girando el rostro hacia un lado, sin poder mirarla directamente—. Porque todo en esta historia gira en torno a eso, ¿no? A que yo nunca sé cuándo dejar de confiar en ti.

Lara se acercó, temblando, intentando alcanzarlo. —No fue así, te lo juro. —¡Entonces dime cómo es! —gritó Enzo, golpeando la mesa con el puño. Las herramientas cayeron al suelo con un estruendo metálico—. Porque allá afuera casi matan a mis hombres. ¡Casi te matan a ti! ¿Y ahora me dices que fue un malentendido?

Las lágrimas empezaron a resbalar por el rostro de Lara. —Lo siento —repitió, casi sin voz—. No sabía que Marko…
Y entonces lo sintió.
Ese escalofrío que solo llegaba cuando el peligro respiraba cerca.

El instinto de Enzo, curtido en mil peleas, se activó antes de que el pensamiento pudiera formarse. Se giró un segundo, los ojos clavados en la puerta del fondo del garaje.

Abierta.
Una sombra se movió entre la niebla del exterior.
El ruido del metal al ser amartillado cortó el aire.
Una voz baja, con ese acento arrastrado que Enzo conocía demasiado bien, se filtró entre las sombras:
—Qué conmovedor, Enzo. El lobo cuidando a su presa.

Marko apareció detrás de Lara, el cañón de su pistola rozando su cuello. Sonreía, elegante, el abrigo oscuro empapado por la lluvia. Su mirada, afilada, se clavó en Enzo como una cuchilla.

—Te dije que los sentimientos te iban a matar algún día. Y parece que ese día llegó.

Lara se quedó helada. El miedo la paralizó, pero la presencia de Enzo frente a ella le dio un poco de valor.
Enzo levantó lentamente las manos, sin apartar la vista de Marko. Cada músculo de su cuerpo estaba listo para saltar, pero sabía que cualquier movimiento podía costarle la vida a Lara.

— Suéltala, Marko —dijo, con un tono bajo, contenida la furia—. Esto es entre tú y yo.
—Oh, no, Enzo —respondió Marko con una sonrisa—. Esto siempre fue entre los tres.
Su dedo jugueteaba con el gatillo, mientras el agua goteaba del cañón.
—¿Sabes qué me encanta de las tragedias? —susurró, inclinándose hacia el oído de Lara—. Que siempre hay alguien que no entiende que el amor… termina costando sangre.

El clic del seguro resonó en el garaje.
Enzo dio un paso al frente, el pulso atronando en sus sienes. Y en ese instante, el lobo volvió a despertar.

47

La lluvia arremetía contra la chapa del garaje como si quisiera borrar cualquier sonido que no fuera suyo. Enzo tenía la pistola apuntando, el cuerpo tenso como un arco. Marko sujetaba a Lara por el pelo con una mano, la otra iba jugando con el arma pegada a su cuello, cada movimiento una estocada de calma cruel. La escena era una fotografía en blanco y negro: violencia fría, humareda, y la luz amarilla que hacía brillar las gotas en la piel.

Lara estaba pálida, los ojos llenos de lluvia y de algo que parecía decisión y rendición a la vez. Sus labios temblaban, pero no por el frío. Había dicho muchísimas cosas esa noche con la garganta hecha nudo; ahora parecía que no le quedaba nada más por explicar, salvo una verdad que dolía admitir.

—Enzo —susurró, con la voz quebrada—.

Él no pudo evitar olvidar la estrategia ni el peligro; por un instante, la palabra fue todo el mundo. Enzo vio cómo sus manos buscaban aferrarse a la vida de ella misma, a la parte de ella que aún respiraba. Fue una imágenes encadenadas: la librería, la chaqueta del lobo, la risa rota, la promesa de no pedir perdón. Todo eso compactado en una sílaba.

Ella cerró los ojos y, con una voz que se le salía del pecho como si expulsara una verdad definitiva, dijo:
—Te quiero, Enzo.

La palabra explotó en el garaje. No fue un reproche ni una súplica: fue la confesión más desnuda que le habría podido dar. Enzo sintió el mundo inclinarse, como si la gravedad reconociera el peso de esa frase. Quiso moverse, soltar el arma, tirarse sobre ella, arrancarla de donde Marko la sostenía. Quiso retorcer la noche y que todo fuera de otro modo.

—¡No! —fue lo primero que salió de su boca, seco y animal—. No digas eso.

Trató de acercarse. Sus manos se movieron con la misma determinación con la que antes había disparado, pero algo se rompió en la velocidad: Lara, quizá por el impulso de decir lo que durante tanto tiempo había callado, hizo un movimiento brusco. No fue un desafío contra Marko, ni un ataque; fue un movimiento humano —un intento de soltarse, de mirar a Enzo de frente, de coger su mano—.

Marko, con la sangre fría que lo caracterizaba, interpretó ese gesto con la rapidez de un depredador. En un segundo hizo lo que jamás debiera haber hecho: apretó el gatillo apuntando al pecho de Lara.

El disparo vino seco, detonando contra la noche. La bala atravesó la chaqueta, el cuero, la carne. El sonido retumbó en los huesos del garaje y luego todo pareció ralentizarse: la lluvia, la respiración de los presentes, incluso el timbre del corazón de Enzo, que por un segundo pareció romperse en pequeño pedazos.

Lara emitió un único sonido, un hueco entre el aire, como si su cuerpo intentara sostener una palabra que la voz no podía pronunciar. Sus ojos se abrieron de golpe, buscando a Enzo, y en esa búsqueda —en esa mirada que todavía intentaba decir algo— cayó atrás, la cabeza golpeando el metal con un ruido sordo.

La sangre se expandió sobre la piel y la chaqueta del lobo, negra como la noche, y la luz de la lámpara bañó la mancha como una acusación. Enzo llegó a ella en dos zancadas, violento, queriendo abrazarla, sujetarla, hacerle sentir que estaba ahí; pero al tocarla supo en el frío de sus dedos que no había vida que agarrar. El latido que había sido su ancla se había apagado.

— ¡No! —gritó Enzo, y la palabra fue una herida. Su voz rebotó contra las paredes y se tropezó con la carcajada hueca de Marko, que alzó el arma con desprecio.

Marko retrocedió, disfrutando la escena que había orquestado; su sombra se alargó como una guadaña antes de que se diera la vuelta para desaparecer entre la lluvia con la misma lentitud calculada con la que había llegado.

Sergio y los demás reaccionaron lleno de furia: embistieron, maldijeron, intentaron alcanzarlo, pero el caos ya era sangre y distancia. Enzo quedó inmóvil un segundo, con las manos todavía en el cuerpo frío de Lara, la cara empapada de lluvia y lágrimas que no distinguía. Con un gesto salvaje apartó el casco, dejó caer la chaqueta del lobo, y abrazó el cadáver como si en ese simple contacto pudiera invocar de vuelta lo que ya no volvería.

La rabia y el dolor se cruzaron en su pecho y brotaron en un rugido que salió de lo más profundo. Cayó de rodillas al lado de ella, la mandíbula apretada, los ojos clavados en la herida que lo había arrancado todo. No había juramento ahora que no sonara repetido, ni venganza que no oliera a ceniza. Solo un silencio tan pesado que dolía.

—¿Por qué? —fue lo único que pudo decir, quebrado por un llanto que lo dejó sin aire.

Sergio, con la cara marcada por la sangre y la ira, lanzó un grito que fue más advertencia que llamado. —¡No la toques! —ordenó a los suyos, pero era tarde para órdenes. Marko ya era una figura recortada por la lluvia, y su risa, por un tiempo, quedó suspendida en la noche.

Enzo sostuvo el rostro sin vida de Lara. Sus dedos se hundían en la piel fría. La visión de esa boca que le había dicho "te quiero" fue como una cuchillada que no encontraba tregua. Por primera vez desde que despertó del pozo en que lo habían metido, la furia le cambió de forma: pasó de potencia directa a una calma negra, una lucidez hiriente. Su dolor se templó en promesa.

— Te juro que lo haré pagar —susurró, con la voz más fría que nunca—. Te juro que te buscaré hasta debajo de cada piedra, y cuando te encuentre, Marko, vas a entender qué significa perderlo todo.

Sergio, al lado, intentó hacer algo práctico en medio del cataclismo: llamó a quien pudo, maldiciendo la imprudencia, la trampa, la pérdida. Pero las palabras se quedaban pequeñas frente al hueco que la muerte había abierto.

Enzo dejó a Lara con cuidado en el suelo, como si aún esperara que el peso no fuera real; luego se incorporó con la pistola en la mano, los ojos incendios. No era solo rabia: era la certeza de que la caza había cambiado de reglas. Ahora no buscaba venganza rápida; buscaba destrucción metódica, personal, sin prisas. Marko le había arrebatado lo único que aún le importaba más que su propio nombre, y por ello la respuesta de Enzo no sería un disparo al azar: sería una persecución fría y eterna.

La noche siguió, la lluvia lavó la sangre de la chapa lentamente, y la promesa de Enzo quedó flotando en el aire como una sentencia: la guerra no había terminado. Solo había cambiado de forma.

48

El cielo se había teñido de gris, como si incluso las nubes supieran guardar silencio por ella.
El viento era helado, punzante, y arrastraba el olor a tierra húmeda que se mezclaba con las flores blancas apiladas sobre la tumba. Todos estaban vestidos de negro, en fila, con los rostros apagados y los ojos enrojecidos. Nadie se atrevía a hablar demasiado alto, porque cada palabra sonaba como una profanación frente a aquella quietud.

Enzo no apartaba la mirada de la lápida.
No había querido que nadie más eligiera lo que diría, y aún así,

cuando vio las palabras talladas sobre el mármol, algo dentro de él se partió en dos.
LARA ZDRAVSKOV
"No todos nos merecemos un final."

Las letras eran simples, sin adornos.
Pero para Enzo, cada trazo era una herida que seguía sangrando.
"Ella nunca quiso que la recordaran por cómo murió," pensó, apretando los

puños en los bolsillos del abrigo.
"Quería que la recordaran por cómo sobrevivía, incluso cuando el mundo
se empeñaba en romperla."

Sergio estaba a su lado, con la mirada clavada en el suelo, la mandíbula apretada.
Red permanecía un poco más atrás, con el cabello recogido y los ojos llorosos, sosteniendo entre las manos una rosa que no se atrevía a dejar caer.
Nadie sabía qué decirle a Enzo, porque todos sabían que las palabras no llegarían a donde él estaba: un lugar frío, sin retorno, donde solo existían la culpa y el fuego.

Cuando el sacerdote terminó, el grupo empezó a dispersarse lentamente. Solo quedaron Enzo, Sergio y el sonido del viento moviendo las flores sobre la tierra recién cerrada.
Sergio fue el primero en hablar, con voz baja:

—No puedes seguir cargando con esto, hermano… — dijo, sin atreverse a mirarlo.
—Ya la perdiste. No la traes de vuelta con odio.

Enzo no respondió de inmediato.

Sus ojos seguían fijos en la lápida, y el humo de su cigarro se mezclaba con la neblina de la tarde.

Cuando por fin habló, su voz sonó desgarrada, como si hubiera estado ensayando esas palabras durante días.

— No todos nos merecemos un final, ¿no? —repitió en un susurro, leyendo la inscripción—.
Ella sí lo merecía, Sergio. Pero yo no.
Y Marko… —alzó la vista, con la mirada ardiendo—, él tampoco.

Pisó el cigarro en la tierra húmeda, con un movimiento lento, deliberado.

— No voy a dejar que esto termine así. —Su voz bajó un tono, casi un gruñido—.
Él me quitó todo lo que alguna vez me hizo humano.
Así que no voy a matarlo rápido. No.
Voy a hacer que cada día que respire sea un recordatorio de lo que hizo.
Voy a hacerlo sufrir hasta que pida un final… y ni entonces se lo voy a dar.

Sergio lo miró con miedo. No del enemigo, sino de lo que su amigo se estaba convirtiendo.
—Enzo… —murmuró—. Si haces esto, ya no va a quedar nada de ti.

Enzo giró la cabeza lentamente, los ojos vacíos, la voz helada. —Ese es el punto, Sergio.
Ya no queda nada.

Dejó caer una rosa negra sobre la tumba, la misma que había traído en silencio.
El pétalo resbaló por la superficie fría del mármol, deteniéndose justo sobre la palabra final.

Luego se dio media vuelta y caminó hacia la moto, el abrigo largo azotado por el viento.
Sergio lo siguió con la mirada, sabiendo que nada podría detenerlo.

Que la guerra había vuelto a empezar, pero esta vez, no quedaban héroes.

El motor rugió como un lobo herido.
Y mientras la lluvia empezaba a caer otra vez, Enzo desapareció entre la niebla, dejando atrás el cementerio, el pasado y la última persona que alguna vez pudo salvarlo.

Solo quedaba una promesa, grabada en el eco de la tormenta:
"Por ti, Lara. Juro que haré que el infierno le parezca un lugar tranquilo."
Y así terminó la historia de Lara… pero comenzó la leyenda del lobo sin final.

EPILOGO

Cada año, el mismo día, la neblina parecía más espesa.
El viento se colaba entre las lápidas y hacía susurrar los árboles del cementerio, como si el mundo entero guardara silencio en honor a una promesa que nunca se rompió del todo.

Enzo llegaba siempre solo.

El motor de su moto rompía el silencio por unos segundos antes de apagarse, dejando solo el sonido del viento y el crujir de la grava bajo sus botas.
Vestía de negro, como siempre, con el mismo abrigo gastado y las manos metidas en los bolsillos.

No traía flores de colores, ni velas, ni notas.
Solo un tulipán rojo, perfecto y sencillo.
El mismo que ella decía que era "demasiado valiente para crecer entre tanta

niebla".
Se agachaba frente a la tumba y, con cuidado, dejaba el tulipán

justo sobre la inscripción que seguía intacta en el mármol:
"No todos nos merecemos un final."

Después, se sentaba en el suelo, apoyando la espalda contra la piedra fría, mirando el horizonte.
No hablaba.
No lloraba.
No rezaba.

Solo se quedaba ahí, durante horas, dejando que el tiempo pasara, que la lluvia mojara su abrigo y que el humo del cigarro se mezclara con la niebla.
Era su manera de hablarle sin palabras.
De decirle "sigo aquí" sin romper el silencio.

A veces, Sergio pasaba de lejos y lo veía. Nunca se acercaba. Sabía que ese era el único momento en que Enzo bajaba la guardia, en que no era el lobo, ni el líder, ni el hombre marcado por la venganza.

Era solo él.
El chico que nunca dejó de amarla.
Cuando el sol empezaba a esconderse, Enzo se levantaba despacio, limpiaba la tierra del tulipán con los dedos y se quedaba mirándolo unos segundos más. Luego, se colocaba el casco, encendía la moto y se marchaba, dejando atrás el murmullo del viento que parecía repetir su nombre.

Así pasaban los años.
El tulipán siempre allí.
El silencio, siempre el mismo.
Y Enzo… siempre regresando, como si aún esperara verla salir entre la

niebla.

Porque, en el fondo, nunca se fue del todo. Ni él de ella.
Ni ella de él.

"Nos veremos cuando la niebla vuelva a bajar," solía pensar. Y la niebla, fiel a su promesa, siempre lo esperaba.

ACERCA DEL AUTOR

Patricia Ruiz García, Natural de Algeciras, es autora de romance y creadora de historias que exploran las emociones más profundas del corazón. Su primer libro, Cicatrices de niebla dúo de asfalto, Marco el inicio de su trayectoria literaria. Inspirada por el amor y los recuerdos de su querida abuela, que en paz descanse, Patricia escribe para mantener viva la esencia de quienes dejaron

huella en su vida y para transmitir sentimientos que llegan al alma de sus lectores.
